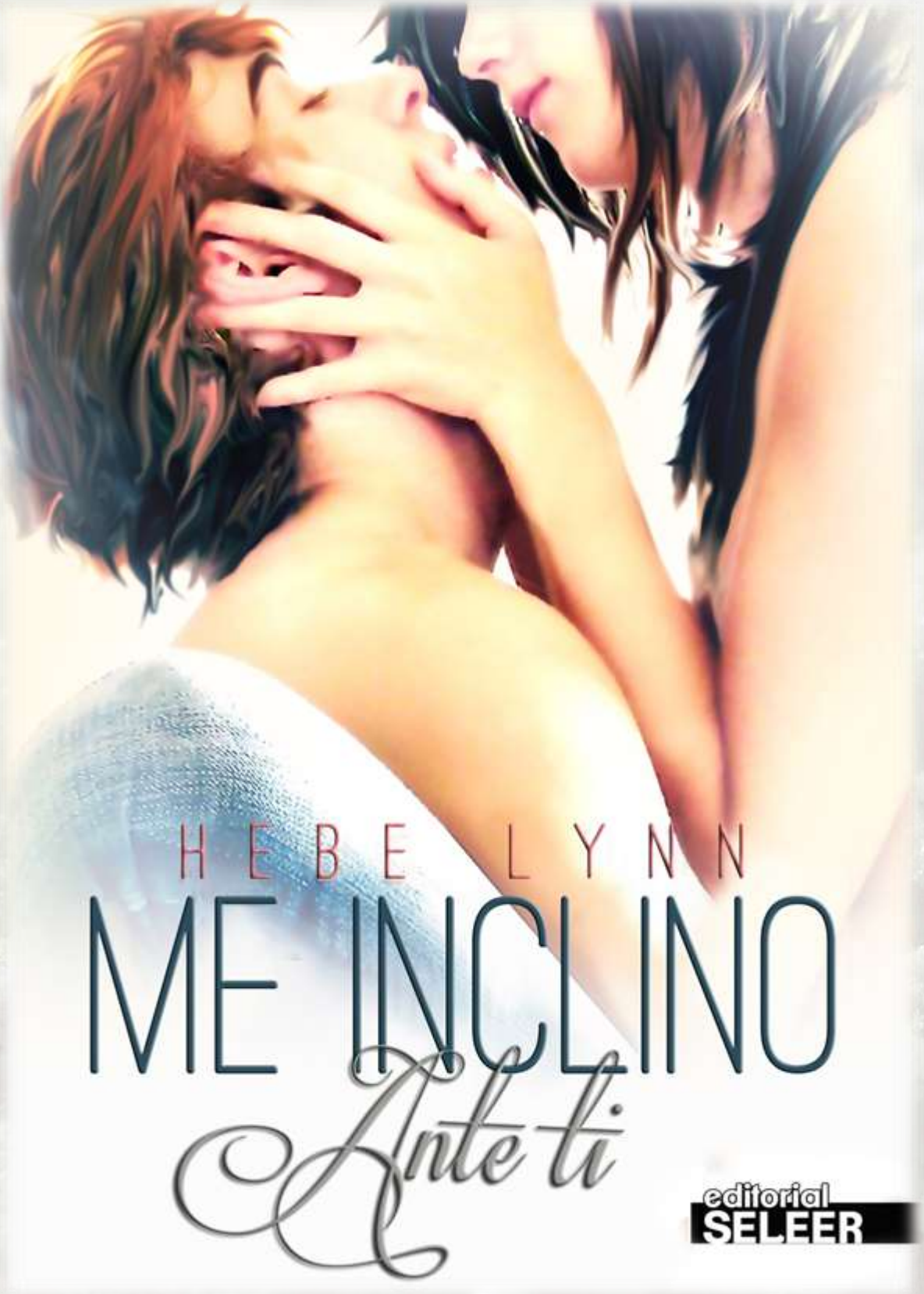
HEBE LYNN
ME INCLINO
Ante ti
editorial
SELEER

HEBE LYNN

ME INCLINO

Ante ti

Para Camila

Prólogo

“— ¿Y? ¡¿Qué dice?! —gritó una ansiosa Lena desde el otro lado de la puerta.

Inhalé lo más hondo que pude y bajé mi vista hacia el pequeño test de embarazo que sostenía en la mano derecha. Antes de llegar a verlo volví a subir los ojos al techo en un vano intento por calmar la contracción que se apoderaba del centro de mi estómago.

Todo se me revolvía y me faltaba el valor para ver aquella laminilla blanca.

Me incorporé de un salto y abrí la puerta para encontrarme con Lena mordiéndose las uñas tan nerviosa como yo.

— ¿Y? ¿Voy a ser tía o no? —preguntó elevando ambas cejas, expectante.

La miré temblando—. No lo sé —respondí nerviosa encogiéndome de hombros—. Me da miedo ver, hazlo tú —ordené extendiendo mi mano para que ella alcanzará el test.

Su frente se arrugó exageradamente— ¡Ay Bry!, acabas de orinar esa cosa y quieres que lo tome, es asqueroso.

— Más asqueroso será si la veo y no te digo nada — amenacé.

— Ridícula, eso no sería asqueroso —me corrigió— Eso sería crueldad — murmuró enarcando una ceja y arrebatando de mis manos el test, para echarle ella un vistazo.

— Idiota — bufé justo antes de ver como abría los ojos ante la sorpresa— ¿Voy a ser madre o no?

— ¿Qué significa que ambas rayitas estén de color rosa? —inquirió entrecerrando los ojos para verme.

Me encogí de hombros y busqué el envase de cartón para leer la respuesta a eso—. Espero que no signifique que son dos niñas —mascullé entre dientes mientras leía las instrucciones y los resultados.

Se me imaginaba una especie de raspe, algo así como "Si obtiene una línea, no gana nada", "Si obtiene dos, gana un bebé".

Sacudí mi cabeza y me ordené mentalmente no seguir pensando idioteces. Alto, si obtiene dos líneas, gana un bebé—. ¡Lena! —Grité viéndola a los ojos— ¿Cuántas líneas me dijiste que aparecen?

— Dos.

Solté un juramento antes de dejarme caer sobre la cama de mi mejor amiga…esto no me podía estar pasando.

Veinte años y un bebé en camino, sin mencionar que el padre era una especie de caldero andante, cuya única preocupación era tener una chica en su cama cada viernes…sábado…domingo… ¿qué mierda importaba el día?

Lyam vivía un mundo perfecto con sus amigos y sus conquistas de medianoche. Sólo había querido a Norah y aun así, la engaño conmigo y con la mitad de la universidad.

¿Qué le esperaba a mi hijo con un padre como él? "

1

Reencuentro

— ¡Me encanta la nieve! —exclamó Lucas dando saltos, emocionado, en el asiento trasero de mi todoterreno.

— Y yo… la odio —murmuré entre dientes mientras cambiaba a segunda, disminuyendo la velocidad a veinticinco kilómetros por hora. A éste paso me adelantaban hasta los pingüinos—. Estúpido Servicio Nacional de Climatología —seguí, ignorando por completo el entusiasmo de mi hijo. Tenía los hombros y la espalda completamente tensionados y un pequeño calambre comenzaba a apoderarse de mis brazos—, ¿en dónde obtienen sus títulos para pronosticar, llenando cupones? —continué.

En realidad amaba los copos de nieve, tenía la firme convicción de que al caer traían consigo algo bueno. Imaginaba que eran bendiciones de ángeles.

— Mami… —canturreó mi pequeño conejito, golpeando con los pies la parte plástica de su sillita de seguridad. Odiaba que lo hiciera.

— ¿Qué pasa? —pregunté clavando los ojos en la carretera, tan sólo una vuelta más y ya estaríamos en nuestra casa.

— Te dibujé —anunció orgulloso de sí mismo.

Observé su bello reflejo a través del espejo retrovisor y a la figura de la “señora patata” con lazo en la cabeza, esculpida en el cristal.

Fruncí el ceño— ¿Dibujaste solamente una ceja o no alcanzo a ver bien desde aquí? —indagué.

Lucas se llevó ambas manos a su boca y comenzó a reír bajito. Susurró "*Beto*" entremedio.

Pequeño bastardo, siempre burlándose de mí. Debía impedirle ver Plaza Sésamo, eso seguro.

Quité mis ojos del espejo y volví a enfocarme en el camino por unos minutos más.

Una figura que contrastaba completamente con el blanco que cubría todo, llamó mi atención. Reduje la velocidad, hasta detenerme justo frente al extraño que alzaba los brazos con insistencia, esperanzado en que algún idiota decidiera pasar por aquel camino. *He aquí a la idiota número uno.*

El hombre, joven, caminó rápidamente hacia mi vehículo cubriendo su cara con una bufanda gris oscura y un largo abrigo del mismo color. Golpeó suave, pero aun así de manera ansiosa, la ventanilla de mi lado. Llevé mí vista al botón para bajarla y al momento que alcé los ojos me arrepentí de inmediato de haberme detenido.

Mierda.

La causa de mi prescripción de ansiolíticos, situado a un costado de mi camioneta.

— ¿Bryanna? —preguntó tras reconocerme— ¿Bry Cigno?

¿Qué podía decirle? Estás equivocado. ¿No conoces las últimas noticias? Esa idiota se lanzó de un puente, luego que la abandonaras por irte con otra —. O*tras* — pluralicé, corrigiéndome de inmediato. ¡Oh, bienvenida reina del drama!

Asentí débilmente y me forcé a sonreír, mi boca se encontraba completamente seca por lo que no pude decir palabra y el corazón me latía tan fuerte que me piteaba en los oídos. ¿Podía subir el vidrio y acelerar a unos rapidísimos treinta kilómetros por hora? Luego le diría a Lena: *dile a tu hermano que se equivocó, no era yo*, tinturarme el cabello rubio y decir que alucinó conmigo. Lyam Hayes alucinando conmigo, eso sí que era nuevo.

Me arrepentía, completamente, de no haberle dado el sí a Henry Carter cuando tuve la oportunidad. Al menos con él podría justificar el maravilloso color esmeralda de los ojos de mi hijo.

— ¡Pero qué suerte tengo! —vociferó exhibiendo una sonrisa de alivio y alejándome así de mis ensoñaciones—. Llevo alrededor de una hora esperando que alguien pase por este camino y me saque de aquí, estoy congelándome. No hay línea en los teléfonos, mi auto se paró y ni siquiera tenía buena la calefacción. Te juro, imaginaba que me convertiría en *Pie Grande* o en un pingüino. Alguna mierda así, antes de que alguien me encontrara. Las coincidencias de la vida.

Menudas coincidencias las que me tocaban a mí.

— ¿Y qué demonios haces por aquí? —pregunté sin ánimos de ser entrometida, ni de sonar tan antipática. Tampoco me arrepentía de ello.

— A mí también me da gusto verte luego de estos años —se burló—. Ya te lo dije, me congelo el culo —se apresuró a contestar, evadiendo darme cualquier dato

concreto, como siempre. Corrió con la arrogancia típica, por delante de la camioneta y se subió en el asiento del copiloto, frotando sus enrojecidas manos— ¿Me invitas un café? —preguntó sonriendo y elevando sus cejas. Instalado. Sobre. Mi. Camioneta.

— Creo que no tengo otra opción —soplé por lo bajo y volví a poner en marcha el vehículo—. Difícilmente veras pasar otro vehículo por aquí y sin teléfonos no podrás pedir una grúa.

— ¡Mami siento que se me congelan las *bubis*! —se quejó Lucas, por la corriente de frío que se colaba a través de mi ventana.

La mente humana es compleja por decirlo menos, el motivo de mi angustia ante este encuentro acababa de hablarme y yo lo había olvidado por completo. Ni siquiera había sido capaz de alinear una estrategia exitosa de escape.

Lyam abrió los ojos como platos y se giró bruscamente para contemplar a mi hijo. Sentía como la sangre huía de mi cara, por poco y me mimetizaba con el paisaje nevado.

— ¿Tu hijo? —articuló.

— Si —reconocí lo obvio y omití todo lo demás—, y tú acabas de decir culo en frente de él, que buen ejemplo. Bravo —solté, para escabullirme de las preguntas típicas *¿Te has casado? ¿Qué edad tiene?*, o peor aún, la pregunta de mis pesadillas diarias; *¿Quién es el padre?*

— ¿Culo? —repitió Lucas divertido con aquella palabra, liberé mis ojos de los de Lyam y me concentré en mi hijo— ¿Puedo decirlo yo?

— No, no puedes —contesté tajante— ¿Y *bubis*? Lucas los hombres no tienen *bubis*, ¿De dónde sacaste eso?

— Tía Molly —hermana de Lyam— le dijo al tío Noel —cuñado de Lyam— que si seguía tomando *tiroides*, terminaría con los "*bubis"* más grandes que las de ella.

Doble mierda, Lyam no debía enterarse de que tenía un hijo y mucho menos que sus hermanas eran aún mis mejores amigas. No estoy muy segura acerca de cuál sería el orden correcto para esas confesiones.

Seguramente con él a mi lado, mucho menos lo averiguaría.

— Lucas, ¿Qué te he dicho acerca de las conversaciones de tía Molly con tía Noel?

— ¡Nunca, pero nunca, repitas lo que escuches de la boca de los adultos! —citó mi sermón oficial, imitando fallidamente mi tono de voz.

— Exacto —le guiñé un ojo a través del espejo—. Además —agregué—, no son tiroides, son esteroides

Seguí manejando, hasta llegar a nuestra solitaria y ahora nívea calle. Mi casa era apenas visible debido a la nieve que continuaba cayendo, pero yo ya reconocía todo de memoria.

Me detuve justo enfrente del pórtico, eché el freno de mano y quité el, ahora lujoso, estéreo.

— ¡Llegamos! —avisé con una sonrisa, luego de detener por completo mi vehículo.

— Llevare las cosas dentro —anunció Lyam.

¿Dentro?

Bajó y rodeó al vehículo para sacar las bolsas, que estaban al lado de Lucas. Me apresuré a hurgar en mi bolso y saqué las llaves, antes de abrir la puerta de la casa y volví corriendo sobre la nieve para sacar a mi pequeño, envuelto en su manta preferida.

Hacía frío. Muchísimo frío.

Sentí una mano mucho más grande que la de mi pequeño hijo, aferrarse con fuerza a mi brazo. Alcé automáticamente la cabeza para encontrarme a Lyam a mi lado, sujetándome fuerte.

— ¿Qué haces? —acucié frunciendo el ceño.

— Tenía miedo que resbalaras en la nieve con el niño en brazos —explicó caminando a mi lado, hasta el pórtico de la casa.

Sentí encogerse mi corazón, cinco años es demasiado tiempo para olvidar, pero no para curar. Lyam había sido el hijo de puta más grande en la historia de mi vida, pero aun así lo amaba y justificaba cada una de sus mentiras.

Una mujer que ama, no es ciega, es idiota.

— No sé en qué estaba cuando se me ocurrió salir a comprar tus tontas bolitas de chocolate —me quejé dejando a Lucas por fin dentro de la casa, sobre el sofá— ¿No podías conformarte sólo con unas Hojuelas de maíz azucaradas?

Enarcó una de sus cejas y abrió su boca para decir algo, pero de inmediato volvió a cerrarla. Frunció su ceño y se mordió el labio pensativo.

— Zucaritas, Lucas —expliqué—, Zucaritas.

— Serán Frosted Flakes —me corrigió elevando la comisura derecha de sus labios. *Pequeño sabelotodo*—. Quizás Frosties —agregó llevando sus ojos al techo de manera ausente.

— Si, si, lo que sea —refunfuñé quitándome el abrigo para colgarlo en perchero. La nieve derretida comenzaba a caer sobre el piso de madera.

Caminé hasta la cocina, seguida por Lyam. Busqué la leche en la bolsa de los víveres y llené el lechero. Encendí el horno microondas para calentarla un poco—. ¿Quieres tus bolitas de chocolate junto a tu leche? —grité hacia la sala.

— ¡No son bolitas de chocolate! —respondió asomando la cabeza por la puerta—. Son "*Choco Krispies*".

Resoplé—. Tomaré eso como un no.

— ¡Sí! —se apresuró a corregirme. Otra vez—. Si quiero mami.

Rodé los ojos y busqué a Lyam, quien ya se había acomodado sobre una de las antiguas sillas en la cocina.

— ¿Café?

— Preferiría algo un poco más fuerte —insinuó.

Alcé una ceja— ¿Café con leche? —ofrecí—. Tengo azúcar también, montones de ella.

Rio y guiñó un ojo para aceptar.

Aproveché de preparar ambos cafés, mientras Lucas veía la televisión a la espera de su leche.

— Veo que todo sigue igual por aquí —comentó apoyando la cabeza sobre una de sus manos despreocupadamente, puso el codo en la mesa y dio un vistazo al lugar—. Lo digo por la casa, ya que tú estás mucho más hermosa que antes.

Reprimí el impulso latente de arrojarle agua hervida. O fría—. Tu igual de idiota, también —dije a la defensiva negando con la cabeza. Vertí el agua caliente en las tazas. Dentro de ellas, asegurándome que todo el líquido cayera.

La tentación de quemarle la entrepierna continuaba palpitando bajo mi juicio.

Tomé ambas tazas y las dejé en el lugar de cada uno.

Di un pequeño sorbo a mi café con cuidado de no quemarme y la volví a dejar sobre la mesa. Miré a Lyam, quien acababa de quitarse el gorro que impedía ver su, aún, revoltosa cabellera y sonreí.

— Bueno y… —comenzó a hablar luego de un breve silencio— ¿Cuándo se supone que me dirías que tenía un hijo?

Recordé los copos de nieve y, con Lyam frente a mi, supe que nunca volvería a pensar en las cosas buenas que podrían traer.

“La música estaba a un volumen ensordecedor, tanto, que las paredes de aquella mansión vibraban junto a las bases electrónicas. Retumbando en los gigantescos parlantes acomodados por toda la sala.

El olor a alcohol, mezclado con el humo de los cigarrillos me tenía asqueada, ya eran pasadas las tres de la madrugada y lo único que quería hacer era irme a dormir. Estaba harta, pero dudaba que con todo ese ruido pudiese pegar ojo. Sólo a mí se me podía ocurrir vacacionar con Lena y Molly Hayes. Par de mellizas descarriadas.

— Quizás dar un paseo por la playa no sea tan malo —susurré desde la terraza, viendo lo claridad de la noche y tentada por cómo se reflejaba la luna sobre el mar.

Me quité los estúpidos zapatos de tacón que Lena me había obligado a usar y caminé hacia el mar—. Sólo mojaré mis pies —me dije a mi misma, pero antes de llegar siquiera a la orilla – por el lado de las rocas – una mano amordazó mi boca con fuerza.

— No digas nada —murmuró rodeándome por la cintura y apegándome más a su torso.

Intenté patalear mientras me arrastraban a una zona más apartada en donde no podrían verme. Sentí como mis ojos comenzaban a aguarse por el miedo y que mi corazón estaba a punto de salirse de mi pecho.

— No voy a hacerte daño —prometió el hombre detrás de mí—. Simplemente estate quieta y callada, por favor.

Asentí en silencio y permanecí completamente quieta. No sabía si podía confiar en él, pero mientras más dilatara el momento de lo que fuese que estaba por venir, mejor.

— ¿Escuchaste eso? —preguntó en un murmullo, tensándose detrás de mí.

Pasos en la arena. Murmullos alrededor. Estaban buscando a alguien, pero mi mente no lograba entender nada. Intenté forcejear con la desesperación de soltarme y así pedir ayuda a quienes estaban cerca, pero únicamente conseguí ser apretada más fuerte.

— ¡Que te quedes quieta! ¡Por Dios! —ordenó furioso el hombre tras de mí—. Si nos pillan aquí, nos matan a ambos, te lo digo.

Eso quería decir que lo buscaban a él. ¡Mierda! Era un psicópata, quizás ya había atacado a alguien.

Noté como su mano me sujetaba más fuerte a mi cintura y un sudor frío comenzaba a empapar mi frente.

Me volteó hacia él y me soltó lentamente. Unos tenues rayos de luna me enseñaron su rostro. Tenía unas facciones muy marcadas y por lo poco que veía, parecía ser de unos veintitantos años, no más, pero no fue eso lo que llamó mi atención, ni su cabello alborotado, ni lo anguloso de su nariz. Sus ojos, el color de ellos. Era ver un océano completo en esa mirada.

Pestañeé repetidas veces para quitarme el aturdimiento y lo miré furibunda. No permitiría que un par de ojos me congelara, claro que no. Lucharía dejando mis uñas postizas enterradas en su cara para librarme de él.

Soltó una maldición cuando mi puño impactó de lleno contra su mejilla y se lanzó a mí, arrojándome a la arena, colocándose encima.

— ¡¿Qué haces?! —gruñó enfurecido.

— Pensaste que dejaría que abusaras de mí, así como así —repliqué iracunda, intentando soltarme nuevamente—. ¡Auxilio! —grité lo más fuerte que pude, justo antes de que colocara su mano sobre mi boca para impedirme volver a chillar.

— ¡Maldita sea! ¡Que no hables! —ordenó nuevamente cargando su peso sobre mi abdomen—. Además no pienso hacerte daño.

Fruncí el ceño y dejé de moverme. Terminé por rendirme. Pasó un buen rato hasta que ya no quedó más que silencio alrededor. El reventar de las olas era lo único que quebraba la extraña calma que envolvía todo.

— Voy a soltarte, ahora mismo —anunció con cautela—. No vayas a gritar, por favor. ¿Entendido?

Asentí como pude con la cabeza y apreté mis labios en cuanto apartó la mano. Se hizo a un lado y se levantó, situándose justo a mi lado. Me incorporé de a poco y sacudí la arena que se había apegado a mi vestido y a mí por todas partes.

— Eres como Selene —susurró de pronto, con admiración.

— Lastima no poder decir que tú eres como Endimión —murmuré alzando la barbilla para echarle cara—. ¡Ahora aparta! —agregué pasando por su lado para volver a la mansión.

Tomó mi muñeca y detuvo mi andar.

— Siento lo que pasó.

— No más que yo — repliqué.

— ¿Podría al menos saber tu nombre? Es interesante ver que una señorita tan joven conozca algo de historia griega.

— Cualquier persona que haya visto Sailor Moon sabe quién es Selene — contesté dando un tirón para soltarme de su agarre, sin éxito alguno. Soltó una risotada y volvió a insistir en saber mi nombre.

— No te lo diré. Ni siquiera sé quién eres.

— Puedes decirme Endimión, si te gusta. Aunque preferiría que me llamaras Lyam. Lyam Hayes —se presentó con una sonrisa en sus labios"

2

Intuición

¿Por qué no hui de él la primera vez que lo vi? Sabía que era peligroso, algo en mí siempre lo supo, pero insistí en quedarme ahí. Con él.

Mi boca parecía haberse descolgado de la mandíbula, no podía moverla. Tenía los labios completamente secos y mis ojos no podían ver más allá de las lágrimas que luchaban por salir.

Haberme tomado de un sorbo el café hirviendo hubiese sido mejor que lo que acababa de sentir. Sus palabras fueron un puñetazo directo al estómago, dejándome sin aire. Su rostro seguía sin mostrar ningún tipo de emoción, no sabía si estaba burlándose de mi o si en realidad sabía la verdad.

"— Tarde o temprano todos caemos alguna vez Bryanna —advirtió mi madre con tono de reprobación ante la crueldad que según ella le estaba haciendo a Lyam y a mi bebe.

— Él nunca va a saber que tenemos un hijo —juré besando mi pulgar y alzándolo al cielo—, lo conozco, sé que si se lo digo, pensara que es para atarlo a mi vida. No quiero ser más patética de lo que he sido hasta ahora, ¿Cómo no lo ves?

— ¿Cómo no lo ves tú? ¿Qué importa lo que él piense?, basta con que lo sepa, hazme caso"

Sacudí mi cabeza y tragué saliva estrepitosamente, antes de abrir la boca, ya no era una niña insegura y que temía decir algo que hiciera que Lyam desapareciera, al contrario, ahora era precisamente lo que debía hacer.

Tenía un hijo al que durante todos estos años, y con mucho sacrificio, había mantenido sin la ayuda de nadie. Mi vida completamente armada.

Lyam ya no era el tipo que podía manipular las situaciones a su antojo.

— ¿De qué estás hablando? —logré preguntar al fin, cuando el colapso mental se hizo a un lado y logró darme así un momento de lucidez.

— Dejémonos de volteretas absurdas, están de más. Lucas es igual a mí y no es muy difícil hacer un cálculo mental entre su edad y la última vez que estuvimos juntos.

Lo miré indignada—. ¿Qué sabes tú? Ni siquiera conoces su edad y te aseguro que no recuerdas la última vez que estuvimos juntos, es más, dudo que recuerdes alguna de las veces que estuviste conmigo —eso estaba completamente de más. Un bono extra para su inflado ego.

Por más que intentaba mostrarme indiferente con él, no hacía más que ponerme en evidencia acerca de lo resentida que me sentía. Incluso después de tanto tiempo.

— Recuerdo bastante Selene, aunque no viene al caso —habló calmado, alzó su café y bebió un pequeño sorbo sin despegar sus ojos de mí. Estaba segura que examinaba cada una de mis acciones, por lo que intenté mantenerme lo más calmada posible. Dejó su taza nuevamente sobre la mesa y continuó hablando—. Lucas tiene cuatro años, él me lo dijo cuándo sacaba las bolsas de tu auto. No sacas nada con seguir negándolo Bryanna, es más, podría jactarme de ser un buen matemático, pero cualquiera puede sumar uno más uno.

Fruncí los labios antes de contestar algo, estaba buscando un insulto lo suficientemente fuerte en otra idioma para que Lucas no pudiera entenderlo. No sé qué tenía ese niño, pero cada vez que oía algo que no debía decir, lo repetía como loco.

— Mami, tengo hambre —bostezó el rey de roma, arrastrando los pies por la cocina.

Había olvidado por completo la comida de mi hijo. Estúpido Lyam, tenía la capacidad de hacerme olvidar todo a mí alrededor.

— ¡Lucas! —exclamó Lyam sonriendo—. Ven aquí —palmoteó su pierna, para que mi hijo se sentara con él—. Quiero contarte una historia… —continuó a medida que mi hijo caminaba hasta él.

— Lyam ni lo pienses —amenacé por lo bajo, pero me ignoró por completo.

Hijo de puta —gruñí en mi interior. Eso era jugar sucio, aunque no por nada se había convertido en uno de los mejores y más jóvenes abogados a nivel nacional. Ese había sido su don desde que lo conocí, aunque claro, para él los dones eran invenciones humanas, él les llamaba habilidades.

— ¡Lucas! —chillé apretando mis puños a mi lado—. Si piensas quedarte aquí en la cocina, será mejor que vayas a apagar la televisión, no tenemos por qué elevar la cuenta de luz.

Detuvo su paso y me miró— ¡No al calentamiento global! —exclamó sonriendo, antes de cambiar de dirección. Eso, conciencia social. Dios bendiga al kínder y sus maestras.

Fulminé con la mirada a Lyam, viendo de reojo veía a mi pequeño alejarse a paso lento. Los insultos poco apropiados se taponaban en mi garganta.

— ¿Quién te crees, Lyam Hayes? —mascullé con los dientes apretados, acercándome velozmente a su mesa y dando un golpe con mi puño aún apretado sobre esta—. Puedo aceptar muchas cosas ya que mi paciencia es bastante generosa, pero manipular a mi hijo…

— Nuestro —corrigió secamente, dejándome con todo atorado en la lengua—. Y no lo estaba manipulando —dijo con gesto indignado— ¿Cómo se te ocurre que haría algo así?

— Sé lo inescrupuloso que puedes llegar a ser, así que no te vanaglories tanto de esta falsa moral. No te queda —repliqué enfurecida—. Además —añadí—, ¿de dónde sacaste que es tu hijo?

— Llámalo intuición.

— ¿Femenina? —me burlé.

— ¡Mami! —gritó Lucas, interrumpiendo nuestra pequeña discusión moral, desde la sala— ¡Te llama tía Lena! —anunció.

— ¿No que la línea estaba muerta? —pregunté a Lyam entrecerrando los ojos.

— ¡Milagro, ha resucitado! ¡Alabemos al señor! —contestó soltando una pequeña carcajada, antes de llevarse otra vez la taza de café a la boca. Gruñí y di la vuelta para ir por mi teléfono—. Dale mis saludos a mi hermana, dile que mañana temprano estaré por la casa.

— ¿Mañana? —repetí alarmada, vi como una sonrisa se extendía por su rostro y comprendí la indirecta de inmediato—. ¡Oh no! Ni siquiera te atrevas a pensarlo, no te quedaras en mi casa.

— ¡Dice que es urgente! —volvió a gritar mi hijo.

Salí de la cocina echando humo por las orejas, caminé al hall donde se encontraba el teléfono y atendí.

— ¿Hola?

— ¡Bry! ¡Oh por Dios! Al fin atiendes, tengo que advertirte una cosa, Lyam ha vuelto —anunció atropelladamente.

— No me digas —farfullé desganada y un poco molesta. Eso me hubiese servido hace unas horas atrás; antes de salir de compras un día de nieve y dármelas de buena samaritana ayudando a un imbécil.

— Eso no es todo, se enteró que tienes un hijo, bueno que tienen un hijo. Mierda, no sé ni cómo explicártelo. Por eso volvió.

Rodé los ojos y me apoyé contra el muro—. Lena, Lyam está aquí.

— ¡Eso es lo que te estoy diciendo! — exclamó tan fuerte que tuve que alejar el aparato de mi oído por temor a quedar sorda.

— No tonta, está aquí, en mi casa —musité con toda la calma que pude. Escuché el grito desde el otro lado y esperé hasta que se calmó, para continuar hablando — Ahora que ya dejaste de hiperventilar —añadí— ¿Podrías explicarme como se enteró?

— Fue culpa de Noel, pero en realidad él no quería hacerlo —se disculpó por él con voz apenada—. Te juro que fue un accidente, cuando vengas te lo explicaré mejor.

Fruncí el ceño al recordar la conversación con Lyam un minuto antes —*Intuición* —dijo. Canalla mentiroso.

— Ya veo —murmuré planeando mi futura venganza—. Tenme las palas listas y el hoyo cavado en el patio de tu casa, porque mañana lo voy a matar.

— ¡Corazón te juro que no fue mi culpa! —gritó Noel.

— ¿Por qué demonios tienes tu teléfono en alta voz? — acucié ignorando a Noel.

— No sé, estaba nerviosa de hablar sola contigo.

Exhalé sonoramente y cerré los ojos, intentando amainar el dolor de cabeza que se formaba en mis sienes—. ¿Está Niko por ahí? —inquirí en un intento de calmar la rabia que comenzaba a apoderarse de mí.

— Aquí estoy —anunció mi querido amigo.

— Ten dos hoyos cavados, porque la lista suma y sigue —mascullé lo más amenazadoramente posible—. Hablamos mañana.

Corté la llamada y volví a la sala en donde mi pequeño ya no estaba. Corrí a la cocina y lo encontré muy contento con sus mejillas infladas producto de todos los cereales que tenía dentro de la boca y con un chorro de leche derramándose por su mentón.

— Hola mami —balbuceó apenas sin aire.

— ¿Qué haces? —le pregunté a Lyam al observarlo con mi delantal floreado de cocina. Revolvía la mezcla que se encontraba dentro de una de mis fuentes con la espumadera.

— ¡Hot cake! —anunció con una sonrisa—. Lucas dijo que le encantaban y hasta donde tengo recuerdos a ti también. Espero que no te moleste que me meta en tu cocina.

— En mi cocina —repetí negando con la cabeza—. En mi cocina, en mi camioneta, en mi casa. ¿En qué lugar no te has metido?

— ¡En el dormitorio! —vociferó Lucas divertido, llevándose otra cucharada rebosante de alimento a su boca.

Oí la melodiosa risa de Lyam retumbar dentro de la casa, tal cual como años atrás.

Si supieras —pensé agradecida de que mi pequeño granuja aún no entendiera ese tipo de cosas.

“Me desvestí molesta luego del incidente en la playa. Por suerte mi habitación estaba lo suficientemente alejada del bullicio, por lo cual no me sería difícil quedarme dormida.

Bajé de un tirón la cremallera de mi vestido blanco y al dejarlo caer me encontré con mi cuerpo lleno de arena. ¡Ah! ¡Ese Hayes era el primero en ser persona no grata en mi vida! Idiota, imbécil y sexy… ¡Alto! Ese adjetivo no concuerda con los anteriores… mmm… ¿Dónde me quedé?—me pregunté haciendo sonar mis dedos sobre la mesita de noche que estaba a un lado—, cretino y tonto Lyam —terminé la oración.

Su rostro era perfecto, alto y delgado como su padre, era todo un Hayes, ¿cómo no me di cuenta antes del parecido que tenía con Lena y con Molly?

— Como si me hubiese dado la oportunidad de mirarlo tan detalladamente —rezongué sentándome sobre la cama y quitándome los zapatos.

Y esos ojos…aquellos ojos podían ser la perdición de muchas seguramente. Pero no la mía, claro que no.

— Además —susurré escarbando dentro de mi maleta para sacar mi camisón de seda— ¿Qué se supone que hacía escapando? ¿Por qué? ¿De quién?

Sacudí la cabeza y me cerré mis ojos con fuerza—. Hora de irse a la cama y dejar de pensar —me ordené. Era lo mejor que podía hacer después de todo; cubrirme completamente y dormir.

Así, decidida como estaba, me dirigí a la ventana para correr las cortinas, pero al llegar ahí, detrás del vidrio algo me devolvió la mirada, el corazón se me subió a la garganta, provocando que un grito de espanto saliera de mi boca.

— ¡Tranquilízate! —pidió la figura, abriéndose paso entre las cortinas y alzando ambas manos sobre su cabeza para demostrarme que no me haría daño—. Soy Lyam —anunció una vez dentro de mi cuarto.

Juro que mi corazón se saltó un latido— ¿Lyam? —pregunté entrecerrando los ojos—. ¿Lyam Hayes?

— Si ¿Quién más pensabas? ¿Drácula? —se burló elevando la comisura de sus labios—. Ya te lo dije.

Solté el aire que contenía en un suspiro tembloroso— ¿Cómo demonios llegaste aquí?

— Tengo complejo de gato y digamos que estos árboles son muy resistentes.

— ¿Trepaste hasta aquí? — inquirí con incredulidad.

— No, volé ¿ahora si me crees que soy Drácula? —ironizó con una sonrisa deslumbrante—.Por supuesto que trepé, soy muy hábil.

Alcé una ceja—. Y humilde —añadí con sarcasmo.

Volvió a sonreír, provocando unas adorables arruguitas a los lados de sus ojos, Ay, esos ojos, se paseaban con descaro por mi cuerpo y fue recién ahí cuando reparé en que sólo llevaba puesto el camisón, el cual por cierto dejaba muy poco a la imaginación. Me puse firme y crucé mis brazos sobre mi pecho con vergüenza.

— Ahora respóndeme una cosa, ¿qué haces aquí, en mi habitación?

— ¿Mi habitación? — repitió enarcando una ceja. Caminó a mi lado y luego de tomarme la mano me acercó a la puerta y encendió la luz, hizo un gesto con su cabeza señalando al muro. Pestañeé repetidas veces, ya que el foco de luz que encendía el

dormitorio era tan fuerte que me encandiló. Luego de unos segundos, pude fijarme con detalle en las paredes en donde se encontraban algunas fotografías de él con quienes supuse serían sus amigos y amigas y fue cuando caí en cuenta de que era yo quien estaba en su dormitorio— ¿Decías?

— ¿Y por qué si es tu habitación entras por la ventana? — acucié colocando mis brazos en jarra y alzando la barbilla para encararlo.

— Eso no es asunto tuyo — dijo con sequedad.

Bufé y me di la vuelta para buscar mi maleta, la bajé de la cama y, arrastrándola por la manilla, me dirigí a la puerta.

— ¿Dónde crees que vas? —me detuvo, jalándome con suavidad del brazo.

— A buscar otra habitación —contesté mirando la mano que seguía sosteniéndome.

Negó con la cabeza y chasqueó repetidas veces su lengua.

— No, no, no señorita, usted no va así a ninguna parte. ¿Sabes cuantos jóvenes borrachos están deambulando por esta casa? Si te encuentran en esas fachas quien sabe lo que intentarían hacerte.

— Para ser un idiota, eres muy preocupado. Aunque me temo que ese no es tu problema —repliqué tomando el pomo de la puerta.

— Te equivocas —objetó, colocando una de sus manos sobre la mía—. Yo te encontré en la playa y ahora te encuentro en mi dormitorio —me obligó a girarme hacia él y pasó su mano sobre mi hombro para apagar la luz, dejando todo iluminado solamente por el reflejo de la luna—. Tú eres "mi" problema.

— ¿A qué te refieres con eso?

— Me gustas mucho Selene —susurró Lyam sin dejar de mirarme, tan cerca de mí que su aliento tibio me llenó la boca. Alzó su mano lentamente hasta posarla sobre una de mis mejillas, la mantuvo ahí durante un rato, hasta que la deslizó a mis labios— ¿Eres una especie de bruja? —entrecerró los ojos—, porque me has hechizado.

— Los magos hechizan, las brujas embrujan —corregí con voz trémula, sintiendo como el corazón me latía descontrolado—. Además —agregué—. Selene es una diosa, no una bruja.

Su risa no tardó en hacer eco en la habitación.

— Eres única —murmuró con una sonrisa radiante, sacudiendo su cabeza sin quitar las manos de mi rostro—, ¿lo sabías?

Me sentía aturdida, nerviosa, mi pecho se veía agitado y cada respiración que daba era cada vez más irregular, estaba incluso avergonzada.

No estaba asustada. Y tampoco era rabia lo que sentía en esos momentos, me sentía…encantada.

Sus manos se movieron hasta mi cuello y atrajeron mi rostro al suyo, nuestras respiraciones se mezclaron volviéndose una sola. Sus labios se estremecieron sobre los míos con suavidad, besándome con delicadeza y quietud. Estaba impresionada y aturdida, no podía cerrar los ojos y observaba con detalle cada uno de sus gestos, sus parpados apretados y el ceño fruncido. Bajó su otra mano a mi cintura y me apretó contra él con fuerza—. ¡Dile que te suelte! —gritó mi razón, pero mis labios estaban tan ocupados delineando la boca de Lyam, que se negaron a darle forma a aquella frase.

Él me gusta — descubrí con rabia cuando noté como mi corazón galopaba dentro de mi pecho.

Apenas estaba besándome y sin embargo parecía ser la experiencia más extrema y excitante de mi vida. Su aroma era extraño, intenté descifrarlo, pero solamente pude compararlo con tierra mojada, quizás madera. Por primera vez me dejé llevar, me embriagué en su esencia y me hundí en su sabor.

Ser joven e irresponsable era sin duda alguna una maravilla.

Respiró profundamente sin separarse de mis labios, les dio un suave mordisco y volvió a atraparlos ejerciendo un poco más de presión.

— Eres deliciosa —murmuró contra mi boca—. Demasiado como para tenerte toda en una sola noche"

3

¿Miel o mermelada?

— ¿Miel o mermelada? —preguntó Lucas sosteniendo con dificultad los pesados envases, uno en cada mano.

— Mermelada —contestó Lyam colocando el plato lleno de hot cakes sobre la pequeña mesa de la cocina—. Bry —agregó volteándose hacia mí—. Deberías comprarte una mesa más amplia, aquí apenas alcanzan dos tazas, ¿Dónde se supone que pondré la mía?

— ¿Qué te parece en tu casa? —inquirí con sarcasmo.

— ¡Me parece perfecto! —exclamó con una sonrisa— ¿Mañana?

Fruncí el ceño—. ¿Mañana qué? — pregunté confundida.

— ¿Desayuno o cena en mi casa? — se dirigió a Lucas y me ignoró a mí.

Lucas se encogió de hombros y me miró en busca de ayuda. Sacudí levemente mi cabeza para que entendiera que debía negarse, pero; ¿cuándo en la vida ha hecho algo que le haya pedido?

— ¿Dónde vives? —le preguntó a Lyam con entusiasmo, hincándose sobre su silla para aproximarse más a él.

Puse mis ojos en blanco y cogí uno de los famosos hot cakes de Lyam para untarle un poco de mermelada, lo enrollé y me lo llevé a la boca.

— Hace unos días vivía en Nueva York —comentó distraído—. Pero ahora he vuelto, así que hasta que encuentre algo mejor me quedaré en casa de mis padres, ya debes conocerlos, los Hayes —sentí que mi garganta se cerraba y me impedía el paso del aire, por lo que comencé a toser y a alzar los brazos para poder respirar. Lyam se levantó rápidamente de su asiento y me agarró de la cintura con fuerza hasta que el trozo de masa salió disparado por mi boca.

Seguramente estaba roja cual tomate—. Si hubiese sabido que querías asesinarme te dejaba congelándote en la carretera —mascullé entre dientes, una vez que mi respiración se acompasó.

— Y si yo hubiese sabido lo mal agradecida que seguías siendo, te dejaba ahí hasta que no pudieses respirar.

— Idiota —gruñí por lo bajo.

— Hermosa —susurró sonriendo y guiñándome un ojo. Será puto.

— Hijo de…

— ¡Mamá! —llamó mi atención, mi querido y despabilado hijo.

Apreté los labios— ¡Exacto! —exclamé forzando una sonrisa—. Era justamente lo que iba a decirle…hijo de mamá —miré a Lyam con furia y luego relajé mi expresión para ver a MI pequeño—. Gracias Lucas, has sido de gran ayuda —me levanté de la silla y me acerqué a mi hijo para tomarlo en brazos—. Ahora despídete, es hora de que vayas a la cama.

— Pero mamá… —rezongó haciendo un puchero y rodeando mi cuello con sus delgados y largos brazos—, apenas pude probar los hot cakes que hizo Lyam.

— ¿No acabas de ver lo que me pasó a mí? No quiero que los comas, te puede pasar lo mismo. De todas maneras no te preocupes, que para comer piedras ya iremos a casa de tía Lena, le pediré que te prepare un queque como los de tu cumpleaños.

— ¿Los que usamos para trancar las puertas?

Sentí una suave risita proveniente del asiento continuo, pero lo ignoré, no pretendía hacerle gracias a él.

— Vale —suspiró refregando sus ojos con una de sus manos—. Nos vemos mañana Lyam.

Rodeó mi cintura con sus piernas como un mono y me lo llevé al dormitorio. Luego de lavarle los dientes, las manos y su cara y de colocarle correctamente su pijama, abrí mi cama y lo metí en ella. Encendí “San televisor” y apagué las luces para que se quedará dormido.

No acostumbraba dejarlo ver tantos dibujos animados, pero esta vez lo ameritaba, necesitaba tenerlo distraído y de paso darme un tiempo a mí para pensar.

Esto era demasiado, tantas veces imaginando estar con Lyam en mi casa, preguntándome como sería si se conocieran y ahora que él estaba aquí, todas mis hipótesis se hicieron humo.

Mi cabeza estaba vuelta un caos, ni siquiera podía hilar ideas con claridad.

— ¿Mami? —me llamó Lucas cuando me incorporé y caminé hacia la puerta.

— ¿Qué pasa cariño?

— ¿Lyam es…es Lyam cierto?

Mis peores temores se desataron luego de aquella pregunta inocente y tímida de Lucas. No soportaba verlo dudar acerca de cada personaje masculino que se entrometía en nuestras vidas.

¿Qué culpa tenía él de nuestros errores? ¿Por qué hacerlo pagar por algo que no tuvo culpa? ¿Era la mejor madre del mundo, criando a un hijo yo sola, o era la peor por negarle a mi hijo el derecho de tener a su padre por mi orgullo herido?

— Por supuesto que Lyam es Lyam —contesté con una sonrisa forzada rehuyendo al trasfondo de esa inquietud—. Ahora mira —dije señalando la televisión—, está comenzando *Lazy Town* y tío Noel dijo que se disfrazaría de Stephanie para jugar contigo, así que memoriza este capítulo para que mañana se lo cuentes.

Perfecta venganza —pensé.

— ¿Mañana vamos donde los abuelos?

— Si cariño, ahora ve la tele que yo ya vuelvo a acostarme contigo —me acerqué a él para besar su frente y luego me volteé para salir del dormitorio.

Cerré la puerta a mi espalda y caminé por el vestíbulo con el nudo de mi garganta quemándome hasta el esófago.

Bajé las escaleras y caminé hacia el hall donde se encontraba mi abrigo, el cual continuaba húmedo. Busqué dentro de los bolsillos hasta dar con mi cajetilla de cigarrillos y salí a sentarme al pórtico de la casa.

Estaba helando demasiado por lo que me crucé de brazos para apresar el poco calor que había en mi cuerpo y una vez que solté la segunda bocanada de humo, dejé

salir las lágrimas contenidas. Sentía la angustia apoderarse de mi pecho y las costillas oprimirse, causándome dificultad para respirar.

— Antes odiabas hasta el olor del cigarrillo —dijo Lyam desde mi espalda.

— Si y amaba otras cosas… —comenté inhalando suavemente el filtro, haciendo que la punta encendida brillara a medida que consumía más el papel—, ¿pero, ya ves? El tiempo te hace cambiar de opinión.

— Creo que tenemos que hablar —musitó parándose a mi lado y viendo en la misma dirección que veía yo.

Solté el aire—. Ya lo sé —dije con la voz quebrada.

— Pero no hoy, hablaremos cuando tú te sientas bien para hacerlo, ahora ven aquí —resopló acercándose a mí y pasando su brazo por encima de mi hombro.

— ¿Qué diablos piensas que estás haciendo?

— Nada —dijo encogiéndose de hombros de manera inocente—. Te doy un poco de calor. Eso y nada más.

Ya había tenido bastante calor de él en el pasado, suficiente como para hacer parecer que el infierno era un refrigerador y lo único bueno que había conseguido de eso había sido Lucas. Aunque la verdad es que ahí, debajo del pórtico viendo la nieve, las mariposas muertas resucitaron volando alrededor de mí estómago.

Estúpidas, de haber tenido un cañón para dispararles, las mataba a todas. Quizás luego tendría que tomarme un sorbo de insecticida… para prevenir.

— ¿Sabes una cosa? —interrumpió mi verborrea mental.

— Sé muchas — bufé.

Una risa escapó de su boca—. Presumida —murmuró sin dejar de reír.

— Otros me llamarían sabia.

Y se detuvo—. ¿Otros? ¿Hay otros en tu vida? —indagó soltándome de pronto, para tomarme por los brazos y me volteó hacia él. Su ceño estaba fruncido y la boca formaba una línea recta—. Digo, ¿hay alguien en tu vida que no sea Lucas? ¿Algún…otro… hombre?

¿No era un poco tarde para las escenas de celos?—. Ese no es tu problema.

— Tú eres *mi* problema, Selene, ¿lo recuerdas?

— Lyam no seas ridículo ¿quieres? Eso fue hace muchos años atrás. Y no me sigas diciendo así, estoy a años luz de parecer una diosa, con suerte podría ser la profesora de *Snoopy*.

— Bry, sé que nunca me creíste las cosas que te dije pero…

— ¿Y Norah? —pregunté para huir del tema que comenzaba a presentárseme.

Frunció aún más el ceño y me soltó los brazos, dejando caer los suyos a ambos lados. Respiró hondo y sacudió su cabeza antes de comenzar.

— La última vez que la vi fue hace un año —comentó con tono melancólico—. Estaba internada en un hospital en Nueva York y yo la visité. Se veía hermosa como siempre, incluso podría decir que más… —la punzada de los celos se clavó en mi pecho al oír sus halagos hacia “la otra”, pero lo disimulé mirando hacia otro lado—. Estaba sobre una camilla con una mascarilla de oxígeno cubriendo su rostro —de pronto la alegría de la voz de Lyam desapareció por completo, llevé mis ojos a su cara y me

quedé viéndolo mientras continuaba con su relato—. Se veía muy pálida y ojerosa, estaba incluso más delgada que antes y me acerqué a tomar su mano, luego abrió los ojos y murmuró “hijo de puta Hayes” —dijo imitando la voz de un mujer agónica—. Después de eso, sus parpados se cerraron y nunca más volvió a abrirlos. Al rato descubrí que había pisado la manguera de su tanque y que le había cortado la respiración.

— ¡¿Qué?! —di un pequeño grito espantada.

Noté como el rostro de Lyam comenzaba a volverse rojo y sus labios se fruncían, hasta que no pudo luchar más y dejó escapar su risa.

— ¡Eres un idiota! —bramé golpeándole el hombro.

— No puedo creer que te lo creyeras —exclamó apretando su estómago sin parar de reír—. Te hubieses visto la cara.

— No me causa gracia alguna tu historia.

— A mí si, por lo menos ya no tienes esa cara de pena, no me gusta ver tus ojos tristes —dijo acercando una de sus manos a mi mejilla, la acarició con su pulgar y sonrió sin alegría—. En todo caso si te interesa saber de Norah —dijo bajando la mano y cambiando la dirección de su mirada—, se casó hace unos tres años y tiene dos bebes, quizás tres, ya que la última vez que hablamos sospechaba estar embarazada otra vez. La verdad es que me alegro por ella, se merecía un tipo que la quisiera de verdad y no alguien como yo. No creo que alguien hubiese soportado tanto por estar conmigo como ella.

— Yo creo que si —solté sin pensarlo.

— ¿Perdón? —inquirió Lyam. Sus ojos brillando divertidos bajo la nieve.

Sentí como si mi corazón se saltará un latido y sólo pude hacer, lo que mejor sé hacer. Cambiar el tema.

— No.

— ¿No? ¿No qué? —preguntó confundido.

Seria, contesté—; No te perdono.

— ¿Por qué no?

— Porque no quiero —expliqué, lo que mejor podía hacer era confundirlo, así luego ya no se acordaría de que estábamos hablando antes.

— ¿Por qué no me quieres perdonar? ¿Y a todo esto, perdonar de qué? —*¡bingo!* Ya lo había olvidado.

— No lo sé, fuiste tú quien me pidió perdón —dije restándole importancia y encogiéndome de hombros.

Tenía una sonrisa en la cara y los ojos ligeramente entrecerrados— ¿En verdad estamos teniendo esta conversación absurda?

— Así parece. Ven —caminé hacia la entrada—. Será mejor que vayamos dentro antes de morir congelados aquí afuera.

— Pensé que nunca me lo pedirías —resopló sacudiendo sus hombros. Se me adelantó y abrió la puerta por mí—. Las damas primero.

Avancé por su lado y caminé a la cocina seguida por él. Metí un dedo dentro de la miel antes de cerrar el envase y me lo llevé a la boca de manera distraída, para

saborearla. Cuando alcé la vista, me encontré con los ojos de Lyam que me veían con descaró y, antes de que se me ocurriera algo divertido para decirle, se acercó y aferró su mano a mi cintura, retrocedimos juntos hasta chocar contra la gélida pared al lado de la ventana

— Llega a ser demente la manera en que te extrañé —susurró en mi oreja frotando su cuerpo contra el mío—. Antes estaba completamente equivocado, prefiero la miel.

“— ¿Hola?—pregunté a la voz que sonaba al otro lado del citófono, mientras recogía mi cabello en un moño desdeñoso— ¿Está Lena?

Comencé a empinarme y a bajar sobre mis pies, una y otra vez a la espera de oír nuevamente la voz de Lyam.

— ¿Selene?—inquirió con sorpresa—. Dame un minuto ya voy.

— Bry —corregí demasiado tarde, ya que los pasos no tardaron en sentirse cada vez más cerca, hasta que se abrió la puerta y detrás de ella, Lyam vistiendo nada más que unos bermudas de color negro me recibía con una gran sonrisa.

— ¡Selene! —exclamó un entusiasmado viéndome de pies a cabeza—. Aún es temprano para que salga la luna —bromeó mirando su muñeca como si investigara su ausente reloj— ¿Te fugaste de Zeus?

— Hola Lyam —saludé ignorando su comentario y de paso cambiando la dirección de donde veían mis ojos—. ¿Está Lena?

— No, pero vuelve pronto —dijo haciéndose a un lado para cederme el paso—. Puedes esperarla si quieres.

Dudé un segundo antes de aceptar y entrar a la casa.

Caminé por el gran vestíbulo hasta llegar a la sala seguida por Lyam. Me dejé caer con pereza sobre el sillón mientras lo veía caminar en dirección a la cocina.

— ¿Sabes si tardara mucho Lena? —grité.

— Lo suficiente —dijo regresando a la sala y entregándome un vaso de agua—. Lo siento es lo único que encontré — se disculpó, rascando su cabeza con molicie. Era el mismo tic nervioso de Lena.

— Lyam, las botellas con los concentrados de frutas están en la despensa blanca que queda al lado de la nevera, último compartimento, detrás de las conservas. El de naranja es de Lena, y el de manzana Light es de Molly, nunca bebas de ninguno de esos dos, a menos que quieras ser encontrado sepultado por rocas en algún espacio baldío.

Frunció el ceño y comenzó a reír. Tenía una risa natural, nada forzada y sus ojos se empequeñecían, era bastante expresivo y muy guapo.

De pronto se quedó viéndome fijo y sentí como un nudo se formaba en mi estómago. Luego de nuestro único beso en la humildemente llamada "Casa de veraneo" no habíamos tenido tiempo para estar solos. Ese día Lyam había correctamente decidido dejarme dormir en su cama, mientras él se marchó a un cuarto de invitados, dejándome con la desilusión y un corazón al borde de un ataque.

— ¿Qué? —pregunté nerviosa luego de unos segundos de silencio.

— Nada —contestó sonriendo—. Es extraño no tener idea de donde se encuentran las cosas en mi propia casa.

— Eso es normal, Lena muchas veces tampoco lo sabe y eso que ella nunca se ha ido de aquí.

— Pero puedo apostar mi cabeza a que jamás se le olvida donde deja su ropa —murmuró—, y eso que tiene muchos más vestidos que granos en un barril de arroz.

— ¿Granos de arroz?—repetí frunciendo el ceño—. Recuerdo haber oído una historia que involucraba granos de arroz y un tablero de ajedrez.

— ¿Ajedrez? ¿Sabes jugar? —inquirió divertido, levantándose de golpe y caminando hacia donde guardaban los juegos de mesa—. ¿Te gustaría echar una partida conmigo?

— No te respondí si sabía hacerlo.

— Sé que si —dijo tras un rato. Dejó con cuidado sobre la mesa de centro un tablero de ajedrez preparado para la contienda—. Me encanta jugar, pero parece que a nadie le gusta.

Quince minutos más tarde ambos estábamos tan concentrados que olvidé todo lo demás. Era un desafío constante cada movimiento que Lyam hacía. Sus manos se movían con elegancia, tenía dedos largos y brazos fuertes. Por suerte se había colocado un sudadera, aunque aquello no aminoró en lo más mínimo la tensión que sentía al estar tan cerca de él.

Cuando él atacó, me defendí. Cuando avancé, él dio el contraataque.

— ¡Jaque mate! —exclamó alzando ambas manos empuñadas en gesto de victoria.

Me quedé viendo el tablero fijamente, sorprendida por no haber adivinado o calculado con anterioridad aquel encasillamiento.

— Vaya, has ganado en muy buena ley —comenté sonriendo.

— ¿Es que acaso hay otra?—preguntó sosteniendo el rey negro de madera—. No creo en las malas leyes Selene, por eso estudio Derecho —me informó, seguía jugueteando con la pieza en su mano.

— Eso es bueno para tu espalda —me burlé.

Era imposible no saber que sería un futuro abogado. Owain siempre que tenía la ocasión, hablaba con orgullo de su hijo Lyam por ser un estudiante destacado y por cursar tercer año en Leyes. Era un chico inteligente, guapo y muy carismático. Eso sumado a que besaba como los dioses nos daba como resultado; chica patética enamorada del hermano mayor de sus amigas.

Dejó la pieza nuevamente sobre el tablero y se sentó a mi lado riendo de la pequeña tontería que había salido de mi boca.

— No creas que no había escuchado eso con anterioridad, es un chiste sin gracia —musitó apretando los labios para no volver a reír.

— Tu cara dice lo contrario —repliqué.

— ¿Yo te gusto? —preguntó de pronto cambiando de manera radical el tema, dejándome sin aire. Tomé el vaso de agua – antes intacto – y me lo bebí de un sorbo. Jadeé un par de veces antes de dejar el cristal vacío nuevamente sobre la mesa.

— ¿A qué viene esa pregunta? —acucié entrecerrando los ojos.

— Sólo respóndela.

Negué con la cabeza y di vuelta la cara para que no viera el sonrojo que gobernaba mis mejillas.

— Tu cara dice lo contrario —repitió mi frase dándole otro significado completamente diferente al que tenía en un principio.

— Es mi boca la que habla —rebatí.

— Y tu cara la que expresa.

Fruncí el ceño disgustada conmigo misma por ser tan obvia y demostrar de manera tan fácil que me pasaban cosas con él.

— Tú me gustas —susurró posando una mano en mi mejilla.

Antes de que pudiera siquiera decir palabra, la boca de Lyam descendió hasta la mía apoderándose de mis labios. Sus brazos me rodearon por la cintura al tiempo que su lengua se abría paso por entre mis labios"

4

Padre perfecto

Intenté mantener mi vista en la cara de Lyam, pero si veía sus ojos me sonrojaba como idiota y si miraba sus labios, me derretía como tal cual como hace años atrás. No podía ser que después de tanto tiempo, él siguiera ejerciendo ese poder sobre mí.

Es únicamente por el sexo —me dije a mi misma, sintiendo un escalofrío recorrer mi espalda al recordar brevemente nuestro último encuentro.

— ¿La miel? —repetí con voz trémula mientras intentaba inútilmente pensar con claridad—. Pues yo la detesto.

Enarqué una ceja así como muchas veces lo había practicado delante del espejo y respiré hondo. Terrible error, su fragancia comenzó a nublarme el juicio y su sonrisa… aquella sonrisa me desafiaba y me invitaba a borrarla a punta de golpes.

O de besos.

— No parece —refutó enarcando una ceja.

Deslizó su mano por mi espalda hacia mi muslo y me apretó hacia él, provocando que una ola de calor se expandiera por todo mi cuerpo concentrándose en su mayoría en mi centro.

¡Mierda! —gemí en silencio, cinco años sin sexo me estaban pasando la factura. ¿Por qué no le di el sí a Henry cuando tuve la oportunidad? —volví a pensar, de seguro que por lo menos las ganas me las quitaba.

Aunque quitarme las ganas con Lyam valía la pena.

— Lyam ¿A qué juegas? — encaré con dificultad.

— No estoy jugando Bryanna. Sin embargo quizás este no sea el mejor momento para esto —confesó soltándome y alejándose de mí unos pasos.

Se giró hacia el fregadero y buscó un vaso para luego llenarlo de agua. Mi cuerpo notó y extraño demasiado pronto su calor.

Me sentí humillada por su falta de tacto. Primero me busca y luego, cuando mi debate interno está a punto de fallar a su favor, me deja y se aleja.

Dando por hecho que no conduciría en la nieve de noche y que lo tendría de "auto-invitado" quisiera o no, decidí alejarme—. Puedes dormir en el que era el cuarto de mi padre. De seguro recuerdas donde queda —dije saliendo de la cocina. Caminé hacia la sala y busqué el control remoto para buscar algo en que distraerme, mientras esperaba que el calor que recorría mi cuerpo se desvaneciera. Así de excitada como me sentía me podían utilizar fácilmente para derretir la nieve de la carretera.

— ¿Bry…?

— Que tengas buenas noches Lyam —dije sin despegar la vista de la televisión.

Oí un bufido seguido de sus pasos subiendo la escalera y el piso del segundo piso resonando en dirección al dormitorio de mi padre.

Una música orquestal y espeluznante salía de la televisión. Me levanté de un salto y corrí a la cocina para buscar una de las cajas de cereales de Lucas, volví a la sala con un recipiente lleno de "Frosted Flakes" y un vaso hasta el tope de soda. Apagué la luz y me dispuse a disfrutar la película de terror. Lo único que podría alejar a mi mente

de que en el piso de arriba estaba el hombre de mis más perversas fantasías sexuales realizadas, era ver a un monstruo terrorífico comiendo sesos.

Era eso o gatear al antiguo dormitorio de papá y arrancarme las ganas a tiempo de la ropa. *Patética*.

Puse el recipiente sobre mi regazo y comí sin percatarme que lo hacía. Estaba tan metida en la película que cuando la densa niebla se desvaneció, precedida de unos crujidos y puntuales notas de piano noté que ya no comía cereales, sino que mis uñas. Cuando el rostro del asesino apareció en la pantalla, ahogué un grito y cerré mis ojos para cubrirlos luego con el recipiente vacío.

Estaba espantada.

— ¿Tienes una televisión pequeñita ahí dentro? —señaló Lyam desde la oscuridad.

Mi corazón se detuvo. No me quitaría la ropa, claro que no—. ¡Nunca vuelvas a hacer eso! —gruñí al divisar sobre su cara una sonrisa jactanciosa.

— ¿Para qué intentas ver películas de terror? —inquirió, como si realmente quisiera saberlo. Me negué a explicarle el por qué—. Nunca te han gustado.

— ¿Qué te importa? —acucié retóricamente. En los límites de mi molestia no esperaba una respuesta real—. Deja de meterte en mi vida. ¿A qué bajaste?

Levantó un hombro con gesto tímido. No encajaba con su seguridad ni con él—. Me dio miedo pensar en que tu padre viniera y me sacara a punta de escopetazos de su cuarto.

— ¿Estás bromeando? — inquirí ceñuda.

— ¿Por? — indagó confundido.

— Lyam, mi padre murió hace tres años.

Abrió los ojos desmesuradamente—. ¿De qué estás hablando? —preguntó claramente sorprendido— ¿De qué murió? Lo siento, no quería hacerte sentir mal. Te juro que no tenía idea.

— Déjalo. No te preocupes, ya ha pasado tiempo y si bien siempre me hace falta, he aprendido a vivir con ese dolor. Falleció de un paro cardiaco fulminante, no se pudo hacer nada.

Lyam se veía conmocionado, ellos siempre tuvieron una extraña relación de amor y odio, se fastidiaban entre ellos y hasta bebían cerveza de vez en cuando viendo algún partido en la televisión.

Se dejó caer sobre un sillón y se quedó con los ojos fijos mirando a la nada—. Aún recuerdo el día que me encontró trepándome en tu ventana. Luego de eso, mandó a talar ese árbol —murmuró con una sonrisa melancólica.

Recordé también la cara de mi padre, enfurecido y divertido al mismo tiempo. Siempre había sabido que Lyam se trepaba a mi ventana, así que para poner a prueba su capacidad ingeniosa, taló el árbol y esperó para ver qué idea se le ocurría para saltarse las visitas oficiales.

— Es extraño —musité.

— ¿Qué cosa?

— No recordaba nada de eso —confesé con tristeza.

— Al parecer has olvidado todo lo que tiene referencia conmigo —dijo enarcando una ceja.

— Eso parece.

— Incluso olvidaste que era el padre de tu hijo —comentó con resentimiento.

Ojala hubiese podido —pensé—, nunca pude olvidarme. Cada gesto de Lucas me lo recordaba, es un sabelotodo, presumido, orgulloso, nunca pierde y además de todo es un pequeño de Don Juan. Es el "*mini me*" de su padre.

— Creo que será mejor que me vaya a la cama —dije colocándome de pie y dejando el recipiente sobre la mesa—. Hasta mañana Lyam.

— Que descanses Bry.

*****

— Mami…—canturreó la dulce voz de mi hijo— ¡Madre! —hundí aún más mi cabeza en la almohada y me quedé quieta, pensando en que si no abría los ojos me dejaría en paz— ¡Mamá! —ni un movimiento o no me quedaría más remedio que levantarme— ¡Ma! —insistió. Era igual a Lyam— ¿Mamita? ¿Mamacita? ¡Mother…! — ¿y dónde aprendió a hablar otros idiomas?— fucker!

— ¡Lucas! —lo reté sentándome de golpe sobe la cama— ¿Dónde aprendiste a decir eso?

— ¡Qué bien, despertaste! —exclamó con una sonrisa radiante y con su pelo alborotado.

— Como si me quedara otra opción —gemí al ver que se encontraba sentado sobre mí—. Ahora respóndeme ¿Dónde aprendiste a decir eso?

— ¿Qué cosa?—inquirió con cara inocente— ¿Mother Fuc…?

— ¡Deja de repetirlo! —lo interrumpí molesta— ¿Quién te enseño eso?

— La consola del tío Noel —comenzó a explicar—. El otro día, cuando me quedé allá, en un video juego un tipo dijo algo así como wirubiruli mader faker. Y cuando pregunté qué era eso, tío Niko me explicó que “Mother” era madre, y luego tío Noel me explicó que “Fucker” era querida. O sea te dije madre querida —concluyó su magnífica explicación, encogiendo sus hombros y sonriendo de lado.

No quería ni pensar en que significaría ese *wirubiruli* que señaló Lucas. Estaba pensando seriamente en no acercarme a la casa de los Hayes en muchos años, no quería que me encarcelaran por un asesinato en serie.

Por lo menos no hasta que Lucas pudiese mantenerse por sí mismo y me hubiese dado unos hermosos nietos.

— ¿Bry…? —llamaron dando una suaves golpecitos en la puerta de mi cuarto.

Me quedé helada, no estaba preparada para ver a Lyam aún. Puse un dedo sobre mi boca, para hacerle saber a Lucas que se mantuviera callado, mientras pensaba en lo que haría para escapar de tener que hablar con él.

— ¡Lyam entra! ¡Ya la desperté!—gritó el pequeño traidor saltando sobre la cama.

— Permiso —dijo asomando la cabeza—. Quería avisarte que nos esperan en casa de mis padres para desayunar.

— Debo darle antes su desayuno a Lucas —repuse para encontrar tiempo para inventar alguna escusa y poder quedarme en casa.

— ¡Ya desayuné! —dijo Lucas entusiasmado por la idea de salir de casa— ¡Lyam me preparó huevos, tostadas, cereal con leche y zumo de naranjas con zanahoria!

— Perfecto te hizo el desayuno para toda la semana —refunfuñé.

— Se despierta más temprano que yo —alabó Lucas asombrado. El pobre pensaba que despertarse antes de las once era una gran virtud—. Cocina muy bien —continuó enumerando la interminable lista de atributos —, es soltero y sabe nadar. ¡Es el padre perfecto!

Me quedé viendo a Lyam quien luchaba por reprimir la sonrisa que se estaba formando en sus labios. Idiota manipulador.

¿Padre perfecto? —grité mentalmente—. Vaya mierda en la que estoy metida.

La idea de ese desayuno en su casa estaba comenzando a volverse interesante.

“Los rayos del sol se abrieron paso por el delgado visillo que apenas cubría la ventana y golpearon mi cara, obligándome a cambiar de posición para evitarlos. Refunfuñé idioteces mientras me giraba sobre la cama y tapaba mi cabeza con una almohada, no había nada que detestara más que dormir poco y luego de las vacaciones con los hermanitos Hayes, lo que menos pude hacer fue descansar.

— ¡Ah no puedo seguir durmiendo! —gruñí sentándome sobre la cama de Lyam con mis parpados apretados. Refregué mis ojos y solté un bufido.

— Te apuesto que yo puedo hacerte dormir otra vez —susurró Lyam, alcanzándome de la cintura y lanzando mi cuerpo de vuelta al colchón.

— ¿Lyam?

— ¿Si, amor?

— Cállate…

Soltó un bufido y se volteó para volver a dormir. Yo acomodé mi cabeza en la almohada y traté de apelar a la pereza que me quedaba en el cuerpo para volver a dormirme, pero luego de oír la puerta abrirse de par en par, supe que eso sería imposible.

— ¡Bryanna Marlie Cigno! ¡¿Qué haces en la cama con mi hermanito?! —preguntó una escandalizada Molly desde el marco de la puerta.

— ¿Lo confiesas tu o lo hago yo? —rezongué apretando mis parpados. Me dolía la cabeza y lo que menos necesitaba, era un ataque moral de una persona que pensaba que los valores eran solamente números aplicables en las matemáticas.

— Molly déjame tranquilo, sólo dormimos… —refunfuñó Lyam con la cabeza pegada a la almohada — y pretendo seguir haciéndolo por un rato más, ¡así que vete de mi cuarto!

Sentí a Molly cerrar la puerta de mala gana y el sonido de sus tacones alejándose rápidamente. Ella era la única persona que conocía en el mundo, que tenía por pantuflas unas sandalias de cinco centímetros de altura.

— ¿Por qué le mentiste a tu hermana? —pregunté, una vez dejé de oír el repique de su taconeo, apoyándome sobre mis codos y girándome hasta Lyam, quien ni siquiera se volteó a verme—. Sabes bien que anoche no sólo dormimos.

— Molly preguntó sobre lo que estábamos haciendo ahora en la cama, no anoche —explicó abrazando su almohada y girando la cabeza hacia donde me encontraba yo, para regalarme una sonrisa pícara—. Además —agregó—, solamente nos besamos.

Pues claro que nos besamos y nada más —pensé con desilusión.

— Si —coincidí de mala gana—. Llevamos prácticamente todas las vacaciones "sólo" besándonos.

¿Grillos? Eso parecía resonar en la habitación a la espera de que me dijera algo.

— ¿Acaso te molesta que te respete? —preguntó entrecerrando los ojos.

— No es eso, es que las vacaciones están por terminar y este será mi primer año de universidad y no sé aún si tengo que presentarme como soltera cuando un chico sexy se acerqué a pedir mi teléfono.

— ¿Chico sexy? — inquirió sentándose de golpe y alzando una de sus perfectas cejas.

— Aja.

— ¿Más sexy que yo? —curioseó levantando el rostro para que yo pudiera verlo mejor.

— Por supuesto, no creo que seas gran cosa —dije de manera desprendida.

— En ese caso preséntate como quieras —se encogió de hombros y se incorporó caminando hacia el baño y dejándome sola en la habitación.

— ¿Estás molesto?

— No creo que seas gran cosa —repitió imitando mi voz con sorna, una vez dentro del baño.

— ¡Tienes un serio problema de ego! ¿Lo sabías?

Busqué mis pantalones con la vista y apenas di con ellos los cogí y me los coloqué. Estaba enamorada de Lyam porque era apasionado y revolucionaba exageradamente mis hormonas, era el chico más guapo del mundo a mis ojos, con la nariz recta y puntiaguda, sus ojos verdes y el cabello castaño rojizo despeinado. Apasionado hasta la medula, pero sobre todo respetuoso.

Hasta ahora no me había tocado un pelo. Aun cuando mi cuerpo entero vibraba con sólo un beso, él me había respetado.

Mordí mi dedo índice inconscientemente mientras mi vista vagaba por su cuarto en búsqueda de la blusa perdida, hasta que una manga blanca se asomó por debajo de

la cama. Me agaché para recogerla, pero antes de que me encontrara completamente de pie, me vi rodeada por unos brazos fuertes y un aroma delicioso.

— ¿Qué haces? —inquirió Lyam pegando sus labios a mi cuello.

— ¿Qué no ves? Busco mi ropa —dije volteándome hacia él y levantando mi mano para enseñarle la tela blanca que sostenía—. Dudo mucho que a mi padre le guste verme llegar en ropa interior a casa. Mucho menos pensando en el frío que hace allá fuera.

— No te vayas —pidió tomando mis manos para luego acercarlas a su boca y besar mis nudillos.

Abrí mis ojos, sorprendida de que por primera vez Lyam me pedía que me quedara más tiempo con él.

— Lo siento Endimión, pero mi hermano sol ya salió y eso significa que debo volver a mi mazmorra.

— No, no iras a una mazmorra —sacudió su cabeza y frunció el ceño—, te iras a alumbrar otro lugar, a otra persona.

— ¿De qué estás hablando Lyam? Estaba bromeando. ¿Qué te pasa? No soy la diosa Luna.

— Para mí sí. No quiero que te vayas, quiero que seas mi propio satélite. Tú eres mi luna.

— Lyam, para de leer libros de historia, en verdad la mitología griega te está afectando mal —repliqué retrocediendo un paso y sonriendo. Era extraño ver a Lyam así, se le veía frustrado y posesivo—. Creo que me voy a mi casa.

— Y yo creo que no —murmuró con aplomo estrechándome entre sus brazos, justo antes de besarme con súbita fiereza.

No me molesté en resistirme. ¿Para qué? Si los brazos de Lyam eran el lugar donde siempre quería estar, su lengua saboreando cada hueco de mi boca y su aroma embriagador llenando cada espacio de mis pulmones.

Entrelacé mis manos tras su nuca para acercarlo más y me hundí en un beso cada vez más fogoso.

— Bry… —murmuró de pronto entre mis labios al tiempo que mis manos se deleitaban jugando con su abdomen—. Si sigues así no voy a poder detenerme.

— Esa es justamente la idea…

Solté una risotada de victoria cuando lo sentí alzarme en brazos y caminar de vuelta a la cama"

5

Más vale tarde que nunca

— Sé que no había estado aquí en varios años, pero por muy excéntrica que sea mi hermana, estoy seguro que no transformó mí hogar en una tienda de disfraces —advirtió Lyam con su ceño fruncido, mirando de un lado a otro para examinar el lugar, una vez que detuve mi todoterreno.

— Si quieres darme una bienvenida como me merezco puedes pasar por el pasillo ocho —susurró en broma, acercándose a mí para que Lucas no pudiera oír su insinuación.

Sacudí la cabeza ignorando su comentario, quité la llave del auto y descendí sin decir ni una palabra.

— ¿Podemos bajar mientras te esperamos? —gritó Lyam asomando la cabeza por la ventanilla.

Estaba a punto de negárselo, cuando vi a Lucas que batía sus pestañas como lo hacía Molly cada vez que quería conseguir algo. Respiré antes de asentir de mala gana y hacer un gesto de aceptación con mi mano.

— ¡Mami! ¿Puedo comer nieve? —gritó Lucas desde su ventana.

— No —ordené tajante antes de girarme para subir los tres escalones que daban a la entrada de la tienda— ¡La nieve no es helado! —agregué antes de tomar el pomo y así evitar caer por lo resbaladizo del piso.

Abrí la puerta de la tienda, seguida por el sonido de una campanilla que anunció mi entrada y fui recibida por una hermosa vendedora trigueña de ojos pardos que llevaba un ridículo sombrero de copas junto a un vestido verde que brillaba producto del reflejo de la luz que golpeaba sobre las lentejuelas.

— Bienvenida seas a “Carnaval y Magia” —dijo con una mueca de aburrimiento en el rostro y apoyando su cabeza sobre una mano.

— Te faltó bostezar para demostrar todo tu entusiasmo —contesté acercándome a la vitrina y quitándome la bufanda que envolvía mi cuello— ¿Mala noche?

— Al contrario, lo malo fue la mañana —resopló Fiorella, mi querida amiga de Italia. En oportunidades habíamos hablado del por qué instalarse con una tienda de disfraces y ella me había contestado que un restaurante era demasiado cliché para su gusto. Ella y Antonio, su hermano y mi fiel compañero, habían decidido instalarse luego de la muerte de su padre, don Giuseppe Boschetto y pusieron todo su empeño en ser los mejores en el arte del cotillón—. Supongo que no tengo que preguntar por Lucas, a quien seguramente has dejado con Lyam.

— ¿Debe extrañarme que lo sepas? —musité colocando mis ojos en blanco.

— No, ya sabes que Lena no sabe guardar un secreto y aunque lo hiciera, no tendría poder contra mi letal Negrori —contestó sin mostrar el más mínimo ápice de vergüenza.

— Lena se emborracha hasta con olor del café —resoplé dándole la espalda a Fiorella y caminando hacia los pasillos para encontrar lo que buscaba—. ¿Dónde encuentro…?

— ¡Pasillo tres! —respondió Fiorella antes de terminar de formular mi pregunta—. Debes saber que la tienda la abrí únicamente por ti. Imaginé que querrías cobrártela con tus cuñadas de algún modo.

— ¡No son mis cuñadas! —gruñí buscando la talla de Noel en un vestido que no superaba la talla nueve.

— ¡Qué bueno oír eso *signorina*! —exclamó Antonio apareciendo de pronto con una caja en sus manos—. Ven acá —añadió dejando la caja sobre el suelo—. Allí no encontraras nada para Noel. ¿Por cierto de que quieres disfrazarlo esta vez? El asno no funcionó como quisiste y con Tarzán sólo le subiste la autoestima.

— ¿Cómo sabes que buscaba algo para Noel?

— Bry, ayer estuvieron haciendo apuestas toda la noche de lo que harías con él y con Lena. Fiorella no pensaba abrir la tienda hoy, pero estábamos seguros que aparecerías por acá temprano, así que ahora deja de perder el tiempo y dime que es lo que buscas.

— Había pensado en una peluca rosada junto a unas mallas del mismo color —contesté caminando detrás de él.

— ¿Lazy Town? —adivinó enarcando una ceja y apoyándose contra un mostrador—. Demasiado forzado —resopló—. Yo tenía algo mejor en mente…—dijo sacando de la caja un traje de terciopelo negro, con corbatín y orejas de conejo.

— ¿Noel de Coneja Play Boy?

— Con braguitas incluidas —rio Fiorella enseñándome la parte baja del traje.

— ¿Y cómo meteré a Noel dentro de esto?

— Querida, eso no debe ser tu problema, tú preocúpate de llevar la cámara y hacerle muchas fotos para poder burlarnos luego —contestó mi amiga sin borrar la sonrisa divertida de su cara.

Tomé el disfraz y fruncí los labios mientras pensaba en si sería o no apropiado meter a esa tremenda masa de músculos dentro de un trajecito tan lindo.

— Además —agregó Fiorella llamando mi atención—, si te arrepientes puedes darle un mejor uso —insinuó guiñándome un ojo—. Ya sabes, con Lyam aquí y todo eso…

— ¡¿Cómo se te ocurre?! —exclamamos al unísono, Antonio y yo.

Observé a mi mejor amigo, incomodo a mi lado—. Es algo totalmente absurdo —musité sonrojada.

— Ridículo — añadió Antonio volteando la cabeza a otro lado.

Los ojos de Fiorella se entrecerraron—. Ustedes dos piensan igual, ¿se han dado cuenta de eso? —inquirió retóricamente—. Me producen escalofríos —se estremeció de manera exagerada para luego soltar el aire sonoramente por su boca.

— Bueno, bueno, bueno —sacudí mi cabeza mientras tomaba el lindo trajecito y de paso le quitaba las bragas a Fiorella—, yo no vine aquí para discutir acerca de mi vida privada, que para eso ya tengo mi psicoanalista.

— Exacto —coincidió Antonio pasando su brazo por mi hombro y acercándome a él para darme un beso en la frente—. Ella ya te ha dejado muy claro a ti y a todos que no le interesa nadie, así que deja de molestarla con eso.

Fiorella puso sus ojos en blanco y negó con su cabeza antes de tomar aire y volver a hablar—. Escalofríos —puntualizó. Sacudió la extensa y voluminosa cabellera y volvió a vernos directamente— Si, si, ya. Es absurdo, aberrante, ridículo y todo lo que quieran —dijo moviendo sus manos—, pero apuesto que se te hace agua la boca, no niegues que siempre estuviste enamorada de Lyam y que cuando nos conocimos, si él te hubiese llamado aunque fuera una vez, te habrías vuelto loca y habrías corrido a su lado sólo con un chasquido de sus dedos.

— Creo haberla llamado más de una vez.

— Bienvenidos a “Carnaval y magia” —exclamó una entusiasmada y coqueta Fiorella— ¿Siempre tengo que repetir está misma estupidez Antonio? —preguntó fastidiada— ¿No basta con el letrero de bienvenida en la entrada?

— Por mi está bien —habló la persona desde la entrada.

Por favor que no sea él —rogué cerrando los ojos.

Con lo concentrada que estaba en la conversación ni siquiera había reparado en que la campanilla de la entrada seguía tintineando por el movimiento de la puerta de la tienda.

¿Es que mi vida siempre tendría que girar en torno a Lyam? ¿Por qué no había entrado cuando me estaba burlando de Noel? Por supuesto que no, Lyam Hayes debía hacer una presentación dramática para ser recordado.

Idiota.

Con la sangre de todo mi cuerpo agolpada en mis mejillas, me giré para encontrarlo apoyado contra el marco de la puerta y sosteniendo la pequeña mano de Lucas. Tenía una sonrisa socarrona en su rostro, a la que respondí sacándole la lengua.

Un momento.

¿Le había sacado la lengua?

¡Oh, mierda!

¿Es que acaso me creía una niña de cinco años? Esas eran las reacciones que tenía con Lucas cuando me molestaba, pero sacarle la lengua a Lyam era una estupidez. Debería haberle respondido con un “No seas idiota” o haberlo ignorado y terminado de hacer mis compras, pero por supuesto que no, mi cabeza y toda mi cordura quedaban flotando en el limbo cuando él estaba cerca.

— ¡Antonio! —exclamó Lucas con entusiasmo soltando la mano de Lyam y corriendo a abrazar a mi amigo.

Antonio quitó su brazo de mi hombro y se giró para recibir a mi hijo y alzarlo en brazos.

— Vaya, pero si has crecido mucho desde el jueves —comentó revolviendo el cabello de Lucas quien sonreía orgulloso.

— Pero si recién es sábado —dijo Fiorella.

— ¡Si y mira que grande está! —habló Antonio, ignorando por completo a todos los demás. Tal y como había sido siempre, desde que nos conocimos, él tenía ojos solamente para mi hijo—. Al parecer tu madre te ha estado dando la leche mágica estos días.

— Por supuesto que si —afirmé. Lucas había pasado por la temporada de no querer beber su leche y Antonio me había ayudado diciéndole que él enviaría una leche mágica que sería deliciosa y que lo haría crecer tanto como él, cosa que era bastante, ya que si Lyam era alto, Antonio le sacaba por lo menos dos cabezas.

— Más te vale beberla toda, mira que mi pobre hermano sale todas las noches a echarle un hechizo a la vaca antes de ordeñarla —musitó Fiorella aguantando la risa.

— ¿En serio? —inquirió Lucas abriendo sus ojos de par en par— ¿Puedo acompañarte un día? ¡Por favor!

— Por supuesto que puedes, cuando quieras —contestó Antonio, quien no podía negarle nada a Lucas.

— Pero no hoy —negó Lyam. Él si podía y negaría lo que quisiera. Tenía la mandíbula tensada, y se había acercado a donde me encontraba yo—. Recuerda que tenemos que ir a casa de tus abuelos.

— ¿Vas donde tus abuelos ahora? —preguntó Antonio ignorando por completo la manera autoritaria con la que Lyam acababa de dirigirse a Lucas. Mi hijo afirmó con su cabeza—. En ese caso, dale muchos cariños a Owain y a Peggy de mi parte. Y ya va siendo hora que se vayan ¿no?—inquirió fijando su vista en mi—. Recuerda Bry que a ellos les gusta la puntualidad y tú no eres muy dada a esa cualidad —comentó sonriendo forzadamente y elevando disimuladamente sus cejas, tal como lo hacía cuando quería hacerme saber algo—. Llegar tan tarde puede ofender a las personas —continuó—. No puedes llegar pidiendo disculpas cuando te has tardado tanto.

— Tienes toda la razón —concordé con él, quien acababa de dejarme claro qué pensaba de Lyam, con él teníamos nuestros propios códigos y no era necesario ser muy perspicaz para darse cuenta que todo eso iba dirigido a mi acompañante.

— Bry no estará llegando tarde —añadió Lyam, volviendo a la conversación entre líneas que mantenía con mi amigo—. Ella no sabe a qué hora la esperan.

— Las excusas agravan la falta —repuso Antonio.

— ¿A quién le importa a qué hora lleguen? Más vale tarde que nunca —agregó Fiorella con su ceño fruncido, quien parecía no entender nada de lo que estábamos diciendo.

— Más vale tarde que nunca —repitió Lyam sonriendo torcidamente y elevando una ceja. Pasó su brazo por mi cintura y me pegó a él—. Ahora ya va siendo hora que vayamos a casa de mis padres —dijo mirando el lujoso reloj que llevaba en su muñeca—. Vamos Lucas, despídete del mago lechero.

Lucas hizo un pequeño puchero y plantó un sonoro beso en la mejilla de Antonio—. Chao —dijo, mientras lo dejaban en el piso.

— Te quiero hijo —contestó Antonio.

Sentí como los dientes de Lyam sonaban por la fuerza con la que apretó su mandíbula y noté como el agarré en mi cintura se volvía más estrecho.

Luego de despedirnos y abandonar la tienda, Lucas comenzó a jugar con la nieve.

— No puedo creer que tenga que soportar que otro le diga hijo a mi hijo —farfulló indignado de camino a mi camioneta.

Intenté sin mucho éxito mediar un poco—. Se lo dice de cariño.

— ¿De cariño a él o a ti?

Reitero, y corrijo; sin éxito alguno—. A ambos —contesté.

— ¡Mira mamá, nieve amarilla! —gritó Lucas, corriendo hacia mí y apuntando con su mano para indicarme el lado de un árbol en donde claramente habían marcado hace poco el territorio— ¿Puedo probarla? ¡Te apuesto que esta si tiene sabor!

— Ni pienses en dejarlo comer eso —murmuró Lyam.

— ¡Por supuesto que no!

— ¿Por qué no? —rezongó Lucas—. Sí parece helado de vainilla.

— Pero es de *"orinilla"* —explicó Lyam riendo a mandíbula batiente.

Lucas lo quedó viendo extrañado durante unos segundos y cuando al fin comprendió lo que Lyam había dicho, soltó a reír junto con él.

— ¡Hombres! —murmuré sacudiendo mi cabeza y sacando las llaves de la camioneta para abrir la puerta.

— ¿O sea que cuando veo la que parece chocolate es de "*cacalate*"? —preguntó Lucas quien no paraba de reír.

De tal palo, tal astilla —pensé viéndolos divertidos, compartiendo la mañana.

“Lyam quitó el pasador que sostenía mi cabello y hundió una de sus manos en la espesa cascada castaña que caía desdeñosa por mi espalda. Con su otra mano sostuvo mi cuello y me acercó a él para pegar sus labios a los míos. Su beso fue todo y más de lo que yo anhelaba, una mezcla perfecta entre pasión y posesión.

Avanzó uno, dos, tres, cuatro pasos, hasta que mi espalda chocó contra uno de los muros de su cuarto, desocupó raudamente el escritorio que estaba a un lado sin romper el beso, y dejando caer torpemente en la maniobra los que supuse habían sido fichas de algunos casos que estaba revisando días atrás, ya que a pesar de ser aún un estudiante, Lyam ayudaba a uno de sus maestros como practicante.

— Me encantas —susurró entre mis labios mientras me dejaba sentada suavemente sobre el – ahora – desocupado escritorio, posicionándose entremedio de mis piernas y dejándome clara la magnitud de su excitación, al rozar conscientemente su virilidad contra mi intimidad.

Sentía como sus manos se deslizaban desde mis mejillas hacia el cuello y se cruzaban en mi espalda para culminar su camino hasta mis muslos. Nuestra respiración se volvía una, creando una hasta ahora – desconocida para mí – melodía, estábamos inconscientemente sincronizados como por reloj, bailábamos al mismo ritmo, nos fundíamos al mismo tiempo y a la misma temperatura.

Podía notar como sus caricias se volvían más desesperadas y a ratos torpes.

El aroma de Lyam parecía hacerse cada vez más necesario para mí ya que intentaba desesperadamente inhalar lo más profundo que podía, como si el tenerlo tan cerca no fuera suficiente, necesitaba más de él, tanto como estuviera dispuesto a darme.

Por primera vez sentía lo que era desear a alguien, notar como tu cuerpo reacciona a una caricia, cómo tu centro anhela ser mancillado y cómo las hormonas pisotean toda tu razón y tu vergüenza.

Sus manos se deslizaron debajo de la delgada tela de la blusa que llevaba y, en una maniobra digna de un mago, se deshizo del brasier. Bajó su boca jadeante por mi cuello dejando huellas húmedas en su camino hacia uno de mis pechos, mi respiración se cortó por un segundo cuando su lengua rozó por primera vez mi pezón y luego un sonoro suspiró escapó de la boca, como una aceptación irrevocable. Mi razón se encontró flotando en el limbo luego que mi libido tomara control absoluto de mi cuerpo.

Sabía que estaba mal, algo en lo más hondo de mi ser me decía que debía parar, pero me era imposible, mi virginidad deseaba con todas sus fuerzas perderse en el bosque…o mejor dicho en el dormitorio de Lyam.

Mientras las diestras manos de Lyam descendían por mi estómago para desembocar en el botón del pantalón, sus labios volvían a divertirse con mi boca, nuestras lenguas danzaban entrelazadas y en mi cabeza comenzaban a manifestarse conversaciones anteriores con amigas sobre cómo había sido su primera vez.

— ¿Cómo…se supone —comenzó a balbucear al tiempo que luchaba por desabotonar mi pantalón— que…se quita…esto?

— Déjame que yo lo hago —mascullé bajando la mano tan deprisa que pasé a llevar por primera vez en mi vida el bulto de su pantalón e inmediatamente sentí como mis mejillas se tenían por completo de rojo. Un espasmo involuntario me hizo dar un pequeño salto hacia atrás, aunque lo suficientemente fuerte como para hacer tambalear

el escritorio, tanto que me hizo caer en seco al suelo al lado de las carpetas desordenadas.

— ¡Auch! —me quejé con el poco aire que quedaba en mis pulmones, ya que el dolor que palpitaba en mi trasero era tal que parecía robarme el oxígeno.

— ¿Te encuentras bien? —preguntó Lyam, quien fallidamente hacía un esfuerzo por no romper a reír, agachándose a mi lado y tendiendo su mano para ayudarme a levantarme.

Tomé aire y me apoyé para ponerme de pie cuando mi vista se enfocó en una imagen que llamó mi atención. Cogí la fotografía que estaba sobre una de las carpetas que habían caído al suelo y la miré con el ceño involuntariamente fruncido.

— ¿Quién es ella? —inquirí enseñándole la foto a Lyam.

En ella aparecía una chica un poco mayor que yo, de inmensos ojos azules y cabello rizado cereza, su piel se veía pálida y sobre sus mejillas había un camino de pecas que las unía a través de la respingada nariz.

Cogió la foto, la vio y despreocupadamente la volvió a meter dentro de una de las carpetas.

— Es la hija de mi jefe.

— ¿Y por qué tienes una foto de ella? —pregunté entrecerrando los ojos.

— No es nada, sólo estoy revisando un caso, asesorándola más bien en una demanda civil, nada que te incumba a ti. ¿Ahora dime cómo te sientes?

— No te preocupes, no fue nada —musité mientras me ponía de pie y me sobaba la espalda que parecía haber quedado contusionada tras el golpe.

— Ven aquí —dijo colocando sus brazos alrededor de mi cintura y elevándome unos centímetros del suelo para llevarme hacia su cama—. Déjame examinar ese trasero travieso.

— ¿Trasero travieso? ¿Y eso de dónde salió? ¿Fue en Derecho civil o en Filosofía? —bromeé colocándome de boca abajo sobre la cama.

— Lo aprendí en "no toques bultos si no quieres estropear tu retaguardia" —contestó riendo y haciendo círculos en mi espalda con sus dedos.

— Muy gracioso —murmuré apretando los ojos y hundiendo mi cabeza en su almohada.

Noté como las manos de Lyam comenzaban a masajear mi espalda y fue recién en aquel momento cuando me percaté que no llevaba nada más que el pantalón, alcé la cabeza y me giré avergonzada para encontrarme con el torso delgado y bien formado de Lyam a mi lado.

¡Oh mierda! —gemí, había estado a punto de hacerlo sobre un escritorio. ¿Dónde estaban los pétalos de rosas tendidos sobre una colcha blanca? ¿Las velas aromáticas y el ambiente propicio para la primera vez soñada?

— ¿Qué pasa? —preguntó Lyam sonriendo. Apoyaba la cabeza sobre una de sus manos y con la otra quitaba los mechones que caían sobre mi cara y los acomodaba detrás de mí oreja.

— Nada —suspiré devolviéndole la sonrisa, asombrada por la realidad de mis palabras, en verdad no me pasaba nada, mientras estuviera con él todo estaba bien.

¡Aunque por dios como me dolía el culo!

6

Disfraz

— ¿Qué llevas ahí, mami? —inquirió mi curioso hijo desde su lugar en el asiento de atrás, alzando la cabeza para intentar ver el paquete que había dejado a su lado. En donde llevaba el disfraz para Noel.

— No seas intruso —contesté, mientras pasaba a segunda para acelerar un poco más la velocidad.

Durante la noche había dejado de nevar y, aunque el camino seguía siendo resbaladizo debido al hielo, podía conducir un poco más rápido.

— ¡Ten cuidado! —dijo Lyam colocando sus manos en el panel delantero de mí todoterreno afirmándose de manera exagerada—. Si subes un poco más la velocidad puedes aplastar ese caracol que va delante de nosotros.

— *¡Ja!* Muy gracioso —mascullé entre dientes—. Si gustas puedes caminar.

— No gracias, no quiero llegar antes que tu —replicó entrecerrando los ojos.

Negué vigorosamente y me mordí la lengua antes de volver a hablar.

El resto del viaje decidí concentrarme en el camino y en las curvas que venían más adelante, dejando de prestarle atención a Lyam y a su conversación con Lucas quien parecía cada vez más entusiasmado en enterarse de cada detalle del exitoso de mi “ex” lo que haya sido.

Al llegar a la casa de los Hayes descendimos del vehículo y antes de poder decirle cualquier cosa a Lucas, salió disparado hacia la casa llamándolos a todos como loco.

— ¡Ya llegué! —gritó abriendo la puerta de la casa y corriendo por el vestíbulo, desapareciendo de mi vista y dejando únicamente el eco de sus vociferaciones.

Coloqué mis ojos en blanco y me dirigí al asiento trasero para coger el disfraz que llevaba preparado para Noel, sólo me faltaba afinar ciertos detalles acerca de mi venganza contra Lena y descubrir cómo diablos Lyam se había enterado de la existencia de Lucas.

Abrí el paquete para chequear que todo se encontrará dentro y luego de echarle dos vistazos para estar segura lo tomé y cerré la puerta.

— Veo que cambiaste de idea con respecto a darme una bienvenida como me merezco —musitó de pronto Lyam quien descansaba su peso contra mi camioneta.

— ¡Mierda, me asustaste! —exclamé llevando ambas manos a mi pecho sin soltar lo que llevaba entre las manos.

— Lo siento, no quería arruinar la sorpresa —susurró sonriendo de lado y guiñando un ojo como lo hacía cuando éramos más jóvenes.

— Olvídame Hayes —repliqué imitando su gesto para burlarme de su arrogancia y con paso firme caminé hacia la casa para alejarme de él.

— No puedo —dijo tomándome del brazo impidiendo así mi perfecta salida dramática—. Insisto en que debiste haberme hechizado o algo parecido, porque no he podido sacarte de mi cabeza durante todos estos años.

— Eso se llama conciencia Lyam, incluso tú tienes una.

Me giré sobre los talones y aceleré el paso para que no pudiera alcanzarme, concentrada únicamente en no resbalar y caer como antiguamente me pasaba. Al fin había podido dejarlo con la boca cerrada.

— ¡Bryanna Marlie Cigno! —vociferó Noel, quien cargaba sobre sus hombros a un risueño Lucas— ¡Que alegría tenerte por nuestra casa!

— No malgastes tu saliva Noel, mi venganza será cruel y despiadada. Ni siquiera intentes suavizarme con palabras bonitas, esta vez no te funcionara.

— Pero si ya me has perdonado otras veces —musitó haciendo sobresalir notoriamente su labio inferior formando un puchero que me hizo recordar a la cara de Lucas cada vez que le negaba algo— ¿Qué hay de diferente ahora?

— Comenzando por el hecho de que le contaste a ya sabes quién, de la existencia de quien no puedo nombrar. Y que le enseñaste ciertas cosas que no debe decir a quien nuevamente no puedo nombrar y que no me parecen bien.

Noel me quedó viendo, alzó una ceja y abrió la boca para decir algo, pero sólo logró balbucear un poco entendible— ¿Ah?

— En tres palabras de tu diccionario básico “la cagaste Noel” —aclaré con una sonrisa irónica y entré en la casa—. Por cierto, si te sorprende mi mal humor, agradécele a tu cuñadito que me despertó temprano, se burló de mi manera de conducir y para culminar con broche de oro, acaba de coquetearme.

No le di tiempo para reaccionar y me alejé lo más rápido que pude para huir de la atronadora risa de Noel que resonaba en la entrada de la casa.

— ¡Estás perdiendo el toque Hayes! —le gritó a Lyam quien venía unos pasos detrás de mí.

— ¿Le coqueta…a mi mamá? ¿Cómo se dice? —preguntaba Lucas riendo— ¿Qué es eso?

Entrometido —pensé, mientras emprendía mi camino a la cocina.

Al llegar a ella me encontré con las tres mujeres de la familia conversando animadamente y disfrutando de lo que quedaba en sus tazas.

— Lo siento pensamos que ya no llegaban al desayuno —se disculpó Peggy, luego de tragar lo que le quedaba en la boca y de limpiar su boca sonriente con una servilleta.

— Despreocúpate —dije encogiéndome de hombros y acercándome a la mesa—, no tengo apetito.

Dejé el disfraz en el lugar de Lena y me senté entre ella y Molly.

— ¿Qué es esto? —preguntó Lena abriendo el paquete.

— Mi venganza —contesté tomando un trozo de pan tostado y lo embetuné de mantequilla.

— ¿No era que no tenías hambre? —inquirió Molly. Los ojos iguales a los de Lyam, distraídos.

— Es verdad, por eso me comeré un solo pan y no todo lo que tienen aquí —señalé con un gesto de mi mano la cantidad de comida que parecía no alcanzar toda sobre la mesa—. Ya veo de dónde sacó Lyam esa manía por cocinar todo lo que está a su paso por las mañanas. No entiendo cómo se mantienen delgados.

— Eso es porque nos ejercitamos mucho — respondió una risueña Molly— ya ves a Lena que se va de maratón cada tarde y corre los mil metros *mall* para no perder la figura. De hecho ahora es baja únicamente porque sus pies se gastaron de tanto correr ¿Acaso creías que siempre fue pequeña? Por supuesto que no, hubo un tiempo en que Lena fue la más alta de la clase.

— Claro, eso fue cuando comenzó su práctica como asistente de párvulos — gritó Noel entrando a la cocina

— Muy graciosos —masculló Lena entre dientes—. Son tal para cual.

— ¡Arruinaste mi historia! —bufó Molly lanzándole una miga de pan en la cabeza a su novio—. Por cierto ¿dónde dejaste a Lucas?

— Se fue con Lyam a despertar a Niko —respondió encogiéndose de hombros y quitándole el traje de conejita a Lena, quien aún no había alcanzado a verlo—. Esto es por lo menos seis tallas más grandes que mi cuñada —indicó sosteniendo las orejas de conejo en una mano y en la otra el resto del traje.

— Exacto. Porque no es para ella, es para ti —expliqué antes del estallido de risotadas.

— ¿Qué? ¡Oh no! —negó enérgicamente con la cabeza— ¡No hay forma que me hagas entrar en esta cosa!

— Yo no te haré entrar ahí, será Lena —dije masticando tranquilamente mi tostada— Así mato dos pájaros de un tiro. Los espero en la sala y no se atrevan a tardar demasiado.

Me levanté ágilmente y salí de la cocina en busca de mi hijo, necesitaba hablar con Niko para que lo mantuviera entretenido en otra cosa, no me interesaba que Lucas viera a su tío Noel con unas bragas metidas en medio del culo.

Caminé hasta el dormitorio de Niko y luego de explicarle la idea y reír un rato salí a buscar a Lucas que se encontraba con Lyam en el jardín, sentía ganas de estrangularlo, no llevábamos ni medio día aún y Lucas ya había pasado su cuota de frío anual, si no le daba una hipotermia de tanto jugar en la nieve, como mínimo seguramente le daba un resfriado.

Mientras caminaba por el pasillo, una voz llamó mi atención. Retrocedí unos pasos y pegué la oreja en la puerta contigua a la del dormitorio de Lena.

— ¡Póntelo! —ordenaba la mandona voz de Lena del otro lado.

— ¡No puedo! —respondía Noel— ¡Esto no entra! ¡Es muy pequeño!

No quería ni imaginar que parte era la que estaban intentando meter, pero de sólo pensarlo tuve que apretarme la boca con ambas manos para evitar estallar en risas.

— ¡Empuja más fuerte! —sugería mi amiga.

— Lena, como empuje un poco más fuerte daré a luz mi propio colón.

Estaba a punto de romper a reír, cuando sentí a alguien atrás de mí.

— ¿Qué estamos escuchando? —preguntó de pronto Lyam pegando su boca a mi cuello y cubriéndome la boca. Impidiendo que el grito, a punto de salir por mi boca, no se oyera más allá que en mi cabeza.

Estaba a medio segundo de darle un pisotón en el pie cuando sentí pasos acercarse.

— ¡Ahí estaban! —exclamó Owain desde detrás nuestro provocando que Lyam me soltara de inmediato— ¿Por qué Lena perseguía a Noel con un par de orejas de conejo?

— Dale gracias a *tu* padre por llegar, que si no te dejaba cojo de por vida —mascullé con la mandíbula apretada y entrecerrando mis ojos para adoptar una actitud más amenazante.

— Ideas de Bry —contestó Lyam ignorando por completo mi amenaza y exhibiendo una hilera de dientes perfectamente alineados y blancos.

— Bry, que alegría tenerte aquí, cada vez que vienes me rio como nunca —comentó Owain acercándose a mí para darme un abrazo— ¿Y qué tal ha estado todo?

— Dale gracias a *mi* padre por no dejar la escopeta cargada antes de morir, que si no te juro que le metía un tiro a tu hijo —murmuré luego de darle un beso en la mejilla.

— Si es por dar gracias, debo dártelas a ti —dijo Lyam apoyando su peso contra el muro y cruzando sus brazos a la altura de su pecho.

— ¿A mí? —pregunté frunciendo el ceño—, ¿y por qué?

— Por ser…

No alcanzó a terminar la frase cuando la puerta del dormitorio se abrió de par en par y una muy molesta Lena salió refunfuñando y sosteniendo lo que supuse sería lo que quedaba del hermoso traje de conejita, o sea, lo que quedaba de mi anhelada venganza.

— ¡No hay caso! ¡La próxima vez recuérdale a Antonio que el disfraz es para Noel y no para ti! ¡Ni siquiera sus testículos caerían en ese sujetador! —gruñó enojada dando zancadas hasta encerrarse en su dormitorio, donde aún permanecía Niko.

— Antonio —bufó Lyam enojado viéndome directamente a los ojos. Sacudió su cabeza, dio media vuelta y se alejó rápidamente de nosotros.

Pestañeé repetidas veces sintiéndome total y completamente confundida, no entendía que acababa de ocurrir. Mientras mi cerebro intentaba enterarse que le había molestado a Lyam oí las risotadas de Owain resonar a mi lado.

— ¿Sabes que le dio a Lyam que ríes tanto? —acucié enarcando una ceja.

— ¿A Lyam? Ni idea —confesó encogiéndose de hombros— ¡Pero Lena tiene cada ocurrencia!

“Parecía ser que nunca me acostumbraría a la belleza de Lyam. Por más que mi mirada lo escrutaba, seguía dejándome sin respiración. Todo en él me fascinaba, su cabello alborotado tan rebelde como su misma personalidad, aquellos ojos verdes adornados con unas espesas pestañas negras y aquella boca tan sensual que me incitaba a besarlo cada vez que lo veía. Todo un playboy.

— Como me sigas viendo así nunca terminaremos esta partida —murmuró sin despegar la vista del tablero de ajedrez que nos separaba en medio de su cama.

Esperé paciente hasta que con sus delgados dedos tomó la torre y avanzó seguro hasta ponerse frente a mi rey.

— ¡Jaque! —murmuró enarcando una de sus perfectas cejas, seguro de sí mismo. Sin darse cuenta que con aquella jugada, acababa de darme la victoria.

Tomé mi reina y avancé hasta sacar de escena a la torre, dejando a su rey atrapado entre mi torre negra, el caballo, un peón y ahora mi reina, ganando de esa forma la partida.

— ¡Jaque mate! —exclamé alzando mis brazos en signo de victoria, con una sonrisa jactanciosa en mi rostro luego de treinta intensos minutos de batalla contra Lyam.

— ¡Eres una tramposa! —masculló entrecerrando sus hermosos ojos verdes—. Apuesto que cambiaste las piezas apenas salí del dormitorio para buscar tu bolsa de papitas. ¡Oh no! Acabo de descubrir aquel maquiavélico plan que tu cabeza astuta articulo para ganar.

— ¿De qué estupidez estás hablando? —pregunté frunciendo el ceño luego de ver como se incorporaba y alzaba uno de sus dedos paseándose de un lado para el otro del dormitorio, cual inspector Gadget.

— ¡Tu! sucia perversa —soltó señalándome—. Ese cuello sexy tan expuesto de esa manera tan seductora, ¿Cómo no lo vi venir? —se preguntó sacudiendo la cabeza teatralmente —. Toda esa seducción para comer y el lamerte los dedos luego ¿creíste que no te descubriría?

— ¡Oh he sido desenmascarada! —exclamé con fingida angustia, para seguirle el juego. Riendo y echándome una papita frita a la boca mientras con la otra mano le lanzaba una dándole en la cara.

— ¡¿Y encima se atreve a atacarme?! —acució bajando su vista al piso donde acababa de caer la friturita.

Se inclinó hacia mí, metió su mano entre los castaños mechones y bajó su rostro para besarme.

— Creo que tendré que castigarla… señorita sensual —murmuró contra mi boca y colocando ambas manos detrás de mí nuca.

La invasión de su lengua fue belicosamente sensual y me apreté contra su cuerpo sin poder evitarlo.

— ¿No habrá algo que pueda hacer para remediarlo? —pregunté jugando con los botones de su camisa.

— ¿Intenta sobornarme? —inquirió separándose abruptamente de mí. Me miró alzando una ceja y frunció sus labios en un gesto demasiado sensual.

— Ajá.

— ¡Es peor de lo que pensaba, está totalmente fuera de sí! —farfulló mirando hacia el techo, de manera dramática. Luego bajo la cabeza y clavó sus ojos en mí con un gesto que no pude descifrar. De pronto sin darme tiempo a reaccionar, se lanzó contra mí quedando encima y me besó con pasión.

Aquel súbito arrebato me desarticulo por completo provocando que el deseo corriera por mi cuerpo como una serie de explosiones de distintas sensaciones. Me besaba con un erotismo que me embrujaba. La excitación me quitaba el aliento y tenía el corazón desbocado. Sentí la íntima y dura prueba de su excitación clavarse en mi bajo vientre provocándome un estremecimiento involuntario.

Sentía un nudo de deseo aflojarse y distenderse en mi pelvis, llenándome de anhelo e impaciencia. Mis dedos se enredaban en su cabello cobrizo y disfrutaba de su sedosa textura y el olor de su piel ejercía un delicioso efecto afrodisíaco.

Sin darme cuenta cómo, ni cuándo, ambos nos recorríamos con nuestras manos, grabando cada detalle, nos desnudamos con urgencia y nos besábamos con ansiedad. Se situó sobre mí con un ágil y fluido movimiento, presionando mi parte baja, provocándome un leve temblor. Cerré los ojos y respiré hondo justo antes de escuchar un grito agudo escapar de mi boca en el momento justo que Lyam me penetraba con un gruñido de satisfacción.

— Mierda —bufó irguiéndose lo suficiente para ver mi rostro acalorado. Tenía sus cejas fruncidas y un gesto desconcertado — ¿Eres virgen?

— Técnicamente ya no —contesté arrugando mi frente. No me era muy cómodo comenzar a discutir acerca de mi virginidad con el encima mío.

— Será mejor que paremos —comentó apoyando su peso sobre sus codos.

— No, no te detengas —pedí cerrando mis ojos con fuerza y abrazándolo fuerte contra mí. Me sentía en el centro de un tornado, a pesar del insoportable dolor, mi cuerpo quería más y aunque el rostro torturado de Lyam me hacía pensar que era mejor detenernos, no podía ni quería hacerlo.

No dijo nada, pero supuse que acababa de ganar, pues colocó sus manos bajo mis caderas y haciendo uso de una lenta destreza sexual intensamente erótica, entró completamente en mí en un vaivén lento y sensual haciendo que la excitación volviera incluso más fuerte que antes. De a poco comencé a sentir que las oleadas de placer se acontecían aferrándome con mayor fuerza cada vez, abrumándome con una necesidad imposible. Escalé buscando la última y me entregué al clímax que consumió a Lyam y sólo a Lyam con la potencia de un huracán.

Esperaba que la próxima vez fuese mejor para mí.

Luego de besarme con una ternura que no conocía hasta entonces, Lyam rodó hacia un costado y alcanzó el edredón para cubrirnos.

Su rostro había adquirido un matiz de tristeza que no me cuadraba para nada con la felicidad que yo sentía por haber estado con él y las dudas comenzaron a inundar mi mente a una velocidad vertiginosa.

¿Y si no había sido lo suficientemente buena para él? Quizá era ese el motivo de que le molestara el hecho de no saber acerca de mi nula experiencia sexual previa a él. ¿Por qué su rostro se veía tan torturado después de hacerme tan inmensamente feliz?

¡Oh mierda!

— ¿Qué te pasa? —acucié cuando las no respuestas a mis preguntas me dieron un receso y pude pensar con algo de claridad.

— Nada —susurró tomando mi mano y acercándola a su boca para besarla— ¿Por qué lo preguntas?

— Por nada —contesté recargando mi cabeza sobre su hombro.

— ¿Estas bien? —inquirió acariciando mi hombro desnudo con su pulgar.

— Ajá.

— Bry…

— Dime.

— Pase lo que pase más adelante en nuestras vidas, no olvides nunca este momento ¿Está bien?

— ¿A qué te refieres? —pregunté frunciendo el ceño sin entender ni una palabra de lo que me decía.

— No lo sé —bufó frustrado—. Es que me siento tan bien así. Justo en este momento y no me gustaría que lo olvidaras nunca.

— No veo el motivo de querer olvidar esto —musité alzándome un poco para besarle la mejilla.

Nos quedamos unos minutos en silencio, solamente el sonido del crujir de la cama cada vez que nos movíamos para abrazarnos o acariciarnos interrumpía la quietud de aquel momento.

— Bry…

— ¿Si?

— Te amo.

— Yo también”

7

Celos

El aire helado se metió de lleno en mis fosas nasales, sentía mis mejillas entumecidas, tanto que comenzaban a dolerme, pero era tal mi necesidad de pensar y estar a solas que sin analizarlo me había salido a la entrada para estar a solas. Aunque lo que en un principio me parecía el lugar perfecto para despejarme, acababa de volverse el sitio perfecto para congelarme.

Eran tantos mis recuerdos de Lyam, tan tangibles, cercanos. Y aunque intentara esconderlo, algunas veces con mayor éxito que otras, aún muy en el fondo, dolía.

Diablos si dolía.

Ver a Lucas todos los días y encontrar su reflejo en él. Cada gesto, guiño, incluso sus pataletas eran una reproducción en vivo de su padre.

— ¿Estás bien? —interrumpieron mis pensamientos la voz de Molly.

Exhalé el humo del cigarrillo por la boca, disfrutando con culpabilidad aquel vicio contra el que tanto había luchado por dejar y que ahora parecía ser mi mejor amigo.

— Si, ¿por qué lo preguntas?

— Porque no le encuentro sentido alguno a estar sentada aquí congelándote el culo —bromeó caminando hasta donde me encontraba yo — A menos claro, que no te encuentres bien. ¡Además apestas!

Suspiré fuerte y friccioné mis brazos para darme calor, después de todo Molly tenía razón. El frío que comenzaba a caer, parecía volverse cada vez más intenso, tanto que ya apenas podía sentir mi nariz. El sonido de unas llantas estacionar frente a mí, me obligó a alzar la vista para encontrar la todoterreno de Antonio unos pocos metros más allá de nosotras.

— Quería pensar un rato —susurré a duras penas entre el castañear de mis dientes, incorporándome rápidamente y dando unos pequeños saltos para hacer que el calor regresara a mis articulaciones.

— Y de paso transformarte en la reina de hielo —replicó Molly rodando sus ojos.

— ¡No podría ser la reina de hielo, la reina es rubia! —gritó Antonio descendiendo de su vehículo.

— Tienes razón, en ese caso sería yo —pronunció Molly sacudiendo su melena teñida clara, acercándose a él para saludarlo con un abrazo, seguido de un sonoro beso en la mejilla.

— ¿Qué tal todo por aquí? —curioseó Antonio caminando en mi dirección, sosteniendo a Molly por la cintura— ¿Tu marido dónde está? —inquirió frunciendo el ceño.

— Escondido en el dormitorio, dice que nunca superara el trauma de las braguitas —contestó ella sacudiendo su cabeza, provocando que el estallido de risotadas proveniente de Antonio no se hiciera esperar—. ¡Ja! Muy graciosos ustedes dos… Como sigas enviándole ese tipo de disfraces pensaré que eres gay.

— Bry puede dar fe de lo contrario —replicó enarcando una ceja y soltando a Molly para colocar ambas manos en mi cintura, o donde se supone que quedaba esta, pues entre lo congelado que tenía el cuerpo y la cantidad de ropa que llevaba para capear el frío, podía fácilmente agarrarme una nalga y ni me hubiese percatado.

— ¡Oh si, *nene*! —bromeé colgándome de su cuello— ¿Cuándo repetimos?

— Cuando dejes de fumar —dijo colocando cara de asco. Volteé los ojos y solté una risita—. Por cierto, hoy olvide colocarme el traje de bombero, así que procura no quemarme ¿vale?

— Yo no sé en qué están ustedes dos que no se juntan aún —bufó Molly sacudiendo su cabeza y pasando por nuestro lado para volver a la casa— ¡Definitivamente son tal para cual!

Quedé mirando a mi amigo y sonreí ante la insinuación de Molly, después de todo era lo mismo que decían Lena, Noel, Niko, incluso yo pensaba aquello de vez en cuando. Antonio era guapo, adoraba a Lucas y a mí. Había estado conmigo desde mi embarazo y luego de la muerte de mi padre se había convertido en la figura paterna más fuerte para mi hijo.

— ¿Qué tanto piensas? —preguntó Antonio, devolviéndome de golpe a la realidad— ¿Acaso estás de acuerdo con Molly?

— Por supuesto que si —contesté— Claro, si no fueras tan gay —bromeé de manera inocente jugando con los cordones de la capucha de su chaqueta.

— Creo que puedo demostrarte lo contrario —replicó en mi oído— Bueno —agregó—, si a ti no te gustara tanto mi hermana —insinuó enarcando una ceja.

Solté a reír por la ridiculez del tema. Ambos teníamos claro que nuestras preferencias eran completamente heterosexuales, pero era divertido bajarle los humos de vez en cuando a mi amigo.

— ¿Y por qué viniste? —pregunté apoyando mi cabeza sobre su pecho y pasando mis brazos alrededor de su cintura en busca de calor—- Apuesto que me extrañabas —bromeé.

— *¡Non riuscivo a respirare a causa della vostra assenza!* —exclamó colocando sus brazos sobre mis hombros.

— ¿Qué? —fruncí el ceño—. Siempre me hablas en italiano y aún no logro entender ni media palabra, a pesar de todos estos años frecuentándote a ti y a Fiorella.

— ¡Dice que no puede respirar a causa de tu ausencia! — gritó una voz perfectamente conocida por mí a mis espaldas—. ¡Eh tú! ¡Mago lechero!—exclamó dirigiéndose a Antonio— ¿Conquistas a muchas con eso?

— No realmente —respondió Antonio negado con la cabeza.

Lo miré—- No seas modesto —repuse para fastidiar a Lyam. No me gustaba para nada aquel tono de burla y superioridad que adquiría cada vez que quería molestar a alguien—. Sabes que no necesitas valerte de trucos para conquistar a ninguna mujer. Estoy segura que la que quieras puede caer rendida a tus pies.

— No realmente —repitió sonriendo y bajando el rostro para verme—. Si fuera así de fácil Bryanna…

— ¡Lucas te llama! —exclamó de pronto Lyam interrumpiendo mi perfecto momento con mi mejor amigo.

Quedé viendo a Antonio a la espera de que terminará la frase inconclusa, pero se limitó a sonreír ligeramente y a alzar un poco las cejas indicándome que debía ir.

— ¡Ahora! —apuró Lyam haciéndome sentir unas ganas irrefrenables de darle un puñetazo por ser tan intruso.

— Será mejor que me vaya —insinuó Antonio besando sonoramente mi mejilla—. Llámame cuando vayas de regreso a tu casa para ir a verlos allá.

No pude ocultar mi desilusión—. Pero si acabas de llegar… ¿Por qué no te quedas?

Arrugó suavemente el ceño—. No me parece una buena idea.

— ¡Tonterías! —bramé molesta.

— Bryanna. Sólo vine a ver que te encontrabas bien y lo estás —sacudió mi pelo húmedo, para luego quitarse su gorra y colocarla sobre mi cabeza—. Ahora soluciona tus cosas y luego nos vemos.

Me solté de Antonio de mala gana y me giré sobre mis talones para caminar hacia la entrada de la casa. Di grandes zancadas hasta llegar al pasamano y sintiendo la mirada de Lyam clavada en mí, me apoyé en él para subir los escalones que debido a la nieve que aún no se derretía seguían congelados.

— ¡Nos vemos luego! —vociferé desde la puerta agitando mi mano para despedirme de Antonio quien ya se encontraba dentro de su camioneta.

La brisa helada, parecía levantarse con mayor fuerza por lo que bajé un poco más el gorro de lana que Antonio me había dado y absorbí por última vez el áspero y tibio humo de mi cigarrillo, proporcionando una extraña sensación de relajo y desahogo

al pasar por mi garganta. Esperé viendo con un deje de tristeza la camioneta de Antonio alejarse y suspiré.

Ignoré completamente a Lyam y su mirada la cual parecía taladrarme y solté el resto que me quedaba de cigarro para luego apagarlo con la punta de mi bota. Decidí entrar, pero sentí la mano de Lyam sujetándome con poderío del brazo.

— ¿Dónde está Lucas? —proferí girándome bruscamente.

— ¿Te gusta verdad? —inquirió entrecerrando los ojos.

— ¿Ah?

Lyam nunca se esforzó en controlar su molestia ni su sentido erróneo de propiedad, seguía así— ¿Te gusta él? ¿Ese tipo?

— ¿Antonio? —pregunté confundida pestañeando repetidas veces — Por supuesto que sí. ¿A quién no? —contesté sin pensarlo.

Pude sentir como a pesar de intentar mantener la compostura su agarré en mi brazo se hacía más firme por lo que volví a dirigirme a él.

— ¿Me sueltas?

— Primero quiero hablar contigo —avisó plegando más sus gestos con rabia, sin soltarme—. Vamos a mi dormitorio.

— Olvídalo — exclamé sacudiendo mi cabeza.

— Caminas o te cargó —amenazó entre dientes. Traté de soltarme de él, pero me fue imposible. No tuve más remedio que caminar hacia el sitio indicado por Lyam

ya que no quería plantar un escándalo. Con un poco de suerte nos encontraríamos con todos en la sala y ahí encontraría la forma de escabullirme de manera sutil.

Atravesamos toda la casa y como nunca nadie nos interrumpió en todo el camino. Lena, Niko y Lucas se encontraban jugando en la cocina. Owain y Peggy habían salido y Molly estaba intentando subirle el ego a Noel en la habitación en donde seguramente habían encontrado un mejor uso para el disfraz de conejita.

No nos detuvimos hasta estar parados frente a la puerta del dormitorio de Lyam. Dormitorio en el que no me había atrevido a entrar desde el día que decidí que él era el hijo de puta más grande de mi universo.

Abrió la puerta sosteniendo ahora mi mano. Sentía que el aire comenzaba a volverse más pesado y como la angustia volvía a invadir mi pecho. Recuerdos de tiempos pasados bombardeaban mi mente a una velocidad tan vertiginosa que la cabeza parecía querer estallarme.

Decidí que no me dejaría amedrentar por una estupidez tan insignificante como los recuerdos, para doblegarme ahora necesitaba mucho más que eso. Ahora era una mujer valiente y no una niña despechada. Fui yo misma quien recogió cada pedazo de mi corazón cuando Lyam lo rompió, cuando me utilizó y me engañó, por lo tanto decidí abrir mis ojos y alzar la cara con valentía.

— ¿Qué demonios es tan importante como para que me arrastres hasta tu habitación? —inquirí mirándolo directamente a los ojos.

— ¿Te parece poco el querer saber por qué hasta unos días no sabía que un hijo mío estaba dando vueltas por el mundo?— replicó sosteniendo mi mirada— ¿O eso no

es importante? ¡Tan poco te importé para que fueras capaz de negarme la existencia de mi hijo!

— Nunca lo negué — repliqué.

— No por supuesto que no…omitirlo es mucho mejor ¿no? —acució encolerizado.

Por un segundo di gracias de encontrarnos tan alejados de todos, ya que no me hubiese gustado para nada que se enteraran de esta conversación.

— Y encima toda mi familia lo sabía —siguió hablándome y acercándose a mí, tanto que tuve que retroceder varios pasos por temor de ser aplastada—, ¿desde cuándo? ¿Antes de irme? ¿Ya lo sabías cuando te despediste de mí? ¿No es así? ¿Por eso me dejaste?

— Lyam…—dije para intentar calmarlo, pero pareció no notar que yo aún me encontraba frente a él.

— Puedo entender que hayas pensado que era un cobarde, un manipulador y lo que quieras, incluso es bastante probable que tengas razón en todo lo que crees de mí, pero aun así yo merecía saber de Lucas. ¡Diablos! —gimió pasando uno de sus brazos sobre mi hombro y dando un golpe seco en la muralla—. Y encima de todo, ahora tengo que aguantar que un idiota perfecto venga a mí casa poco menos que a burlarse de mí, que le diga hijo a mi hijo, que te abrace y ver cómo le correspondes en frente de mis narices.

— No metas a Antonio en esto, lo que yo haga o deje de hacer con él es asunto mío y no tienes derecho a entrometerte —vociferé pronunciadamente.

— Tengo todo el derecho…

— ¡No te equivoques Lyam! —voceé apretando los dientes con rabia— Que seas el padre de Lucas no te da derecho alguno sobre mi persona, puedo estar con quien me dé la puta gana —tiré de mi brazo con brusquedad para soltarme de su agarre y él me volvió a agarrar estrellando con fuerza su boca contra la mía.

Por un momento me quedé petrificada, la lengua de Lyam intentaba abrirse paso entre mis labios y aquello me hizo reaccionar. Me zarandeé con fuerza y estrellé mi mano contra su mejilla con pasión.

— En tu vida te atrevas a volver a hacer eso —lo amenacé restregando la palma de mi mano contra mi boca.

— Te quería…te quería tanto y tu…

— ¿Yo qué?

— Me engañaste —murmuró dejando caer su brazo a un lado de su cuerpo y bajó la vista al piso.

Sentí como el corazón se me estremecía dentro del pecho. Quería abrazarlo y consolarlo, pero mi orgullo era mayor. Simplemente no podía hacerlo.

— Siempre fui honesta contigo Lyam, no fui yo quien estaba en la cama con otra persona.

— ¡Ya te expliqué como fueron las cosas! —protestó alzando la voz— Además —añadió—, eso de ninguna manera justifica lo que me hiciste.

Estaba a punto de explicarle tantas cosas cuando el sonido de la puerta al abrirse de par en par nos distrajo y nos obligó a voltear la vista.

— ¡Aquí estaban! —exclamó Lucas entrando cual huracán en el cuarto— ¡Vaya! —soltó emocionado viendo cada detalle. Aquel era el único lugar de la casa que no conocía y como buen niño de su edad estaba maravillad—. Este lugar es genial —murmuró viendo la colección de autos en miniatura que Lyam mantenía dentro de un aparador— ¿Ya viste mami?

Fui capaz solamente de asentir, ya que el nudo que comenzaba a formarse en mi garganta quemaba demasiado como para permitirme hablar. Tanto tiempo soñando con encontrarnos los tres juntos y ahora que ocurría me sentía fuera de lugar.

— ¡Mira! — gritó de pronto apuntando en dirección a un marco de fotos de madera, que se encontraba sobre la cómoda — ¡En esa foto estoy yo!

— ¿Dónde? — le hablé con dificultad caminando hacia donde él apuntaba.

Suspiré hondo y me acerqué para ver mejor. Ahí, detrás del vidrio se encontraba una hermosa aunque antigua fotografía del rostro de Lyam a la edad de Lucas. Llevaba el cabello un poco más largo y miraba hacia el cielo. El parecido era indiscutible, dos gotas de agua.

— Te ves muy guapo en esa foto —comentó Lyam lanzándome un salvavidas ya que yo no sabía que decir— ¿No te parece Bry?

— Si, muy guapo —confesé sintiendo como mis mejillas comenzaban a arder.

Al fin después de todo el tiempo que estuve bajo la nieve estaba olvidando el frío que por un momento pareció congelarme.

“Suspiré un par de veces y moví mi cuello de un lado al otro para relajar la tensión acumulada en mis hombros. Lancé mi bolso sobre la silla al lado del escritorio y me dejé caer con pesadez sobre mi cama.

La noche estaba fría, demasiado incluso para tratarse de un lugar cercano a la playa como éste, en donde siempre helaba. Busqué el edredón que se encontraba a mis pies y me cubrí con él.

Hacía dos semanas que no veía a Lyam. Catorce días sin tocarlo. Trescientas treinta y seis horas sin besarlo. Veinte mil ciento sesenta minutos sin olerlo. Un millón doscientos nueve mil seiscientos segundos de ansiedad, en los que mi pasatiempo preferido había pasado de colgarme de su cuello a hacerlo del reloj. Y mi nivel de ansiedad se veía únicamente sobrepasado por el de angustia. Quería verlo, abrazarlo, besarlo, lo extrañaba tanto como nunca había extrañado a nadie.

Tan sólo dos días después de nuestra primera vez, él había tenido que viajar de manera urgente a Nueva York. — Este caso no puede solucionarlo nadie más que yo. Bry, lo siento — había dicho aquel día.

A pesar del tono cariñoso con el que había dicho mi nombre, sabía que dentro de aquel beso ansioso que me dio a escondidas dentro de mi habitación había algo más. Un presentimiento extraño me invadió las entrañas, pero lo dejé pasar, convenciéndome a mí misma de que no era nada más que el nerviosismo de tener que separarnos por un tiempo indeterminado.

Un pitido molesto interrumpió mi perfecto momento de calma y busqué su procedencia con los ojos reparando en la pantalla iluminada de mi celular. Estiré mi brazo para alcanzarlo y apreté el botón de menú para leer los mensajes.

— Usted tiene tres mensajes en su buzón de voz — anunciaba la pantalla de fondo azul.

Marqué el número de la buzonera y pegué mi oreja al auricular.

— ¡¿Dónde te metiste toda esta tarde?! Te he discado hasta que mis uñas postizas se hicieron pedazos…me debes por lo menos una manicura completa. ¡Cabezota y burra! Siempre te he dicho que las noticias importantes no deben esperar para poder…

Enarqué una ceja cuando el pitido de la finalización del mensaje me dejó sorda.

— Segundo mensaje: — anunció la grabadora — ¡¿Qué demonios…?! — exclamaba la voz chillona de mi amiga. Procedido de otra pitada.

— Tercer mensaje: ¡Mierda! Aún no sé cómo se usan estas cosas…en fin. ¿Adivina quién acaba de llagar de Nueva York? — canturreó al otro lado de la línea la ansiosa voz de Lena — Si…ese mismo idiota. Anda escondido y no quiere que te enteres que ha llegado, aun no sé porque, supongo que querrá darte una sorpresa…A dicho ¡No le digas nada a Bry aún! Tengo algo importante que anunciarles a todos…— se burló imitando su voz — Apuesto a que querrá pedirte matrimonio… ¡¡Oh Por Dios!! Eres una mal nacida con suerte…vas a casarte con un futuro exitoso abogado y encima tendrás a las cuñadas más hermosa de todo el planeta… Conociéndote, a la hora que escuches el mensaje ya va a estar en casa…no le digas que yo te avisé…te amo amiga. ¡Bye!

Dejé caer mi teléfono a un lado y me levanté como impulsada por un resorte de la cama. Mi corazón adormilado durante todos estos días eternos comenzó a latir con

fuerza dentro de mi pecho y la ansiedad no hacía más que plantarme una sonrisa idiota en la cara.

Me olvidé del frío y de la lluvia que caía a cantaros fuera de la casa y corrí a mi camioneta. Por suerte mi padre no volvería a casa hasta la mañana pues le tocaba guardia nocturna y eso me otorgaba libertad para salir y para poder quedarme toda la noche afuera.

No tardé demasiado en llegar a casa de Lyam la cual se encontraba a oscuras y me pregunté si quizá no sería demasiado tarde para golpear la puerta. Miré el reloj en mi muñeca el cual marcaba quince para las doce lo que me obligó a replantearme si esta era o no una buena idea. Por lo que conocía a Lyam sabía que no era muy amigo de las sorpresas, es más, las aborrecía con todo su ser, pero tras mirar mi camioneta y pensar en volver a casa sin verlo sabiendo que se encontraba en su cama, no pude aguantar y determinada me encaramé en la jardinera para llegar a la ventana de mi amado. Me sentía una versión desvirtuada de Romeo y Julieta, claro, esta era una versión feminista, ya que Julieta no se quedaba esperando en su ventana y saltaba a la de él.

La tenue luz en el interior del dormitorio anunciaba que seguía despierto, me acerqué más a la ventana y pude oír susurros del otro lado. Pensé que se trataba de Lena o Molly cuando empujé la ventana y lo vi. La peor pesadilla que podría haber imaginado se desarrollaba frente a mis ojos. Lyam se encontraba tendido sobre su cama, descalzo y con sus manos puestas detrás de su nuca. A su lado una chica de cabellera color rubio cereza sonreía encantada y jugaba inconscientemente con el cierre de su sweater, mientras el cordón de la capucha se encontraba dentro de su

boca. Quien los viera pensaría que eran la pareja perfecta. Ella era una chica hermosa y él…él no era más que el hijo de puta más grande del mundo.

— ¿Bry? — preguntó Lyam incorporándose con rapidez y frunciendo el ceño sorprendido cuando me vio. Como si no estuviera seguro de si era producto de su imaginación o en realidad me encontraba justo frente a él.

— ¿Quién es ella? — logré preguntar sintiendo como las mariposas dentro de mi estómago se convertían en escorpiones listos para clavarme su cola.

— ¡Hola! —lanzó ella exhibiendo una hermosa sonrisa y sacudiendo su mano, la muy perra. Encima de hermosa, simpática la muy idiota—. Mi nombre es Norah, soy la novia de…

— ¡No! — vociferó Lyam atajándola antes que terminara la frase.

— ¿No… qué?

— No es lo que parece — contestó nervioso saliendo con lentitud por su ventana, mientras yo comenzaba a retroceder preparándome para saltar del segundo piso y correr a todo lo que mi orgullo y mis pulmones me permitieran.

— ¿Es tu novia? — inquirí sintiendo el primer aguijón dentro de mi pecho cuando lo vi como lentamente asentía con su cabeza.

— Soy una estúpida — susurré sintiendo el ardor de mi garganta expandiéndose por todo mi pecho. Mis ojos comenzaron a escocer, pero me obligué a mantener la dignidad y no lloré, no frente a él…no en frente de ella.

— No…no lo eres…— murmuró Lyam extendiendo su mano para que yo la tomara. ¿Es que caso pensaba que yo podía llegar a ser más imbécil de lo que ya había

sido? — Déjame explicarte — pidió avanzando un paso hacia mí, acortando la distancia — Bryanna. Por favor.

— Olvídalo — mascullé entre dientes apresurándome para descender por la misma jardinera que acababa de subir”

8

Haciendo lo correcto

— ¿Mami? ¡Mamá! ¡Despiértate! — exclamó Lucas sacudiendo sus brazos delante de mis ojos trayéndome de golpe a la realidad.

— ¿Qué pasa? — murmuré soltando un sordo suspiro.

— Te digo que Lyam es genial —comentó enarcando una ceja con dificultad en un intento de imitar sus gestos.

El aludido quien seguía viendo la fotografía, se incorporó y caminó exhibiendo una hermosa sonrisa de lado a lado hasta apoyar ambas manos sobre los hombros de mi hijo. Solamente faltaba Owain detrás de él para hacer el cuadro perfecto.

Sentía que el corazón se me iba a partir por la mitad luego de ver con la admiración con que Lucas veía a Lyam. En verdad era un ser diabólico y me iba a pudrir en el infierno—. Ni siquiera haciéndote monja te salvas de aquello —me recriminé mientras contemplaba la escena.

— No es por presumir pero que inteligente es Lucas —murmuró Lyam caminando hasta mi lado y deteniéndose exclusivamente para murmurarme—; ¿A quién habrá salido?

Mis fosas nasales estaban abiertas. Parecía un toro—. Por supuesto que a mí —contesté a la defensiva girándome para encararlo, pero ya no se encontraba dentro de la habitación.

— ¡No lo dudo ni un segundo! —exclamó desde el vestíbulo.

— Hablas sola —canturreó Lucas apuntándome con uno de sus dedos y moviendo sus caderas para burlarse de mí.

Pequeño granuja.

Si no se tratara de mi hijo estaba bastante segura que le hubiese dado una patada en las canillas para que dejara de bailar.

— ¡Ven a ver esto! —ordenó jalándome del brazo y arrastrándome literalmente hacia las escaleras.

Bajó los escalones a grandes brincos sin soltar mi mano y con un entusiasmo envidiable. No paraba de dar saltos una vez llegados al vestíbulo y no se detenía ni por piedad a mis años.

— ¡Ey chico! —clamó Noel alcanzándonos y tomando a Lucas en brazos, ayudando de esta manera a mi pobre corazón que parecía estar a punto de tener un ataque cardiaco—. No me dijiste ¿qué tal ha estado la escuela?

— Excelente tío —contestó Lucas sonriendo—. El profesor nos mostró un *micopio* y vimos insectos —agregó muy orgulloso de sí mismo — ¿Y tú universidad que tal?

— ¿Un micopio? — repitió Noel haciendo un mohín e ignorando por completo la pregunta de Lucas.

No era la primera ni sería la última vez que tenía que traducir lo que mi querido trabalenguas intentaba decir, por lo general siempre confundía las letras, cambiaba las “r” por “d” y omitía silabas completas.

— Microscopio —aclaré yo, con el poco aire que me quedaba en los pulmones debido a la maratón que había sido obligada a correr, debido a algún motivo que aún desconocía.

— Ah…microscopio — dijo Noel riendo — Pues mira que bien. ¿Y qué tal eso?

— ¡Genial! ¡Vimos una araña! Quería darle una hormiga para ver como se la comía pero la profesora no me dejó.

— Ug, Lucas eso es asqueroso y malvado — comenté frunciendo el ceño y sacando la lengua en una mueca de desagrado.

— No mami, en verdad si hubieras visto cuando tío Noel quemó las hormigas con la lupa en las vacaciones…eso si era malva…mal…malo —tartamudeó un poco con nerviosismo y terminó por rendirse tras olvidar la palabra—. Yo hablo del ciclo de la vida.

Mis ojos se abrieron en cuanto comprendí lo que Lucas decía—. ¿Quemaste hormigas en frente de mi hijo?— pregunté mirando a Noel — ¿Pero acaso tienes diez años, Noel? — acucié molesta. Me gustaba la relación que mantenían ellos, pero a veces me costaba diferenciar entre cuál de los dos era el niño.

— Los hombres hacemos esas cosas nena —exclamó golpeándose el pecho como los gorilas y luego chocando la mano de mi hijo que lo veía riendo entretenido— ¿Cierto Lucas?

— Si — afirmó este imitando los ridículos movimientos de Noel y agravando su voz para sonar más adulto—. Nosotros los hombres hacemos esas cosas, *nena*.

— ¡Oh por dios! — gemí tapando mi boca con ambas manos para controlar el ataque de risa que amenazaba con delatarme y rebajarme a ser “su nena” de aquí hasta que se fuera a la universidad.

Lucas tenía una fijación desde bebe por cada cosa que me hiciera reír. Cualquiera fuera por insignificante, pero que me doblegara en momentos de rabia, él la usaba a su favor.

De bebe hacía gárgaras con la comida luego que la primera vez me pusiera a reír, como luego ya no me causo gracia, empezó a escupirla. Peggy me consolaba diciendo que eso era normal en los niños a esa edad, pero yo estaba segura que era a propósito. Podía notar ese brillo de burla en su mirada y en las carcajadas que soltaba mientras limpiaba la comida que caía por su mentón, o cuando lavaba su ropa a mano porque si no las manchas quedaban cual medallas en el pecho.

— ¿Lucas que es el ciclo de la vida según tú? — inquirí rápidamente para retomar el tema anterior. Me felicité mentalmente por poder salir del pequeño aprieto y esperé hasta que dejó de dar saltos como mono y me quedó viendo.

— Eso del ciclo sin fin.

— ¿Qué cosa? — preguntamos a coro con Noel.

— Eso por lo que *Scar* mató a *Mufasa* con ayuda de las hienas y luego *Simba* tuvo que huir y conoció a *Timón* y a *Pumba. ¡Hakuna Matata…!* — terminó cantando.

— Noel por favor deja de explicarle las películas a mi hijo — pedí enarcando una ceja y ladeando mi cabeza de manera suspicaz. No esperé a que me contestara y cambié la conversación — ¿Qué tal la universidad?

— ¡Genial!— profirió emocionado — El jueves estuvimos haciendo una rampa para patinetas, pero con tanta nieve dudo que podamos utilizarla.

— ¿O sea que mientras mi hijo examina insectos con un microscopio en el kínder, tu patinas en la universidad?

Insólito.

Nuevamente no esperé a que me respondiera y caminé hacia la sala. Lucas acababa de olvidar que era lo tan importante que quería decirme y yo tenía una conversación pendiente y urgente con Lyam. Si bien había esperado cinco años, esta vez me parecía importantísimo aclarar las cosas de una vez. Por buena o mala suerte, la parte difícil de contarle que teníamos un hijo ya estaba clara y él ni siquiera lo había dudado. Ahora, ¿por qué estaba tan seguro? Era algo que me interesaba saber.

¿Y qué haríamos de ahora en adelante? Era incluso más importante que todo lo demás.

¿Cómo demonios le explicaría a Lucas que su padre había vuelto y que era Lyam? Oh demonios, quizá podía retrasar la plática otros cinco años, o diez…incluso veinte.

Busqué por toda la casa sin detenerme, ya que estaba segura que si paraba un segundo me arrepentiría y saldría corriendo de aquella casa, pero no había rastros de Lyam. Caminé hacia la puerta de entrada cuando lo vi.

Se encontraba sentado de espaldas a mí, y podía ver el vapor saliendo con cada respiración que daba. Sus manos se encontraban entrelazadas sobre las rodillas y parecía ser que su vista estaba perdida en algún punto imaginario del blanco que cubría todo.

— ¿Qué te pasa? —pregunté apoyándome contra el marco de la puerta.

— Pensaba —murmuró con su voz cargada de melancolía sin voltearse a verme.

— ¿Pensabas?

— Si, es un fenómeno psicológico racional, objetivo y externo derivado del pensar para la solución de problemas que nos aquejan día tras día.

— Vaya, eso sí que es nuevo ¿De dónde lo sacaste? ¿Wikipedia? —bromeé dando media vuelta para observar la casa ya que con Noel dando vueltas, debía tener especial cuidado acerca de lo que los puros oídos de mi hijo podían llegar a escuchar.

— ¿Cómo lo supiste?

— No lo sé, sólo adiviné.

Un silencio incomodo se apoderó del momento y barajé varias opciones antes de decidir que lo mejor era esperar un poco más para hablar con Lyam. Me giré sobre mis talones para volver a la casa, pero apenas di el primer paso, la voz de él me detuvo.

— ¿Cómo llegamos a esto? — murmuró interrumpiendo mi huida. Me detuve de espaldas a él sin querer contestar, ya que no sabía si aquello me lo acababa de decir a mi o estaba pensando en voz alta — ¿Tanto fue el daño que te hice que ni siquiera merecía saber que teníamos un hijo? — Ok, duda aclarada. Definitivamente iba para mí.

Me giré a verlo y caminé sin tener muy claro cómo responder a aquello, ya que ni yo misma entendía como mi orgullo me había segado tanto como para ocultárselo. Tomé asiento a su lado y me abracé a mí misma para mantener un poco el calor.

— No sé exactamente cuándo fue el momento en que todo se pudrió — pensé en voz alta, entrelacé mis dedos y jugué con mis pulgares antes de volver a hablar — ¿Recuerdas la primera vez que te encontré con Norah?

— Sí.

— Creo que eso fue lo que arruinó todo.

— Pero Bry, eso fue dos años antes de que terminámos nuestra relación. O lo que sea que tuviéramos luego — se apresuró a corregir.

Difícilmente podríamos haber llamado relación a coger semanas enteras y luego vernos como si ni nos conociéramos.

— Sólo digo que ahí fue cuando todo comenzó. ¿Quieres oír mi parte de la historia o no?

— Por supuesto.

Tomé aire sintiendo como el hielo se metía por mi nariz provocándome un ligero dolor de cabeza. Acababa de tomar la decisión de dejar mi alma al descubierto en esta conversación. Era hora de aclarar todo con Lyam si quería de alguna poder entablar una relación por lo menos amistosa, eso era lo correcto; lo mejor para Lucas y lo mejor para mí.

“Intenté con todas mis fuerzas contener las lágrimas mientras conducía de camino a casa. Mis manos temblaban en el volante y sollozos entrecortados escapaban de vez en cuando por mis labios. La calle de vuelta a casa parecía no tener fin, sólo veía cemento negro, extenso, interminable. Me dolía tanto que lo único que quería era tener mi colchón bajo mi cuerpo y sobre mi cabeza apretada la almohada para poder gritar tranquila. Sentía incluso que los árboles me veían con lastima cuando se mecían debido a la fuerza con la que los golpeaba el viento.

Estaba tan consiente de todo.

Me detuve de golpe frente a mi casa sin preocuparme si estaba bien o mal estacionada y bajé corriendo para meterme en ella. Subí las escaleras dando largas zancadas y entré en mi dormitorio dejándome caer contra la puerta con las piernas completamente estiradas. Me mantuve así por unos largos minutos sin siquiera parpadear, sabía que si lo hacía iba a llorar y si lloraba confirmaba lo que acababa de ver.

Suspiré con dificultad sintiendo como el pecho me quemaba con tal intensidad que no pude evitar tomar aire con fuerza para romper en llanto. Grité tapando mis orejas con fuerza porque quería escapar del dolor que me provocaba escucharme a mí misma y no poder encontrar algo que me consolara.

Cada mirada, cada gesto, cada sonrisa, cada caricia, cada beso, cada recuerdo, todos momentos que se desarrollaban de manera simultánea en mi memoria.

Cada mentira.

Un dolor como este no debería ser experimentado. Me sentía delirante.

Lloré con tanta fuerza, creyendo que mientras más fuerte lo hiciera más rápido expulsaría todo lo que sentía.”

9

Verdades que duelen

— Ese día perdí mi confianza en ti — confesé sintiendo como se desgarraba mi corazón.

Después de todos estos años seguía llorando la perdida de mi confianza en él. El desamor y la desilusión eran heridas que permanecían intactas.

— Bry, yo no te mentí.

"— ¿Sabías que se van a casar? pobre, me da un poco de pena verla así — comentaba Jenny a Ángela en los pasillos de la universidad., luego de haberme saludado efusivamente y mirado con lastima — Dicen que están muy enamorados, ya hasta han salido fotos de ellos en las páginas sociales.

Me encontraba escondida detrás de los lockers luego de haber dejado mis cosas y por lo que acababa de oír no tenía más que hacer que tomarlas nuevamente y salir de ahí. Me sentía enferma, asqueada"

— No confiaste en mi — repliqué negando enérgicamente con mi cabeza — Si lo hubieses hecho no habríamos terminado así.

“Dos meses huyendo de Lyam, de él y de todo lo que me lo recordara. Norah había resultado ser una chica adorable. Hija del rector y — ahora jefe — de él. Eran el uno para el otro y a pesar de que Lyam me buscó durante cada día luego de haberlo encontrado con ella, sin tener claro cómo, había logrado esconderme perfectamente”

— Tú tampoco confiaste en mí — resopló frunciendo los labios y apretando los puños que reposaban sobre sus rodillas — Te lo conté todo y no me creíste.

“— Ven aquí — ordenó Lyam jalándome del brazo con fuerza.

— Déjame en paz — mascullé entre dientes forcejeando disimuladamente, ya que no quería llamar la atención de las pocas personas que permanecían en la biblioteca.

— Olvídalo. Si te suelto eres capaz de salir corriendo gritando alguna estupidez para no hablar conmigo — susurró acercando su boca a mi oído para que pudiera escucharlo bien.

— Mira…no se me había ocurrido — musité con sarcasmo elevando ambas cejas y sonriendo cínicamente. Tomé aire mientras Lyam me veía extrañado — ¡¡AUXI…!!

— ¡No! — gimió colocando rápidamente su mano sobre mi boca para obligarme a tragar el grito— ¡Que te calles te digo! Voy a hablar contigo y a explicarte toda esta mierda.

Me limité a mirarlo mientras caminábamos hasta el rincón más apartado de la biblioteca, aquel al que nadie iba nunca jamás, a menos que quisieran conversar en privado.

— No voy a casarme — prometió colocándose frente a mí. Dejándome entre su cuerpo y uno de los estantes de libros.

— No me interesa — repuse bajando el rostro para no tener que verlo.

— Claro que si — rebatió poniendo su mano sobre mi cuello y subiendo mi mentón con su pulgar — Te interesa porque me amas, yo también te amo, por eso estoy aquí. Quiero explicártelo todo.

— No te amo.

— ¡Déjame hablar!— moduló con fuerza apretando los dientes — ¿Recuerdas cuando nos conocimos? — asentí rodando mis ojos. Por supuesto que lo recordaba, cada cosa y momento con él estaba grabado a fuego en mi memoria — Bueno, ese día estaba escapando de la familia de Norah. Nosotros fuimos pareja durante dos años, pero ella se enamoró de un chico que era guardia en un supermercado. Como un favor seguí haciéndome pasar por su novio para que ella pudiera seguir viéndose con él, ya que su padre jamás aceptaría que su única hija saliera con alguien que no fuera digno para ella.

— ¿Y tú que ganabas con eso?

— ¿No es obvio?

— Si lo fuera no te lo preguntaría, idiota.

— Sin ofensas ¿quieres? —farfulló entrecerrando los ojos— Es obvio que ganaba algunos beneficios siendo el yerno del rector, además no olvides que él es mi jefe.

— Conveniencia…— deduje frunciendo los labios. No era necesario ser una mente demasiado brillante — Supongamos que te creo. Aun no comprendo porque escapabas de la familia de ella.

— Porque está embarazada —murmuró apartando la mirada. Sentí como se me estrujó literalmente el corazón. Mi estómago pareció quedar libre de materia sólida ya que era incapaz de sentir algo diferente a un gran vacío en todo mi cuerpo.

— Espera. ¿Quedó embarazada del guardia o de ti? — pregunté temiendo que mis piernas dejaran de sostenerme en cualquier momento.

— No lo sabemos aún —confesó luego de un rato. Sentí como si me hubiesen arrancado el corazón de un tirón tan fuerte que tuve que esforzarme en no perder el equilibrio frente a él, pensaba que haberlo visto con otra chica sería lo peor y que ya había pasado, pero estaba completamente equivocada—. Por eso que aún no hemos dicho nada, yo no puedo dejarla sin saber si ese hijo es mío o no. Las fechas coinciden, pero Norah me explicó que en ese momento ya estaba con David. No vamos a casarnos, es para aparentar.

— ¿Desde cuándo sabes todo esto? ¿Del embarazo y todo eso?

— Desde un poco antes de conocerte, te lo juro. Es todo una mierda tan grande y no sé qué hacer para que entiendas mi posición…yo sólo quiero estar contigo.

Fruncí el ceño profundamente antes de apretar mi puño derecho con fuerza y lanzarle un golpe en el pómulo tan violentamente que sentí mis dedos crujir al tocar su piel"

Siempre había tenido arranques algo violentos—. No podía creerte — confesé riendo involuntariamente ante el recuerdo de su cara siendo impactada por mi puño.

— ¿A mí no, pero a Norah si?

— Ella no tenía por qué mentirme.

"— Yo no estoy enamorada de Lyam ni el de mí — dijo Norah encogiéndose de hombros. Se veía diminuta y con expresión abatida — Nuestra relación siempre fue de amistad más que cualquier cosa.

— ¿Te sientes bien? — inquirí preocupada viendo como su rostro se encontraba más pálido que lo normal.

— No mucho. Solamente quería que supieras que Lyam te quiere y que no te ha sido infiel. Somos amigos y hasta ahora me ha estado ayudando mucho con esto — señaló su ya abultada barriga con una sonrisa ladina — pero es simplemente eso. Confía en él.

Simplemente, era una palabra que no cabía en lo retorcido de todo.

— Puedo creer todo eso, pero de todos modos tú sigues esperando un bebe de…no lo sé — confesé con frustración apoyando mi espalda contra la muralla.

— Un bebe de David, no de Lyam — se apresuró a aclarar — Él lo sabe, sólo quiere guardar las apariencias para cuidar en cierto modo mi reputación"

— Por supuesto que no. Aquí el único malo era yo ¿cierto?

Froté mis manos con fuerza sintiendo como el frío comenzaba a calar cada vez más hondo. Rememorar cosas pasadas que no me agradaban, me hacían sentir mal incluso físicamente. Todos estos años había escondido mi pasado, mis miedos y mis penas. Tener que enfrentarlas era demasiado.

— No es eso Lyam —musité encorvando un poco mi espalda y bajando mi vista al piso—. Éramos jóvenes, inmaduros. Y todo lo que pasó después de eso fue demasiado para soportarlo.

— Pero estábamos enamorados —replicó, arqueando una ceja— ¿No se supone que el amor supera todos los obstáculos?

— Deberías haber estudiado filosofía en lugar de leyes —bromeé sacudiendo mi cabeza.

Cerré los ojos y eché la cabeza para atrás. Necesitaba un poco de aire para continuar.

"Había pasado un mes desde el funeral de la hija de Norah. Vivió dos días y tras nacer con un defecto cardiaco murió dejando desolada a su madre. Nunca supe si era de Lyam o de David y tampoco quise preguntárselo, ya tenía demasiado con tener que lidiar con un casamiento suspendido y la muerte prematura de su bebe"

— Nunca pude superar todo lo que pasó luego de la muerte de la bebe de Norah — susurré apoyando mis codos sobre mis rodillas—. Las cosas que hablaban de mí, de ti, de ella.

— Los tres sabíamos cómo era todo en realidad ¿Qué importaba lo que pensaran los demás?

— No es así. Norah y yo sabíamos cómo eran las cosas. Ella siempre te quiso, pero se hizo a un lado cuando vio que no la querías. Ella…no quería obligarte a estar con ella por compromiso. Supongo que después de todo en eso nos parecemos.

— ¿De qué estás hablando?

"Me encontraba fuera del casino observando desde una de las bancas como caían algunas hojas amarillentas victimas del otoño, cuando una mano presionó ligeramente mi hombro.

Giré mi rostro para encontrarme a Lyam con gesto abatido, su cabello se veía más que despeinado; descuidado y vestía la misma ropa que el día anterior.

— ¿Puedo acompañarte? — preguntó con su vista perdida.

— Claro. ¿Te sientes bien?

— No.

— ¿Qué te pasa?

— Te extraño — declaró escondiendo la cabeza entre sus manos. Sus codos estaban apoyados en las rodillas y podía notar la frustración en su voz.

— Yo también — confesé colocando mi mano sobre su cabeza. — Será mejor que vayamos a mi casa. Necesitas darte un baño, ponerte ropa limpia y quitarte ese olor a alcohol. Realmente apestas"

— Un mes después de…bueno…de que muriera la hija de Norah, tú y yo fuimos a mi casa y tuvimos una conversación. ¿Recuerdas?

"— Eres una mujer increíble — comentó Lyam abrazándose a mi cintura mientras le secaba el pelo con una toalla — Lo supe desde el primer día que te vi.

Besó mi estómago y luego apoyó su cabeza contra mi pecho. Se encontraba sentado sobre mi cama con sus piernas rodeando las mías.

— No confundas las cosas.

— Pero te amo —murmuró apretando levemente su abrazo — No es justo tener que estar escondidos aún, yo no voy a casarme con Norah, eso lo sabes. ¿Por qué insistes en alejarte de mí?

— Lyam, todo el mundo piensa que tú y Norah acaban de perder una hija y realmente pudo haber sido así. ¿No sientes nada de tristeza al pensar en que esa niña pudo ser tuya?

— ¡No lo era! — exclamó violentamente colocándose de pie de golpe y caminando hacia la ventana de mi dormitorio — ¡No era mi hija! Si lo hubiese sido te

aseguro que estaría conmigo ahora. De todos modos — añadió con un poco más de calma, podía notarlo en las venas de sus brazos y en sus músculos que se encontraban más relajados —, cada cosa pasa por algo. Tener un bebé ahora sería algo fuera de mis planes, arruinaría mi carrera…arruinaría mi vida. Sea como sea, hubiese terminado odiando a Norah por haber jodido mi futuro. A ella y a la bebe"

— Tengo claro lo que dije, sabes que en una situación normal jamás diría una aberración como esa — justificó, levantándose con velocidad y quedando de pie frente a mí — Sólo…sólo fui capaz de pensarlo porque estaba borracho, perdido — siguió hablando con un gesto abrumado, el mismo de hace años atrás. Se hincó frente a mí y dudó un poco antes de tomar mis manos — Había demasiadas cosas en mi cabeza y no tenía idea de cómo lidiar con ellas. Tú mejor que nadie lo sabe.

Exhalé todo el aire que contenía en mis pulmones y volví a inhalar con fuerza. Claro que sabía que era un pensamiento irracional, pero el hecho de que pasara por su cabeza y formulara aquella frase, había cambiado completamente mi perspectiva de la forma de ser de Lyam.

— ¿Bry acaso pensaste que no querría a Lucas? —preguntó de pronto rompiendo completamente el silencio que nos envolvió por un momento.

Aquellas palabras me golpearon con la violencia de un tornado. Nunca lo había pensado así y no era exactamente esa la razón.

— ¡Contéstame! —exigió sacudiéndome por los hombros— ¿Pensaste que sería capaz de odiar a mi hijo? ¡¿Pero qué monstruo piensas que soy?!

— No quiero hablar de esto ahora, definitivamente fue una mala idea —musité incorporándome con dificultad, pues las manos de Lyam seguían sujetando mis brazos—. Suéltame —pedí retrocediendo un paso.

"— ¡Lyam déjame! —exigí luchando contra las manos que me sujetaban con fuerza y me mantenían en aquel dormitorio en contra de mi voluntad.

— ¡¡No!! — bramó soltándome y golpeando con violencia la puerta. Tanto, que sus nudillos se bañaron rápidamente de sangre. — ¡¿Por qué?!

Podía ver la furia llameando cual fuego en sus ojos. Aquellas gemas brillaban con odio en la penumbra de la noche.

Su camisa negra se encontraba desabrochada en los primeros cuatro botones y fuera de su pantalón. Éstos, estaban llenos de lodo en las rodillas.

Era todo un desastre.

— No pienso responderte el porqué de mis decisiones. Déjame en paz.

— Te vi, sé que estuviste con él idiota de Ángel. ¡El muy hijo de puta! Te vi besándolo — escupió aquellas palabras como si fueran veneno.

— ¿Y a ti que demonios te importa? Yo también te vi besando a Norah — repliqué sentándome a los pies de la cama de Lena. Estaba segura que no se pondría feliz cuando viera como acaba de manchar su plumón preferido con coca cola.

— Eso es diferente, yo no siento nada por ella ahora, la besé porque tú querías que dejaran de pensar que estábamos juntos.

— Si, pero mi idea no era ver como tenían sexo con ropa en la sala de literatura inglesa en frente de toda la clase"

— Bry respóndeme — masculló Lyam entre dientes. — ¿Por qué me ocultaste a Lucas?

— Nosotros no teníamos futuro. Luego que rompiéramos por…todo. Tú sabes. Te volviste otro, siempre te veía con distintas chicas y cuando estábamos juntos siempre sentía que querías castigarme por haber estado con Ángel.

— No seas ridícula. Nada de eso justifica el que me ocultaras a Lucas, es mi hijo. Yo tenía todo el derecho a saber.

— ¡Tu no querías ser padre!

— ¡Pero lo fui!— gritó colocando ambas manos sobre su cabeza — Iba a serlo — se corrigió frunciendo el ceño — y me quitaste a mi hijo, le entregaste mi obligación y mi derecho a otro. A ese… mago… lechero…estúpido. Lucas tenía que haber tenido un padre, yo debía ser su padre.

— Tarde o temprano terminarías cansándote y abandonándolo.

— ¿A él o a ti? De eso se trata todo esto ¿no? Me ocultaste a mi hijo por temor a que te odiara a ti, no a él.

— Por favor — jadeé sacudiendo mi cabeza enérgicamente para negar — No seas idiota — exclamé.

— Pensaste que te odiaría a ti — murmuró sin despegar sus ojos de mi cara.

¿En qué momento había pasado a ser yo la malvada y perversa de la historia? Lyam estaba invirtiendo la situación, él era un mal ejemplo para Lucas, era promiscuo, irresponsable, sentimentalmente desapegado y no quería ser padre. No había razón alguna para que compartiera una paternidad con él. Eso nos hubiese hecho infelices a todos.

— Hice lo mejor para todos.

— ¡No es cierto! Hiciste lo mejor para ti. ¿Quieres saber cómo supe que era padre?— no esperó a que respondiera y arremetió con una velocidad increíble de palabras — Hace dos años atrás mi madre me visitó en Nueva York, una tarde me pidió que sacara unas cosas de su bolso y encontré esta foto — dijo sacando del bolsillo trasero de su pantalón una billetera negra de cuero. La abrió y me enseñó una imagen en donde se veía a Lucas de bebe vistiendo el único traje que Peggy había guardado de Lyam — Como vestía mi ropa y era igual a mí, se la quité pensando que era yo. Imaginas mi sorpresa cuando escuché a Noel preguntando porqué tenía una foto de tu hijo. ¡Anduve dos años con una foto de mi hijo en la billetera sin saber que era él!

Oh. Mierda.

Decir que me sentí mal al ver el rostro acongojado de Lyam sería subestimar la palabra dolor. Pocas veces lo había visto dejando caer la máscara de frialdad y control que mantenía y al contrario de lo que pensé mucho tiempo, esto no lo disfrutaba nada.

Quedé perpleja viendo como la cara de a quien tanto tiempo amé era sacudida por la tristeza y caía a pedazos junto a mi corazón. Su rostro se veía desolado y dolido, esto definitivamente no tenía arreglo.

“La fiesta de primavera en la universidad era el momento ideal para despejarme. Estaba triste por todo lo ocurrido con Lyam durante estos días y Ángel — mi compañero de literatura — había resultado ser un buen salvavidas para sobrellevar el peso que caía sobre mí.

Obviamente Lyam iría con Norah, era como debía ser”

— Sé que esto no cambiara nada las cosas, pero lo siento —solté angustiada, bajando la mirada al piso.

“Lyam había llegado hace tan sólo unos minutos y todo el mundo se había acercado a ellos para felicitarlos cínicamente por su relación y reían con todos. Se tomaban de la mano y si bien los ojos de él me pedían perdón, no podía. Mi nobleza no alcanzaba para mártir.

— Bry, eres una chica hermosa, no es justo que debas pasar por esto — murmuró Ángel acomodando los mechones de mi cabello detrás de mí oreja, acariciando de paso mis mejillas con suavidad. — Déjalo.

— Si fuera fácil.

— Lo es. Bry no quieres compromisos y yo tampoco. ¿Por qué no nos dejamos llevar esta noche? Hagamos lo que los jóvenes mayores de edad hacen en estos días.

— ¿Sexo en el baño?

— No ridícula — negó riendo exageradamente para llamar la atención — Aunque no me parece una mala idea — añadió dándome una vuelta y cogiéndome por la cintura al final—. Veamos cómo sigue la noche. Quizá un beso al despedirnos…o un poco antes.

— ¿Qué tan antes?

— ¿Ahora?

— Es una broma — pregunté como si fuera una afirmación.

— Pasémoslo bien. Eres mi pareja esta noche y la disfrutaremos — dijo justo antes de posar sus labios suavemente sobre los míos.

Entreabrí con lentitud mi boca para darle acceso a su lengua, era áspera en comparación con la de Lyam, pero aun así me gustó. Quizá solamente fue el estar tan consiente de que él me veía que me apreté más a Ángel y me dejé llevar por el momento. Disfruté el saber que Lyam sentía lo mismo que yo.

Al fin"

— Tienes razón — admitió soltando su agarré y bajando la vista al piso — No las cambia en nada.

Sin decir nada más paso por mi lado y se metió en la casa cerrando la puerta a mis espaldas con brusquedad.

“— Lyam se va —dijo Lena abrazándome con fuerza—. Por favor recapacita y díselo. Bry dile, te aseguro que no te dejara. Ni a ti ni al bebe.

— Lena no quiero — sollocé aferrándome a ella. Estaba tan triste y no sabía cómo tenía que actuar.

Aún no se lo contaba a nadie y estaba aterrada imaginando la reacción que tendría mi padre cuando se enterara, él era demasiado protector conmigo y estaba segura que por lo menos dejaría de hablarme durante un largo periodo, eso en mi mejor panorama. El peor involucraba armas y prisión.

No quería ni imaginarlo.

— Bry en serio, hoy harán una fiesta de despedida los chicos de la facultad. Ven conmigo.

— ¡Lena ya basta! Lyam ha hecho cuanto ha querido sin importarle lo que a mí me pase. ¿Por qué no me acompañó al médico cuando se lo pedí? Esa era su oportunidad para enterarse, pero me dijo que no podía ir. ¿Quién fue su cita ese día? ¿Kate?, ¿Jesse?, ¿O estaba demasiado ocupado bajándole la chica a Matt?

— Pero Bry…

— Pero nada. Lyam es un cabrón llorón. Me culpa por haberme dado un beso con Ángel, ¡Lena, un beso! Mientras él coquetea con cada cosa que tenga vagina enfrente de mis narices”

Me senté o más bien, me dejé caer sobre los escalones del pórtico y me quedé ahí sintiendo como el hielo comenzaba a crear una capa sobre mí.

Saqué la cajetilla y encendí un cigarrillo, a este paso me daría cáncer pulmonar antes de que dieran las tres de la tarde. Inhalé profundamente dejando que el humo se deslizara por mi garganta produciendo una extraña y familiar sensación de amarga tranquilidad, expulsé el aire con fuerza y acomodé nuevamente el gorro que Antonio me había dejado para cubrir aún más mi cara, mientras me hundía en un sicoanálisis que para lo único que servía era para sentirme cada vez más mal.

"Después de todo, mi dignidad volvía a perder la batalla y había decidido ir a la fiesta de despedida de Lyam para contarle lo que ocurría. Mi cara estaba repleta de toneladas y toneladas de maquillaje para cubrir y esconder aquellas ojeras violáceas que estaban bajo mis ojos debido a la poca piedad del insomnio conmigo"

Tirité violentamente cuando el viento frío y húmedo me golpeó el rostro enredándose en mi cabello y levantándolo en un ondeado movimiento. Recordar tantas cosas malas me entristecía y no me hacía para nada bien pero necesitaba meditar desde mi pasado las decisiones que tomaría en el futuro.

"La música resonaba estruendosamente en el bar. El olor a nicotina invadía mis fosas nasales y los perfumes baratos entremezclados con alcohol no ayudaban en nada a sentirme mejor. Todo lo contrario, me sentía mareada y asqueada.

Al parecer tanto estrés no me ayudaba en nada al embarazo.

El lugar se encontraba repleto de gente, amigos de la facultad y de otras universidades, todos bailaban muy animados y más de alguno llevaba por lo menos dos litros de alcohol más que el que su cuerpo permitía.

Choqué contra Lena quien apenas me vio soltó un grito efusivo y se lanzó contra mí abrazándome con fuerza.

— ¡Lo sabía! ¡Sabía que vendrías! — gritó en mi oreja. — El imbécil de mi hermano me ha preguntado a lo menos treinta veces si vendrías — vociferó agarrándome de una mano y obligándome a caminar hacia el bar en donde acercó un taburete para mí, mientras ella se sentaba cruzando coquetamente sus piernas en el que tenía su chaqueta de cuero.

— ¿Y dónde está?

— Hace poco estaba por aquí — anunció frunciendo los labios pensativa y buscándolo con la mirada.

Un lindo chico cara de chica se posicionó al lado de mi amiga y le entregó una copa de tequila blue — el favorito de Lena —, esta sonrió coqueta y le guiñó un ojo antes de girarse hacia mí para presentarnos.

— Amiga, te presento a Niko — dijo elevando ambas cejas de manera sugerente.

La conocía lo suficiente como para saber que era su conquista de la noche. Calificaba completamente con el tipo de hombres que le gustaban; caras de bebes, ojos claros y cabello rubio. Estaba segura que con un vestido hasta Lyam se lo ligaba.

— Hola, soy Bry — dije alzando mi mano como saludo.

Cuando me lo proponía podía ser una chica realmente encantadora.

— Hola — contestó y al contrario de lo que pensé en un primer momento su voz era varonil, descartando totalmente mi hipótesis del lesbianismo de mi amiga.

— ¿Has visto a mi hermano?— preguntó Lena tomando la mano de Niko y acariciándola cariñosamente.

— Subió hace un rato con Vicky — respondió él provocando en mi estómago una rápida sensación de vacío que no tardó demasiado en extenderse por todo mi cuerpo, la misma se reflejó en el rostro de Lena.

Ambas nos quedamos viendo unos segundos sin decir nada antes de caminar en dirección al segundo piso"

Toda nuestra relación estaba llena de mierda, era imposible construir algo sano sobre cimientos tan enfermos. Lucas sabía que tenía un padre, no era tonto como para creer que la cigüeña me lo había regalado dejándolo dentro de un repollo frente a mi puerta, pero yo no estaba lista para afrontar su parentesco con Lyam.

"En lo más profundo de mí permanecía la esperanza de que solamente se encontrara conversando con ella, ilusamente me aferraba a las migajas de amor que alguna vez me prometió y rezaba interiormente porque eso fuera suficiente, aun sabiendo que era una estúpida.

Mis ojos confirmaron lo que mi corazón se negaba a ver una vez que llegamos al cuarto de almacenamiento en el segundo nivel. La chica bailaba eróticamente a

horcajadas sobre él mientras la vista de Lyam vagaba por el lugar sin reparar en ella, pero ahí estaba, burlándose de mí nuevamente.

El poco orgullo que aún me quedaba me impidió hacerle una escena, sólo me quedé de pie memorizándolo, cada uno de sus detalles lo grabaría a fuerza en mi retina para que cada vez que lo recordara me recordara a mí misma el porqué de mi decisión.

Él no merecía ser padre y yo no me merecía vivir sufriendo por él.

Sentí la mano de Lena sobre mi hombro como un apoyo silencioso a mi desconsuelo, sabía que ella me entendía y que aquello también le dolía.

El aire comenzó a escasear en mi pecho y las lágrimas corrieron por mis mejillas libremente sin poder detenerlas. Tenía que escapar de ahí, necesitaba huir y tomar aire, no la brisa…el aire, el respiro que te proporciona escapar del dolor.

Me giré rápidamente botando a mi paso una repisa repleta de botellas, que sonoramente se precipitaron contra el suelo, estallando estruendosamente y dejándome en evidencia.

Lyam alzó la vista urgido y miró justo en mi dirección.

— ¿Bry?

— Púdrete — mascullé entre dientes negando inconscientemente con mi cabeza.

— ¡Bry espera! — gritó Lyam acomodándose los pantalones y quitando a la chica de encima suyo para poder llegar hasta mí.

Me sentía patética, ridícula…no entendía como una persona no podía aprender de una vez. Me volteé para mirar a Lena y en el oído le imploré que no le permitiera

alcanzarme, asintió silenciosamente y luego me dio un beso en la mejilla como despedida.

— ¡Ni siquiera puedo decir que eres un hijo de puta porque sería joder a mamá! —profirió mi amiga deteniéndole el paso a Lyam— ¡Cabrón!"

¿Podría perdonar a Lyam alguna vez? ¿Y él me perdonaría a mí? ¿Podría Lucas perdonarme? Oh. Santa. Mierda.

Sin apagar el cigarrillo al que no lo quedaba más que el filtro, saqué otro y lo encendí. No sabía que tenía que hacer y no sabía a quién preguntarle…en momentos así era cuando más extrañaba la calma y los consejos de mi padre.

"Sabía que estaría en casa cuando volviera, sobre todo después de saberse los turnos de mi padre de memoria y tener la copia de mi llave. Estúpida de mí que luego de que mi padre cortara el árbol por el cual se trepaba le hubiese dado la llave.

— Soy un imbécil — murmuró Lyam desde una esquina de mi dormitorio apenas entré en él.

— No — negué quitándome la chaqueta y lanzándola sobre la cama — Eres un infeliz, un idiota cabrón, inmaduro y estúpido.

— Bry, lo de Vicky era un juego…algo estúpido, fue idea de Matt que lo hiciéramos y ni siquiera la miré. Sabes que no me metería con la chica de un amigo

— Por lo menos una que respetes —solté al tiempo que me quitaba el reloj.

— Te respeto a ti. Te amo a ti. Pídeme que me quede y lo haré.

— Sal de mi vida, no me llames, no me busques. Hazme feliz de una vez y déjame en paz.

— No quiero.

— Lyam por favor. ¿Qué más quieres?

— Te quiero a ti. Dejar toda esta mierda atrás y ser nada más que tú y yo, así como al principio.

— Nunca fuimos tú y yo. Siempre hubo otra persona, Lyam yo ya no siento lo mismo por ti.

— ¿Qué sientes por mí?

— Asco. No puedo estar contigo nunca más"

Mi celular vibró en el bolsillo de mi pantalón, despertándome de mis ensoñaciones. Sequé mis mejillas las cuales estaban mojadas y sorbí con fuerza mi nariz antes de sacarlo y mirar la pantalla. Sonreí inconscientemente al ver que se trataba de Antonio— ¿Qué tal homosex? — me burlé sin animo.

— ¿Qué hay llorona? — saludó imitándome.

— ¿Llorona? — pregunté frunciendo el ceño.

— ¿Homosex?

— Juego de palabras — expliqué rodando mis ojos. Podía imaginar su ceja alzada al no comprender el sobrenombre y me negué a explicarle que me refería a "hombre sexy", nuestra amistad ya había traspasado la línea del enamoramiento.

— ¿Por qué estabas llorando? No es bueno que Lucas te vea triste y a mí tampoco me gusta saber que lo estás.

— No estoy llorando — mentí para zanjar el tema. Estaba claro que no lo creería ya que me conocía demasiado como para darse cuenta únicamente con un saludo, pero no quería reconocerlo. No a él — ¿Para qué me llamas?

— Quería saber que estabas bien. Cuando me fui me quedé preocupado por ti y ya sabes, para eso estamos los amigos ¿no? Un hombro para llorar y eso.

— Te aseguro que si llorara en tu hombro arruinaría tus camisas, y con lo que gastas en ellas terminaría consolándote yo.

— Te llamo para hacerte sentir mejor y te burlas de mí —se quejó del otro lado—. Será mejor que te llame luego —añadió luego de que oyera un grito detrás—, Fiorella esta como loca y dudo servir de algo si no me apuro en ayudarla.

— Bien — suspiré resignada.

Ya tendría tiempo para conversar con él luego.

— *Arrivederci.*

No alcancé a responderle cuando la llamada finalizó.

Un fuerte suspiró salió de mi boca y me abracé las rodillas para rememorar un recuerdo más feliz que los anteriores.

“La banca de la plaza era el lugar ideal para dejar mi mente volar lejos. Me veía más pálida y ojerosa que de costumbre y por el contrario de lo habitual en un embarazo, en lugar de obtener peso lo estaba perdiendo. Parecía un saco de huesos con un pequeño bulto en el estómago como única evidencia de mi estado. Desde que Lyam se había marchado acostumbraba visitar aquel lugar para llorar tranquila, mi padre estaba desilusionado podía verlo en sus ojos, a pesar de prometerme su apoyo y ayudarme en todo lo necesario, me sentía tan sola. No veía a Lena, ni a nadie que me recordara o hablara de él.

Una pareja que discutía llamó mi atención y me sentí hundir en la miseria al comparar mi relación con la de ellos. Mi ánimo decayó aún más de ser posible y agotada apoyé mi cabeza sobre mis manos.

— ¿Stai bene?— habló el chico rubio viéndome con extrañeza — ¿Hai bisogno di qualcosa? ¿Posso aiutarla?

— ¿Qué? — inquirí alzando el rostro para verlo mejor. Era un tipo hermoso, no como Lyam, pero tampoco menos que él.

— ¡Idiota!— exclamó una chica trigueña a sus espaldas dándole un golpe con su mano en la cabeza — La chica no es italiana. Háblale en español.

El muchacho la quedó viendo mal por un momento para luego romper a reír.

— Lo siento — dijo sonrojado carraspeando su garganta — Aún no me acostumbro a estar fuera de Italia. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo? ¿Puedo ayudarte? — tradujo para mí lo que supuse fueron sus preguntas anteriores.

— Estoy bien, gracias.

— Io sono Antonio e questa loca è mia … emm… sorella ¿hermana? Fiorella

La trigueña sonrió cálidamente y extendió su mano para saludarme. No parecían en nada hermanos, Antonio era muy alto, tenía unos hermosos ojos azules y rubio, mientras ella era más menuda, trigueña y de ojos pardos.

— Bry Cigno —me presenté.

— ¡Hay que linda!— exclamó Fiorella—, tú eres linda como un cisne también.

— No, Cigno es mi apellido. Bryanna Cigno— aclaré largándome a reír.

Era la primera vez que me reía en mucho tiempo y se sentía tan bien. Antonio se burlaba del ego de su hermana mientras yo disfrutaba del momento.

Un extraño movimiento en mi vientre pareció compartir mi despertar y sentí por primera vez el movimiento de mi aletargado hijo.

— Se movió — murmuré tocando involuntariamente donde lo acababa de sentir.

— ¿Ah?

— ¡Se movió! — exclamé con más fuerza al sentirlo otra vez. Tomé la mano de Antonio por reflejo y la coloqué en el lugar donde sentía patear al bebe. — ¡Ahí siéntelo!

— ¡Oh Dio! ¡Se mueve!

¿Qué pasaría con Antonio luego que Lucas se enterara de Lyam? Hasta ahora no me lo había preguntado, nunca se me había pasado por la cabeza plantearme en esta

situación y me sentía ridículamente perdida. Vagaba en el limbo de las preguntas sin respuesta. Un impulso incontrolable me obligó a levantarme de golpe, subí los escalones del pórtico con rapidez y me metí en la casa en búsqueda de Lena.

— Cuida a Lucas por mí — pedí más como una orden que como un favor una vez que la encontré sentada sola en la cocina.

Tomé mi bolso y hurgué en él para sacar las llaves de mi todoterreno antes de precipitarme hasta el vestíbulo.

— ¿Dónde vas? — quiso saber Lena asomando la cara.

Sonreí—. Tengo que ver a Antonio — anuncié dándome la vuelta para salir a toda prisa de ahí.

Estaba a punto de subir a mi camioneta cuando la puerta se trabó y pude notar que Lyam trotaba hacia mí. Me apresuré a abrirla y me subí en ella.

— ¿Qué haces? — preguntó más calmado y habiendo recobrado por completo la compostura.

— Voy a ver a Antonio — anuncié cerrando la puerta y bajando la ventanilla para hablarle.

— Bry, siento lo de hace un rato. Ya sabes que *soy un idiota llorón* — soltó con una sonrisa amarga.

— Si, lo sé.

— Mira… — musitó nervioso. Podía notarlo en la manera que fruncía el ceño y como sacudía su cabello con una mano—, quiero que hablemos de Lucas.

— Luego —respondí encendiendo el motor.

La mano libre de Lyam se metió dentro de la camioneta y la depositó sobre la mía y me miró entre el espesor de sus pestañas negras.

— Tengo rabia porque me lo ocultaste, estoy furioso porque mi familia me lo ocultó y lo que más me molesta es saber que es por mi culpa. No quieras desplazarme de su vida ahora.

— Me alegra saber que reconozcas tus errores.

— Sé que hice las cosas mal, pero no es como que tú te lleves el título a las decisiones correctas.

— ¿De eso se trata? ¿Es una manera de castigarme por dejarte el querer inmiscuirte en la vida de él?

— ¿Inmiscuirme?— inquirió ofuscado quitando su mano bruscamente — ¡Por dios, pero si soy su papá! No quiero estar con Lucas para dañarte, lo quiero a él.

La sinceridad se vio tan clara reflejada en su cara que me sentí culpable. Lyam era promiscuo, pero no un demonio diabólico sediento de venganza, o por lo menos eso esperaba.

— Lo siento — murmuré ceñuda soltando un suspiro.

— Hace años te perdí, por lo que más quieras no me obligues a perder lo único que me queda de ti.

Luego de decir aquello bajó los brazos que hasta ese momento se encontraban cruzados sobre la ventana y se giró para volver a la casa.

Lo vi alejarse y extrañamente supe que ambos nos sentíamos igual, perdidos y estúpidos, la diferencia era que yo tenía mi brújula para ayudarme a encontrar mi camino y hacia allá me dirigiría ahora.

“Me encontraba con los brazos cruzados sobre la ventana y mi cabeza recostada sobre ellos. El día era más cálido que lo normal y una brisa deliciosa me daba en el rostro, mientras con melancolía recordaba a Lyam. Había llamado un par de veces, pero mi papá había sido muy amable en hacerle saber que nunca estaba en casa.

Un plato de galletas con chocolate se encontraba, ya vacío, en el escritorio a mi lado, siendo aquel el único antojo de todo mi embarazo y, en mi vientre, él bebe jugaba a darle patadas a mamá.

— ¿Estás bien? — preguntó Antonio quien se encontraba sentado sobre mi cama al lado de Lena.

— Aja.

— ¿Ya decidiste el nombre? — inquirió Lena jugando con el control remoto hasta detenerse en un canal infantil.

— No.

— ¿Qué tal Lucas? — propuso mi amigo.

— ¿Lucas?

— El monstruo come galletas de Plaza Sésamo — me aclaró Lena, apuntando con un movimiento de cabeza hacia el televisor, en donde un peluche de color azul devoraba una alacena—. Es una excelente idea, apuesto a que este niño será un adicto a las de chocolate. Tú las odiabas y ahora no puedes parar de comerlas”

Sonreí al recordar aquello, mientras con precaución, conducía en dirección a la tienda de disfraces. Antonio me había ayudado incluso en decidir el nombre de mi hijo.

“Antonio y Lena se habían convertido en grandes amigos y la afición de Fiorella por las tiendas comerciales me había salvado de ir de compras, ya que ellas lo hacían juntas todo el tiempo. Mi casa era una especie de sede en la cual nos juntábamos todos los días, pues los turnos de papá me dejaban demasiado tiempo a solas y tenía miedo de que me pasara algo y no tener a nadie a mi lado.

Fiorella había encontrado mis viejos patines mientras terminábamos de ordenar la pieza que sería para Lucas y quería enseñarnos a Antonio y a mí las proezas que hacía de niña.

Desde que se puso los patines supe que no saldría bien, quizás el hecho de que apenas y le entraban los pies debía decirle algo, pero ella insistió y dando una elegante vuelta en un pie, trastabilló hasta caer de bruces contra la escalera.

Comencé reír sin poder parar, sentía incluso como si las costillas se me comprimían— ¡Oh por dios! — chillé cuando sentí un líquido tibio escurrir por mis piernas.

— ¿Qué pasa? — preguntó Antonio quien seguía riendo de su hermana.

— Reza porque me haya orinado de tanto reír.

— ¿De que estas hablando? — inquirió acercándose hasta quedar a mi lado.

— Creo que rompí la fuente.

— ¿Qué fuente? — preguntó Fiorella colocándose de pie con dificultad. — Ahí está la fuente, aún quedan nachos.

— ¡Mi fuente tonta! ¡Voy a tener al bebe! — grité apretando con fuerza el brazo de Antonio. Tanto, que no tardó demasiado, en formarse una mancha violácea, en donde mis dedos ejercieron fuerza”

10

Antonio

El nombre de mi hijo, el día de su nacimiento, su primer cumpleaños. Cada recuerdo con Antonio a mi lado contrarrestaba por completo con los de Lyam, podía saberlo con ver mi reflejo en el espejo, sonreía cada vez que pensaba en él.

La única gran diferencia radicaba en que a Antonio lo amaba como a un amigo y a Lyam como hombre. Como mi hombre, aun cuando ese título nunca fue completamente correcto.

"— Es hermoso — dijo Antonio meciendo a Lucas en sus brazos con una facilidad envidiable. — ¿Quieres…? — preguntó haciendo una seña hacia él bebe — Creo que es tiempo de su muda.

— Lo mudé hace diez minutos — le recordé.

Comenzaba a parecerse a aquellos padres quisquillosos y fanáticos de sus hijos—. Espera —me atajé de inmediato luego de pensar en aquello, él no era su padre, ni siquiera era mi novio.

— No creo que a ti te guste estar con todo eso húmedo ahí abajo — dijo elevando las comisuras de sus labios.

La imagen era realmente adorable, en aquel momento supe que lo amaría por toda mi vida, no como a un novio, no como a Lyam, lo amé como hombre, por ser alguien tan perfectamente bueno para mí"

Me detuve justo antes de la curva que daba a la tienda. Busqué mi bolso y cogí mi celular para telefonear a Antonio. Conté los repiques, jugueteando con mis dedos sobre el volante con nerviosismo. Los eventos recientes me tenían completamente tensionada y estresada.

No sabía cómo lidiar con todo lo que tenía encima, mi pasado era sin duda alguna, lo peor que podía pasarle a mi presente y a mi futuro.

— ¿Qué sucede? — preguntó luego del quinto repique, sin saludarme.

— Estoy a medio minuto de la tienda — expliqué ceñuda, por lo general Antonio era un hombre demasiado cortés y esa actitud arisca me hacía sentir incomoda — ¿Estás?

— No realmente.

— ¿Cómo?

— Mira por el retrovisor — pidió, y al hacerlo, descubrí que su camioneta se encontraba justo detrás de la mía. Al cruzar nuestras miradas sonrió y saludó dando un movimiento lento con su mano.

Lo vi quitarse el cinturón de seguridad, para luego descender y caminar hasta subir al lado del copiloto en mi todoterreno.

— ¿Qué pasó? —preguntó apenas se sentó a mi lado.

— Estoy confundida —confesé.

No quise mirarlo, pero al oírlo resoplar supe que o estaba negando con su cabeza, o sus ojos habían sido rodados.

— ¿Y eso es algo nuevo? — se burló dejando caer su espalda contra el respaldo del asiento, golpeando sonoramente su cabeza contra éste.

— Antonio, estoy preocupada y tengo miedo —solté sin más, cruzando mis dedos sobre el volante y echándole un vistazo de reojo.

— ¿Miedo de qué?

— Lyam quiere que Lucas sepa que él es su papá.

— ¿Por qué no me extraña?

— Pero él no lo merece.

— Bryanna, no puedes castigar a Lyam por…

— No lo estoy castigando —lo corté de inmediato. Podía oír aquello de cualquier persona, pero no de él. Si lo escuchaba decirme aquello, cobraba sentido y no quería pensar en eso. No quería verme a mí misma de esa manera—. Lo que he hecho ha sido por el bien de Lucas.

Antonio me observó durante unos eternos segundos en los cuales no dijo nada. Luego suspiró con fuerza y volteó su cabeza hacia el frente pegando la vista en el parabrisas.

— Bryanna —bufó de pronto con el rostro acongojado.

Esperé pacientemente hasta que volviera a hablar, pero no lo hizo. Y a decir verdad mi paciencia parecía haberse extraviado entre la casa de los Hayes y la tienda de disfraces.

— Sigues enamorada de Lyam —soltó de pronto.

— ¡¿Qué?! —Exclamé exaltada, agitando mis manos en el aire de manera exagerada— No, eso no es verdad. Yo no estoy enamorada de él. Me conoces, sabes que no es así. ¡Ah! Estas confundiendo las cosas como todos los demás.

— La manera vehemente que tienes de negar aquello es la que me convence de lo contrario. Amar a alguien no es un pecado.

— Es enfermizo amarlo a él —murmuré cruzando mis brazos sobre el volante y dejando caer mi cabeza sobre ellos—. No es mentalmente sano.

— El amor no busca tu sanidad mental — replicó observando fijamente algún punto lejano. Muy, muy lejano.

— Está claro que no. Si fuera por eso estaría enamorada de ti y tú de mí.

— Eso sería sano —concordó haciendo un amague de sonrisa. No era una expresión triste, pero si parecía melancólica. Quizás el hecho que sus ojos azules brillaran con más fuerza que lo normal le daba ese aspecto nostálgico— ¿Pero seriamos felices?

— ¿Por qué no?

— Deja de contestarme con una pregunta. Piensa en lo que te digo. ¿Crees en realidad que seriamos felices juntos?

“— Eres una señorita realmente hermosa —susurró acariciando mi mejilla con el pulgar.

Su mano se sentía cálida en comparación a lo frío de mi rostro. Los ojos azules y hermosos, reflejaban el brillo de la luna y parecía que en su mirada podía ver cada estrella del cielo.

— Tú también lo eres.

— No. Yo no soy una señorita.

— Quería decir que eres hermoso —dije riendo. Todo con él era fácil, sin complicaciones. Me sentía tranquila y feliz a su lado.

Las olas se oían romper con fuerza a unos pocos metros de donde nos encontrábamos. La arena fría se adhería a mis pies descalzos y en el momento que nuestros labios comenzaron a acercarse cerré los ojos para dejarme llevar.

Esperé con anhelo que su boca tocara la mía, pero antes de que eso ocurriera, Antonio carraspeó obligándome a abrir los ojos. Estaba preparada para asesinar a quien fuese el culpable de aquella interrupción, pero al observar a mi alrededor, noté que estábamos solos.

Completamente solos.

— ¿Qué…qué pasa? —inquirí sintiéndome ridícula y avergonzada.

— Lo siento. No puedo hacerlo —se disculpó frunciendo el ceño y tras tragar sonoramente saliva, se giró y se alejó de mí, volviendo a la casa”

Antonio me observaba a la espera de mi respuesta, mientras, aquel recuerdo de nuestro primer encuentro fallido me gritaba que yo nunca sería la mujer para él.

"Me había costado toda la mañana dar con él, pero por fin podía verlo. Sobre el roquerío, sentado de espaldas a mí, vistiendo solamente unos jeans desgastados, subidos hasta sus rodillas, a pesar del clima.

Antonio, simple hasta la última célula de su cuerpo.

Subí con dificultad hasta situarme a su lado. Permanecimos observando el reventar de las olas, en silencio. Uno que duró lo que a mí me parecieron horas.

— ¿No tienes frío? —me atreví a preguntar luego de un rato, en que me entretuve viendo como la brisa jugaba a su antojo con sus hermosos rizos dorados.

Su expresión era triste cuando me miró y eso me partió el corazón. Estaba segura que eso era lo mismo que sentía él cada vez que me veía sufrir por Lyam.

— Bryanna necesito que entiendas…

— ¿No eres tu soy yo? ¿Es eso? Por favor Antonio, eres un hombre inteligente, estoy segura que puedes encontrar una excusa mejor que esa.

— ¡No es una excusa! —exclamó exasperado, apoyando el mentón en sus rodillas y cubriendo su cabeza con ambas manos.

Nuevamente el silencio, la omisión de una conversación necesaria entre nosotros, se apoderaba de todo.

No me atrevía a levantarme, pues de hacerlo, estaba segura que Antonio no me buscaría. Estaba dejando la última gota de dignidad que me quedó luego de Lyam y tenía claro que valía la pena hacerlo por él.

— No puedo amarte —susurró de pronto.

— ¿Qué quieres decir?

— No me parece justo para ti ni para mí. Te mereces alguien para quien seas única y considero que es lo mismo para mí.

— Sigo sin entender una sola palabra de lo que quieres decir.

— Estoy enamorado de otra mujer.

— Oh. Lo…lo siento —tartamudeé sintiéndome patética—. Debe ser una chica muy afortunada.

— Está muerta"

— Estoy segura que seriamos felices —contesté al fin. Ambos habíamos sufrido en el pasado, pero ¿y qué?

No por eso íbamos a perder el derecho o la posibilidad de vivir una vida tranquila, en la cual de una manera muy reconfortante para ambos, viviríamos bien.

— Yo no. Siempre voy a amar a Renata, pero ni siquiera ella tiene que ver en esto, por favor entiéndeme —pidió soltando un suspiro derrotado—. Lidiar con un fantasma no es lo mismo que con el padre de tu hijo. Seriamos seguros, no felices.

— ¿No me quieres?

— Te amo, pero no de la manera necesaria para formar una familia.

— ¿Y qué hay de Lucas? Antonio, ¿Cómo le explico todo? Va a odiarme y… ¿si luego no quiere vivir más conmigo?… ¿si quiere irse con Lyam? Soy la peor madre en la historia de la humanidad. Podría contarle la historia de la virgen María, Lyam encaja perfectamente como espíritu santo, plantó la semilla y luego se voló…

— Cálmate —dijo soltando una carcajada—. Es un niño, bastante inteligente cabe recalcar, pero un niño al fin y al cabo. A su edad todo suma. Lo que a mí me importa en estos momentos eres tú.

— ¿Qué hay conmigo?

— ¿Qué te pasa a ti con Lyam?

— No lo sé —confesé intentando tomármelo a broma—. Esa pregunta abarca demasiado. Siento una extraña polaridad de deseos cuando estoy cerca de él, la mayoría de mis pensamientos oscila entre cortarle la cabeza con un cuchillo o las bolas con un alicate.

Antonio soltó una carcajada relajada a la que no tardé demasiado en unirme. Parecía incluso que no nos reíamos desde hace meses y Lyam apenas acababa de llegar. A decir verdad, no quería ni pensar en lo que vendría luego, pero esta vez, estaba segura que las riendas de la relación las llevaría yo.

— No creo que sea recomendable, piensa que Lucas salió de ahí — dijo entremedio de sus risas.

Luego de un rato en el que seguimos riendo sin razón, tomó una de mis manos y besó el torso de esta con cariño.

— ¿Qué piensas hacer?

— Lo mejor será hablar con Lyam sin ver atrás — contesté a medias segura y medio en pregunta.

No tenía muy claro nada aún y el miedo mantenía un agujero gobernando mi estómago.

— Si, eso será lo mejor — meditó apretando ligeramente mi mano para infundirme valor, uno que durante cinco años había estada rehuyendo de mí.

Tras despedirnos y quedar en encontrarnos por la tarde, encendí el motor y di la vuelta para volver a casa de los padres de Lyam.

El vibrar de mi celular interrumpió mi camino de vuelta, puesto que no tenía manos libres y mi descoordinación alcanzaba el punto de maniobras con las manos, decidí detenerme para atender la llamada de Lena.

— ¿Está todo bien? — pregunté al atender.

— No la culpes —habló una voz masculina. Una que sería capaz de reconocer donde fuera. Aquella que producía una adrenalina ridícula en mis venas.

Estaba a dos personas de convertirme en una asesina en serie. De aquellas muy, pero muy peligrosas. Al borde de la sicosis.

— No la culpo, simplemente voy a asesinarla. ¿Qué quieres Lyam?

— Que hablemos a solas. Fuera de la casa — dijo con tranquilidad — Lucas salió con mi madre, así que no veo ningún motivo por el cual no pudieras aceptar.

— ¿Dónde? — inquirí observando mis ojos en el espejo retrovisor.

Odiaba que mis mejillas admitieran de manera tan evidente la ilusión que le provocaba a mi cuerpo encontrarse a solas con él. Por suerte para mi orgullo, ya no era una chiquilla hormonada, ahora era una mujer hecha y derecha.

Apreté el botón rojo luego de anotar la dirección y puse en marcha el vehículo para el encuentro con Lyam, con mi pasado y con todos mis temas pendientes.

"Oía a lo lejos el aporrear de una puerta con insistencia. Llevaba un cansancio ridículo en el cuerpo y simplemente me negaba a abrir los ojos, aun cuando llevaba varios minutos despierta.

Lucas estaba cercano a cumplir su primer año y se había convertido en todo un problema para mí. Era testarudo y había decidido hacerme la vida de cuadritos. Odiaba su cuna, odiaba su cochecito y sobre todo, luego de haberse caído de frente, odiaba su andador. Lo único que le gustaba era ser cargado o gatear por toda la casa. Parecía un perrito, siempre debajo de la mesa, de las sillas, de la escalera. Y yo como buena madre, debía poner especial atención a los enchufes, ya que gracias al buen gusto del constructor de la casa, todos se encontraban a su alcance.

Me acurruqué con fuerza, sosteniendo el edredón contra mi pecho y solté un suspiro.

Mi padre, sin querer darse por vencido, arremetió en mi habitación con la energía característica de un hombre que duerme poco y bebe café de forma compulsiva, aplaudiendo con fuerza y entonando Smells like teen spirit de Nirvana.

¡Ugh, como lo odiaba cuando arruinaba mis canciones favoritas!

— ¡Bryanna Cigno, despierta ahora mismo! —Exclamó moviendo el colchón de mi cama—. Pareces una marmota —agregó sacudiendo con más fuerza.

Cuando por fin se dio cuenta que nada de lo que hiciera podría resultar, decidió usar su última carta.

— Lucas ya despertó, tu como su madre debes encargarte de él…

— ¡Oh, está bien! Mensaje captado —gruñí enderezándome de golpe y lanzando lejos la ropa de mi cama. Tallé mis ojos y me estiré con fuerza soltando un bostezo— No tienes que hacer todo esto para despertarme.

Mi padre rodó los ojos al tiempo que esbozaba una cálida sonrisa. Sus ojos, surcados en sus bordes, se veían incluso divertidos.

— Estás perdiéndote un día hermoso —dijo caminando en dirección a la ventana— Debe ser el único día de mi vida, que he visto un sol tan resplandeciente como éste —agregó arrancando la cortina para demostrar aquello.

Un rayo de luz se coló de lleno en dirección directa a mis ojos obligándome a cerrarlos con fuerza. Era como si el sol hubiese estado esperando fuera del cristal para molestarme.

— ¡Oh por dios! Hace diez segundos yo tenía un hermoso par de corneas —gemí tapando mi cara con ambas manos— ¿Lo recuerdas? ¿Castaños y hermosos?

— No más drama Bry, ¿quieres? Recuerda que ya debo irme a trabajar y Lucas debe ser mudado, alimentado y amado —enlistó caminando con rapidez alrededor de mi habitación—. En la cocina hay leche, pan y mantequilla para que desayunes. Puede que por la tarde pase al mercado y traiga algunas cosas. ¿Cuántos pañales quedan en la bolsa?

Ante mi silencio volvió a aplaudir para llamar mi atención.

— ¡Bry! —exclamó agitando su mano frente a mis ojos.

— Me perdí en la parte de que Lucas debe ser mudado —confesé intentando fallidamente esconder la sonrisa de vergüenza que atravesaba mi cara.

— ¡Oh por favor! —gimió ante mi falta de concentración.

Lo miré durante un segundo y luego simplemente me encogí de hombros.

— Hablas demasiado y muy rápido. No es mi culpa. ¿No tienes un botón de pausa por ahí?

— ¿Cuántos pañales quedan en la bolsa? —volvió a preguntar con paciencia.

— Emm… ¿Bastantes?

— Dime un número.

— Diez.

— Ay Bry… ¿Qué harías sin tu padre? ¿Cómo puedes pensar que diez son bastantes? Cuando tenías la edad de Lucas, usabas diez pañales en un solo día. Tenías el estómago igual que los pollos, comías y…

— ¡OK! Otro punto captado —interrumpí antes de que pudiera continuar.

Mi padre a veces parecía carecer de filtro entre su cabeza y la boca. Disparaba lo que se le venía a la memoria sin preocuparse de la incomodidad de las personas.

Su gesto, divertido y liviano, cambió de pronto de manera drástica, convirtiéndose en una máscara de incomodidad absoluta. Lo conocía lo suficiente como para adivinar lo que diría.

— Lyam llamó.

— Y espero que le hayas informado a tiempo de mi muerte.

— ¡No digas eso ni en broma! —Gimió exageradamente alarmado, se acercó apresuradamente al escritorio junto a la venta y lo golpeó tres veces—. Toco madera —dijo viéndome ceñudo—. En serio, tenemos que hablar de esto.

Sacudí ligeramente mi cabeza y me puse de pie, el tema "Hayes" me ponía los nervios de punta. Definitivamente no encajaba en mis prioridades al despertarme.

La habitación se encontraba fría en relación a la cama, por suerte llevaba puesto mi pijama de franela. Caminé hacia el baño, pero antes de poder huir de la conversación que mi padre insistía en tener conmigo, el llanto del pequeño Lucas, desvió mis pasos…"

11

Respira

La todoterreno se encontraba cálida en su interior, tanto, que cuando observé por quinta vez mi reflejo en el espejo retrovisor y noté que mi cara se encontraba exageradamente sonrojada, decidí apagar la calefacción. No le daría a Lyam ni un solo motivo para que pudiese volver a insinuárseme. Mucho menos le haría pensar que mi cuerpo reaccionaba de formas indebidas cuando pensaba en él, aun cuando yo misma me negara a admitirlo, era evidente.

Aunque eso último no era necesario hacérselo saber.

"Lucas se encontraba vestido, alimentado y demasiado consentido gracias a mi padre. Papi, era como lo llamaba cada vez que aparecía. Por lo menos alguien había decidido llamarlo como a él le gustaba, ya que yo aún parecía olvidar que no debía gritar su nombre de pila en el supermercado.

Con mi hijo en brazos, oliendo a perfume de bebé natural, volví a mi dormitorio. Era momento de sacar el desayuno que había pasado directamente desde su garganta… al pañal.

Cuando al fin estuvo listo, limpio y oliendo delicioso, decidí dejarlo en su corral para que jugara, mientras yo aprovechaba de hacer mi cama, aunque para mi mala suerte, mi padre no había querido olvidar nuestra conversación inconclusa, e

ignorando por completo el hecho de que me interesaba más oír hablar durante horas al "Doctor Oz" una de sus cátedras de comida saludable, que de Lyam "hijo de puta" Hayes, se dispuso a retomar nuestra charla.

— Hija, entiendo que no quieras hablar de él. Yo nunca he querido entrometerme en tus asuntos y siempre me he mantenido al margen de todo…

— Y espero que sigas haciéndolo —agregué observándolo por medio del espejo que se encontraba a los pies de mi cama.

— No puedo —dijo tomando mi almohada para sacudirla—. Bry, entiende, soy padre y no puedo imaginar mi vida sin haberte tenido.

— Es diametralmente opuesto, no tienen un punto en común. Papá no quiero que Lyam sepa nada. Sólo dejémoslo así, ¿vale?

— Mi pequeña, aún eres joven e impulsiva. Debes dejar de huir del pasado, no fue nada tan malo lo que pasó, él no es ni un asesino, drogadicto, bebedor...

— En eso último no estoy tan segura, creo haberlo visto beber más seguido que el común de las personas, dos copas de vino antes de la cena no puede ser normal — interrumpí mirándolo de reojo. Sabía que no tenía base alguna para asegurar aquello, simplemente quería dejar de hablar de aquello…de él.

— Sabes que Lyam no es así.

Antes de que mi cerebro procesara alguna respuesta ingeniosa que sirviera para escapar de la discusión que se aproximaba, mi pequeño, quien parecía haber olvidado por completo sus juguetes y se encontraba de pie afirmado en su corral y viéndonos

directamente, balbuceó un demasiado entendible "Tyam", que ocasionó que mi pobre cerebro se cegara por la ira, impidiéndome cerrar la boca cuando era debido.

— ¿Qué quieres papá?—gruñí al fin— ¿Que lo perdone como hizo mi mamá contigo? Lo siento, pero yo no soy Marlie.

Su rostro, hasta aquel momento ligeramente sonrosado, se volvió blanco, dejó caer mi almohada a la cama y contuvo por un segundo la respiración. Estaba segura que él pensaba que yo nunca me había enterado del motivo de su ruptura con mamá, pero era imposible no haberlo descubierto. Entre las llamadas a horas imprudentes, las reuniones inventadas y por último la foto de otra mujer en su billetera, eran pruebas más que suficientes. ¡Culpable! Gritaba mi inconsciente ante tamaña evidencia.

Mi padre no dijo nada, parecía sopesar incluso cada exhalación que salía de su boca. Estaba segura que acababa de herirlo profundamente, pero la vergüenza y el arrepentimiento me impidieron decir palabra alguna cuando esté salió de mi habitación luego de besar la frente de Lucas.

Pude escuchar cuando tomó sus llaves de la mesa, cerró la puerta a sus espaldas y hecho andar la patrulla.

Esa fue la última vez que lo vi con vida…"

Me detuve un momento antes de tomar la última curva y volví a revisar la dirección que tenía anotada en un colorido y delgado papel. Al girarlo comprobé que se trataba de la boleta de mi última compra en "Carnaval y Magia" y antes de que pudiera siquiera procesarlo, me encontraba sonriendo.

¿Por qué todo tenía que ser tan complicado?

Antonio era y sería siempre mi pareja perfecta, el hombre torturado, sincero y sexy. ¿Es que acaso había algo malo en mí que tenía que seguir pensando en el gilipollas?

"Un presentimiento extraño invadía mis entrañas, pero lo atribuí a mi discusión con papá. Quería llamarlo, pero cada vez que cogía el auricular y comenzaba a marcar su número, antes de discar el último ocho, me arrepentía al no saber que decir y colgaba la llamada.

Luego de hacer dormir a Lucas una siesta y sin tener nada que hacer, decidí subir al dormitorio de mi padre y ordenar sus cosas. Quizás si veía que me esforzaba en dejar su cuarto limpio, entendería que estaba arrepentida. Iba en el décimo escalón, cuando tocaron la puerta obligándome a desandar el camino. Bajé con rapidez, haciendo resonar exageradamente las tapillas de mis botas contra la madera.

Abrí la puerta y encontré a Lena frente a mí con sus ojos hinchados y la nariz roja como un tomate, al verme se lanzó contra mí y comenzó a llorar.

— ¡Oh Bry! —gimoteó aforrándose con fuerza.

Detrás de ella, Peggy y Molly caminaban en dirección al pórtico.

— ¿Qué pasa?

— Tu papá está en el hospital…"

Mi teléfono vibró en mi bolsillo antes de volver a ponerme en marcha, anunciando que tenía un nuevo mensaje de texto procedente de Antonio.

"B, te prometo que siempre estaré aquí…Encontraras mis huellas en la arena…A"

Sonreí recordando la única canción que había sido capaz de dedicar y me sentí rápidamente ridícula y algo sosa por hacerlo. Más aún cuando Antonio se encargaba de recordármelo más veces de lo que mi orgullo era capaz de tolerar.

Solté un suspiró y volví a inhalar profundo antes de volver a poner en marcha la camioneta.

"Me encontraba sentada en el pórtico de mi casa, viendo fijamente algún punto lejano, tan lejano como la vida que hasta aquel momento había conocido. Todo en cuanto podía pensar era en las palabras de Owain luego de llegar al hospital— Cariño, no pudieron hacer nada —murmuró justo antes de sepultar cualquier esperanza de disculparme con él—. Falleció en la ambulancia.

Mi cuerpo se sentía extraño, la gente a mi alrededor no eran más que extraños viéndonos con lastima, a Lucas y a mí, y el molesto zumbido de sus conversaciones me hacía sentir ganas de vomitar.

Lucas se encontraba con Peggy y Molly, mientras Owain se encargaba de todo lo demás. Yo acababa de declararme oficialmente una inútil. Ni siquiera era capaz de

llorar, tal vez la culpa, o simplemente el hecho de no ser capaz de asumir que un infarto me quitara a mi padre.

Toda la situación me parecía exageradamente irreal.

Una motocicleta negra y brillante, derrapó justo enfrente de mi casa. De ella descendió, un muy despeinado Antonio. El cabello rubio, resplandecía por sobre todo lo oscuro y lúgubre de la situación. Llevaba una barba un tanto descuidada y sus ojos se veían preocupados cuando, en la distancia, me observó.

Me incorporé temiendo que mis piernas no fuesen capaces de sostenerme, me sentía aletargada y agotada. Noté como su cuerpo se destensaba, sus hombros cayeron y su entrecejo se juntó levemente. Apresuró sus pasos volviéndolos por poco un trote, para llegar prontamente donde me encontraba y al estar frente a mí, sin dudarlo ni un segundo, se abalanzó con velocidad y me envolvió en un abrazo. Olía a humo de cigarrillos, mezclado con loción.

— Lo siento tanto —masculló apretándome con fuerza contra él.

— Debes afeitarte —murmuré alejándome un paso—. Me pinchaste.

Sentía la voz completamente ajena a mí, un eco lejano de lo que alguna vez fui.

— Bry…

Pero lo que hubiese estado a punto de decir en aquel momento, quedó apagado por la llegada de la carroza fúnebre con el cuerpo de mi padre. Parecía una lujosa limosina y de inmediato recordé un día en que había dicho que soñaba con pasear en una de ellas— Soy un hombre sencillo Bry, de gustos comunes. Ser millonario,

pasearme en una limosina por todos lados y unas cuantas sirvientas en vestidos diminutos. ¡Y todos los canales de deportes! —había dicho esa tarde.

Por lo menos uno de tus sueños se cumplió —pensé soltando un bufido, medio risa, medio sollozo—, lástima que no estés aquí para disfrutarlo.

En aquel momento, las lágrimas contenidas, brotaron a tropel por mis parpados, empapando su camisa en segundos.

Owain me miró esperando quizás alguna indicación, y yo simplemente pude largarme a llorar…y llorar… y llorar. Antonio volvió a abrazarme y en lugar de hablarme, me guió por mi propia casa hacia mi habitación y se quedó junto a mí en todo momento…"

Me sentía protegida dentro de mi todoterreno, aun así, me dominaba una exagerada sensación de vulnerabilidad al acercarme a la dirección en la cual me encontraría con Lyam. Era un tema demasiado complicado el que trataríamos y estaba segura que seguía siendo demasiado pronto para poder ponernos de acuerdo en cualquier cosa.

Antes de entrar en la calle señalada en el papel y ponerme a buscar la dirección, mis manos comenzaron a sudar y mi estómago se contrajo evidenciando de manera física el terror que me invadía.

Volví a detenerme y marqué el número de Lena. Si mis conjeturas estaban en lo cierto, Lyam lo tendría consigo y no mi amiga.

Esperé hasta el quinto timbre cuando contestó.

— Hola “¿Princesa cisne?” —preguntó Lyam confundido. Y he de admitir que me extrañó que no comprendiera de inmediato—. ¿Qué significa eso?

— Larga historia y pocos minutos en mi celular —mascullé entre dientes. Estaba a punto de mentirle inventando que no daba con la dirección, estando prácticamente enfrente de la casa, así que mientras menos debiera hablar, mejor—. No doy con la dirección y mi estanque está al mínimo. No puedo arriesgarme a quedar varada por ahí.

— Bry, conoces a todo el mundo en esta ciudad. No inventes que no das con la dirección.

— Lo siento, no quiero congelarme y en verdad no sé dónde demonios queda el lugar donde estás.

— ¿No tienes GPS en tu camioneta?

—Lyam, no es por nada, pero te recuerdo que con suerte tengo trabajo para mantener a mi hijo.

— Nuestro —se apresuró a corregir.

¿Nuestro? ¿En verdad acababa de decir nuestro?

— ¡Aún no es tuyo! —gruñí apretando mis manos contra el volante.

— Lo es desde que lo planté ahí —soltó con toda la calma del mundo, provocando que una ola de rabia se extendiera por todo mi cuerpo. Siempre había envidiado su control, según él, las discusiones las ganaba sacando de sus casillas a su contrincante. ¡Y diablos que se la dejaba fácil!

— ¡Oh por dios, Lyam! ¿Estas comparando a Lucas con un árbol? ¿En verdad puedes ser tan idiota? A él no lo “plantaste”, grandísimo imbécil.

— Sin descalificaciones, ¿quieres?

— No lo son —aclaré inhalando profundamente para retomar mi autocontrol—. Además, si supieras las descalificaciones en las cuales te clasifico, pensarías que son adjetivos calificativos.

— No quiero clases gramaticales. Quiero que hablemos de Lucas. Así que baja de la camioneta que puedo ver tu cara desde la ventana.

— ¿De qué estás…?

Pero mi pregunta quedó en el aire, cuando miré a mi lado derecho en donde unos hermosos números tallados en madera, señalaban que acababa de detenerme justo enfrente del lugar acordado.

— ¡Hola Bry! —Gritó abriendo la ventana, enseñando una sonrisa jactanciosa y sacando una mano para hacer aún más obvia su posición—. ¡Apresúrate! ¡Quiero saber que significa “Princesa Cisne”! —añadió con mofa.

Lo mato —pensé antes de bajar de la todoterreno—. A todos, los mato.

“Mi cabeza era una trampa ridícula a mi cordura. Cada imagen que veía me recordaba a mi padre y en estos momentos necesitaba pensar con claridad por Lucas.

Aunque por otro lado, era una chica demasiado joven… sola… con un bebe.

Podía llorar, gritar y hacer un escándalo, no era aún una mujer.

El hecho de que supiera mantener limpio a un niño, no me convertía en una adulta.

Por problemas en el clima, mi madre no pudo viajar pues los aeropuertos estaban cerrados y si bien, en un principio, eso me hizo sentir abandonada, no podía culparla. Suerte que Peggy había resultado ser más que útil en el cuidado de Lucas y gracias a dios, mi bebe no parecía molestarse por quedarse con ella.

Después de todo, eso de que la sangre tiraba podía ser cierto.

Me sentía dentro de un refrigerador, la casa se encontraba tan fría, tan vacía, tan jodidamente sola. Solté un suspiro lleno de angustia y me dejé caer sobre la escalera. Abracé mis piernas y recargué el mentón en mis rodillas.

Todo mi cuerpo temblaba y estaba cansada hasta los huesos. Sentía que algo dentro de mi pecho se estaba quebrando, como cuando una grieta se produce en el hielo, sólo debes esperar hasta que se haga trizas y estaba agotada de intentar detenerlo. Era inevitable. Las costillas me dolían de tanto llorar y simplemente quería desparecer durante días, dormir y ser despertada nuevamente por mi padre.

Estaba segura que lo recibiría con los brazos abiertos, aun cuando tarareara a Metallica esta vez.

Oí la escalera chirriar con el sonido de unos pasos acercándose, pero mantuve mis ojos cerrados.

Sentí un peso sobre mis hombros y prontamente reconocí la calidez de la cazadora de mi padre. Aún conservaba su olor, a loción de afeitar y cafeína.

— ¿Cómo sigues?—preguntó Antonio. Pude sentir cuando se sentó a mi lado en el mismo peldaño de la escalera, pero me negué a abrir los ojos. Si lo hacía, el peso de la realidad caería como plomo sobre mí y no necesitaba eso. No quería pensar en nada aún—. ¿Quieres café? —insistió golpeando levemente mi hombro con el suyo.

Lo observé de reojo y abrí la boca para responderle, pero mi asentimiento se vio opacado a mitad de camino por un sollozo atormentado.

— Ey, tranquila —susurró pasando un brazo a mí alrededor y acariciando mi cabello con cariño—. Todo va a estar bien, ya verás. Puedes llorar conmigo, sabes que estoy aquí, no estás sola.

No pude contestarle y en lugar de eso, pasé mis manos por su cintura y me aferré a él como un náufrago a su salvavidas.

No sé muy bien cuanto tiempo estuvimos así, simplemente sé que luego de mucho rato, me sentía mejor. Antonio preparó café para los dos, mientras yo iba a darme una ducha. Me sentía agotaba y estaba segura que el agua caliente aliviaría de alguna manera la pesadez que lleva en mi cuerpo.

Metí las manos en los bolsillos de la cazadora y descubrí un montón de papeles doblados. Los saqué y con tristeza comencé a observarlos. Boletas de Starbucks por donas y café, típico de mi padre, podía imaginar que era él quien se encontraba en la cocina, en lugar de mi amigo. Oía lejano el sonido de los platos siendo colocados sobre

la mesa de diario y mi mente enseguida detuvo aquel pensamiento. Necesitaba asimilar su pérdida de alguna manera, no engañarme a mí misma.

Seguí mirando las antiguas boletas, cuando el apellido Hayes escrito con la letra de papá, llamó completamente mi atención. Desdoblé el papel y comprobé el nombre de mis pesadillas. "Lyam Hayes" se leía claramente en color azul, seguido de un número de teléfono.

— ¿Y qué se supone que haga con esto? —pensé sosteniendo con firmeza el trozo de papel.

La ventisca del exterior hizo un agudo sonido. Pequeños escombros chocaron contra la ventana, al tiempo que un estremecimiento extraño, me recorría la columna vertebral.

— Supongo que esta es tu manera de ganar nuestra última discusión, ¿no? — susurré sintiendo un vacío en el estómago.

No creía en fantasmas. Y hasta ahora nunca me había planteado el hecho de que hubiera otra vida después de esta, pero extrañamente, pensar en que mi padre me estaba dando una señal, me hacía sentir menos desolada.

Tal vez esa era mi manera de asimilar todo lo que estaba pasando. Quizás simplemente era el hecho de compensar la memoria de papá, cumpliendo su última voluntad.

Lo que haya sido, definitivamente me haría arrepentirme luego.

Cogí el teléfono de mi dormitorio y marqué el número apuntado. Al octavo repique decidí cortar, ya que dudaba poder hablar si él contestaba la llamada. Además, ¿qué demonios le diría?

Observé la hora en mi reloj mural. Marcaba las once en punto de la noche. Una hora bastante imprudente para llamar, pero si no lo hacía ya, estaba segura que no me atrevería nunca.

Volví a marcar y esperé hasta que sentí como contestaban del otro lado.

— ¡Lyam duérmete, ya contesté yo! —escuché decir a una voz femenina—. Quien sea te dejara un mensaje.

Oh por supuesto. ¡¿Podrías decirle a Lyam que hay una chica que tiene un hijo suyo, mientras él sigue siendo un jodido hijo de puta?!

— ¿Si… diga? —preguntó con insistencia la chica del otro lado. Lo que me hizo suponer que llevaba demasiado tiempo en silencio.

Con la adrenalina gorgoreando en mis entrañas, y la valentía que muestra un conejo frente a la escopeta, corté la llamada.

— ¡Te dije que no debía hablar con él! —gemí recordando a mi papá. Rememoré su rostro sereno y la manera en que encogía sus hombros cuando se equivocaba.

Dejé caer el teléfono sobre mi cama y me metí en el baño para darme una ducha, mientras maldecía una y otra vez por ser tan idiota”

12

Problemas de comunicación

El frío exterior me golpeó el rostro con fuerza apenas puse los pies fuera de mi todoterreno, aunque estaba segura que eso no tenía nada que ver con el escalofrío que me recorrió desde la nuca hasta el final de mi espalda.

Lyam seguía viéndome divertido y a mí lo único que me interesaba era darle un puñetazo en su jodida y perfecta nariz.

Me puse de pie con dificultad sobre la gruesa capa de hielo, sintiendo como mis piernas se hundían hasta los tobillos y rápidamente el frío traspasó mis botas. Luego de cerrar la puerta de mi camioneta, bajé la gorra que Antonio me había dado hasta las cejas y me puse en marcha, implorando silenciosamente el no caer sobre mi culo al avanzar. Exhalé bruscamente, formando un camino de vapor donde mi aliento tibio se congelaba y a paso decidido, caminé.

— ¿Necesitas ayuda? —preguntó Lyam desde la ventana, sonando genuino. No había rastro de burla en su tono. Y si bien estaba segura de no haber tenido nunca claro cuando él era autentico conmigo, rápidamente decidí no analizar demasiado y seguir concentrándome en el camino, en lugar de responderle.

Ya demasiado estaba haciendo coordinando mis piernas y mis brazos, si incluía mi boca, estaba segura que terminaría en el suelo.

Tras llegar entera al pórtico de la casa, sacudí un poco mis pies y respiré hondo.

Lyam ya se encontraba en la puerta y dando un paso se quitó para que yo pudiera entrar. El interior se encontraba cálido y agradable. La casa, o por lo menos la sala, era amplia y muy iluminada.

— ¿Te gusta? —inquirió de pronto llamando mi atención.

— ¿Qué cosa?

— Mi casa —contestó. No alcancé a digerir aquella información cuando sentí sus manos sobre mis hombros. Intenté girarme para encararlo, pero antes de poder hacerlo, me sostuvo presionando ligeramente—. Solamente quiero tu abrigo —dijo divertido.

— No llevo ni un minuto en esta casa y ya intentas quitarme la ropa —bufé sin pensar.

Obviamente, el intentar analizar cada paso que daba, y calcularlo todo, estaba provocando serias lesiones en mi cerebro.

— Podría decir que las viejas costumbres no se olvidan, pero estoy seguro que jugaría en mi contra —murmuró haciendo una extraña mueca con su boca. Se veía arrepentido de haber dicho aquello.

— Idiota.

Lyam soltó en el acto una carcajada suave y musical, al tiempo que mi abrigo caía por mis hombros, luego, quité mis guantes y el gorro de Antonio y los sostuve. Tomé aire y me giré para encararlo.

Sin duda alguna el filtro entre mi lengua y me cerebro se había quedado congelado y las palabras simplemente resbalaban hasta ser enunciadas.

— Aunque debo añadir que la idea no me desagrada en lo más mínimo —murmuró intentando reprimir la sonrisa jactanciosa que comenzaba a aflorar en su rostro—, hoy te cité para que conversemos. En serio. No me veas así —exclamó de pronto. Observé mi reflejo en el espejo que quedaba a su espalda y comprendí el porqué de aquella acotación. Mi entrecejo se encontraba profundamente fruncido y mi boca era una línea recta, completamente recta—, no quiero que peleemos, quiero aclarar las cosas por Lucas.

— ¿Qué cosas quieres aclarar?

— ¡Lo primero es lo primero! —Exclamó— ¿Por qué mi hermana te tiene como "La Princesa Cisne" y no cómo Selene?

— La verdad no debería tenerme como ninguna de las dos, mi nombre es Bry, ¿recuerdas?

— No realmente. Tu nombre es Bryanna.

— Idiota sabelotodo —resoplé con molestia. Sobre todo porque cuando lo dijo fue inevitable pensar en Lucas y en su "característico" sentido del humor. Estilo Hayes ciento por ciento.

— Bueno ¿y? ¿De dónde viene eso de princesa cisne?

— Me extraña que aún no lo entiendas.

— Cisne igual a Cigno en italiano. Eso lo capto. ¿Pero por qué te dicen así?

— Fue idea de Antonio —comencé a explicar. Su rostro se ensombreció ligeramente, pero lo ignoré y continué—. Un día decidimos arrendar películas para ver

con Lucas y le llamó la atención que la portada en ingles tuviese mi nombre. Eso es todo, ahora deja de verme así.

— ¿Así como? —preguntó, frunciendo el ceño al tiempo que sonreía.

— Como si quisieres arrancarme la cabeza.

— Deseo arrancarte muchas cosas, pero la cabeza no está en mi lista —murmuró con descaro.

Sentí unas ganas terribles de abofetearlo por la osadía de sus palabras, pero me aguanté. Eso demostraría que me afectaba de sobremanera las cosas que él pudiese decirme, y en aquel momento, sin duda alguna debía mantenerme serena y a la altura de la situación.

— ¿Podrías dejar de comportarte de este modo? —solté intentando mostrar indiferencia.

— ¿Cuál modo? —inquirió elevando sus cejas con una mueca de sorpresa.

¿Cuál modo? Será cabrón —pensé.

— Así como eres tú. No me siento cómoda.

— Vale —contestó arrastrando las letras y encogiéndose de hombros—. No lo hago aposta, es simplemente que me pones… ¿Cómo decirlo sin sonar demasiado patético? —meditó unos segundos golpeando su labio inferior con su dedo índice. Observé su boca, un tanto fruncida y curvada exageradamente hacia el lado izquierdo. Se veía sexy cuando hacía aquel gesto nervioso.

¡Oh, oh! ¡Alerta! ¡¿Sexy?!

Mierda…piensa en otras cosas. ¡Calcetines sucios! —medité insistentemente cuando sus ojos chocaron con los míos y sentí mi cara caliente.

¡Oh por dios! ¿Por qué tenía que sonrojarme? ¿En verdad era necesario traicionarme a mí misma, exponiéndome de esa manera?

— Me pones nervioso —confesó de pronto—. Muy jodida y extrañamente nervioso. Como el infierno.

— ¿Perdón? —pregunté con la mente en blanco.

— Eso, me pongo nervioso cuando estoy contigo. No puedo pensar con claridad y eso me altera. Digo cosas que no quiero y dejo de hacer las que si deseo.

— No me vaciles Lyam.

— No lo hago. Necesito confesar un montón de cosas y siempre me turbo cuando intento hacerlo contigo.

— ¿Has probado hacerlo con un cura? Se supone que con ellos la gente se confiesa.

— *¡Ja!* Que graciosa —masculló entre dientes—. Lo que quiero decir es que cada vez que voy a decirte algo importante, termino comportándome como un tonto, o haciendo algo que no debo. Cuando volví a este lugar solamente tenía una cosa en mente —dijo haciendo un gesto con su cabeza para instarme a tomar asiento en uno de sus sillones—. Lucas —añadió una vez estuve sentada y el también—. Un hijo mío.

Me mordí la lengua para no gritarle que estaba equivocado. Después de todo, Lucas si era su hijo. Además me extrañó el tono que utilizó al nombrarlo. Era demasiado soñador para alguien tan práctico como él.

— Siento haberte hablado del modo en que lo hice en mi casa. Y también por haberme comportado como un grandísimo imbécil. A veces me cuesta olvidar que las cosas entre nosotros pasaron hace mucho tiempo y que en realidad ya no nos conocemos.

— Dudo haberlo hecho alguna vez.

— Claro que si —contradijo molesto—. Amabas el chocolate y las trufas. Nunca te ha gustado el mazapán ni las legumbres. Siempre duermes con una pierna fuera de la cama, por lo general la derecha, pues duermes boca abajo tocando el muro o el piso. Cuando te mareas te basta con comer un poco de azúcar y no soportas las aceitunas rellenas. Tienes un montón de cicatrices diminutas en los brazos por caerte en tus patines a los diez años, y una gigante en la rodilla por culpa de una bicicleta. Lees mucho, adoras el café muy dulce…Eres inteligente, planificadora, meticulosa y muy desordenada. Cuando estás nerviosa te muerdes el labio y cuando te enojas empuñas las manos. Les temes a los perros grandes y a los globos muy inflados. Eres testaruda y adorable. Buena amiga y una excelente mujer. La verdad me retracto, yo si te conozco.

Sentí un vacío en el estómago luego de oírlo. Una sensación de ternura y empatía me envolvió por completo, pero firmemente, lo oculté.

— Me conoces —coincidí seriamente—. Por lo menos en algún momento de mi vida sí. Pero seamos honestos, yo no lo hago.

— Siempre fui sincero contigo.

— Y eso es aún peor. Las acciones, por mucho que sean consentidas, duelen. Dejan marcas en las vidas de las personas, tú en verdad me hiciste daño.

— Lo sé...pero…

— Pero nada Lyam. El pasado es eso. Ni siquiera puedo estar segura de que mis propios recuerdos son tales, pues creo haberme dejado llevar por la rabia que sentía y así como en algún momento te idealicé, luego de los años, creé una imagen tuya de cabrón. De todos modos aún no la deshecho por completo —me apresuré a agregar—, así que deja de sonreír como bobo.

— ¿Hacemos las paces entonces? ¿Por Lucas?

La sonrisa que se extendía por su rostro se veía tan genuina, que me costó recordar que hace solamente unas horas estábamos agarrándonos de los pelos.

— Está bien.

— ¡Dame un segundo! —exclamó incorporándose de un salto y corrió por el vestíbulo, alejándose de mí.

Me quedé de una pieza y sin entender qué diablos le pasaba a ese hombre. En verdad teníamos un conflicto serio de mala comunicación. Ahora que hacíamos las paces, se iba y me dejaba sola. ¿Pero quién demonios lo entiende?

De pronto y antes poder cavilar demasiado, apareció sosteniendo el palo de una escoba con un pañuelo blanco en la punta.

— ¿Qué haces con eso?

— ¡La bandera de la paz! En caso de precaución, por si las cosas se ponían difíciles —explicó ruborizándose y riendo— Era mi arma de salvación.

— Eres un idiota —negué riéndome con él, por lo ridículo que podía llegar a ser.

— Lo sé. ¿Quieres algo de tomar? ¿Un café o un té? —ofreció señalando con su pulgar la dirección de la cocina. Me levanté y decidí acompañarlo por el vestíbulo.

Al llegar noté que, como toda la casa, era un sitio amplio. Iluminado, aunque de muros más oscuros. Las alacenas eran blancas y en el centro había un gran mesón con lavaplatos y sillas de bar.

— ¿Qué quieres?

— Café. Sin azúcar —contesté sentándome y apoyando los codos sobre el mesón.

— ¿Sin azúcar?

— La evito desde que mi padre murió.

— Oh, ya veo —murmuró con los ojos ligeramente entristecidos—. Al parecer ya no te conozco tan bien como suponía —añadió girándose para poner el hervidor.

— No seas ridículo —exclamé entendiendo de inmediato que no quería verlo mal. Lo de las paces iba realmente en serio, ya no necesitaba ese rencor en mi vida—. Aun no puedo con los mazapanes. Y no he podido quitarme las cicatrices de los brazos. Eso de la Rosa mosqueta y la baba de caracol es una soberana mierda.

Lyam soltó a reír fuertemente mientras acomodaba dos tazas sobre sus respectivos platillos.

—Aún no he tenido tiempo de traer suministros, pero mi madre y Noel se han estado encargando de traer las cosas más indispensables —contó mientras rebuscaba en algunas bolsas. Tomó dos de ellas y las puso sobre el mesón frente a mí— ¡Perfecto! Aquí estaban. Café —comenzó sacando una a una las cosas—… azúcar…algo de leche y… ¿pornografía?, mierda Noel —gimió avergonzado.

No pude reprimir las carcajadas que salieron de mi boca. Estaba ahogándome de tanto reír, era demasiado irreal la situación. Lyam y yo riendo, por una revista pornográfica, en la cocina de su nueva casa.

Reíamos...

Juntos…

Era ver y oír a Lucas…

Completamente irreal…

— Se parece tanto a ti —susurré, ensimismada en mi ensoñación, tragando saliva sonoramente.

Lyam se congeló en su lugar. Dejó el hervidor nuevamente sobre la base y me miró como si no me hubiese visto nunca antes.

— Repítelo —rogó.

— Dos gotas de agua.

— ¡Oh dios! —suspiró apoyando los codos sobre la mesa. Con sus manos tapó sus ojos y comenzó a llorar.

Si hasta aquel momento pensaba que la situación era irreal, ahora de lleno creía que acababa de volverme loca.

Incluso pensé en haber volcado la camioneta en el camino y estar alucinando todo aquello producto de un accidente.

— No llores. Vamos eres un macho, fuerte. Tu Lyam yo Bry. ¿Quieres chocolate?

— ¿Qué?

— Chocolate. Tengo uno relleno de menta. Era tu sabor favorito, igual que el de Lucas —informé. Ya era hora que se enterara de algunos detalles de mi pequeño.

Si él era capaz de hacer la vista gorda a todos los problemas que acarreábamos del pasado, no veía porque yo no podía.

Volvió a coger el hervidor y llenó de agua caliente las tazas.

— Tengo que confesarte algo —dijo serio cuando me pasó la mía.

Tomó asiento justo en frente de mí, colocando la mesa de por medio y golpeteó su taza con sus dedos.

— ¿Qué cosa?

— No puedo tener más hijos.

Su cara estaba escondida bajo una mata de pelos rojizos. Unos que por la luz a ratos parecían más anaranjados que otra cosa.

— ¿Cómo qué no? ¿Por qué?

— Porque no puedo.

— Lyam, eso no es una respuesta coherente.

— Y una mierda que no lo es —profirió alzando el rostro orgulloso. Sus mejillas estaban encendidas y sus ojos aún enrojecidos, pero así y todo, me miró fijamente—. Además es súper categórica. No puedo, pues porque no puedo. Clara y categórica.

— Cuando quieres eres tan frustrante e irritante —resoplé sacudiendo mi cabeza.

Definitivamente avanzábamos un paso y retrocedíamos cuatro.

— Lo sé. Ya te advertí que me cuesta hablar contigo. Y es peor cuando el tema a tratar soy yo mismo.

— Lyam, no te pongas nervioso. Es más, si quieres puedes traer la banderita de la paz.

— No es necesaria. Es…es una larga historia…

— Casi todas comienzan así —pronuncié rodando los ojos.

— Hace tres años me practicaron una Orquidectomía.

— ¿Qué es eso?

— Velo en Wikipedia —respondió distante—. Apuesto que hay un montón de información al respecto.

Se levantó de su silla y dándome la espalda, comenzó a vaciar las bolsas sobre el mesón.

— Te lo estoy preguntando a ti. Me suena a extirpación de amígdalas —medité.

— Se le parecen, sólo que sus raíces son mucho más largas —indicó sonriendo con un claro gesto de tristeza.

— Y sigo sin entender ni una palabra. ¿Por qué no eres claro y me dices que te pasa?

— ¡No tengo huevos! —lanzó, dando un golpe seco sobre la mesa.

— ¡Tienes un serio problema de temperamento! —gruñí como cuando Lucas me hacía enojar. Me faltó únicamente decirle jovencito y enviarlo a la cama— ¿A quién le

importa que no tengas huevos? Luego puedes pasar al mercado y comprar. Además yo quiero café, sólo eso.

Lyam alzó una ceja a la espera de que yo misma cayera en lo que me estaba diciendo.

¿Cómo podía ser tan distraída?

Sentí ganas de darme cabezazos contra el muro, cuando lo miré y con sus ojos señaló la parte baja de su cuerpo.

— Esos huevos… —fue todo lo que atiné a decir.

“Una brisa cálida me acariciaba el rostro, mientras observaba a Lucas jugar con Noel en el jardín de los Hayes. El día estaba ideal para estar al aire libre, pero los ánimos no eran los mejores.

Con nostalgia pensaba en mi padre y en los feliz que hubiese estado de haber visto a mi hijo darle al balón con tanto entusiasmo.

Siempre reía al ver a Lucas lanzar las cucharas lejos de su bandeja—. Te lo digo, este niño tiene un brazo que vale oro. ¡Mira donde tiró ese trozo de pan! — exclamaba mientras yo rabiaba al fallar miserablemente en la educación de sus modales.

— Bry —murmuró de pronto Peggy, desde mi espalda—. ¿Puedes venir?, necesito hablar contigo.

Me sentía reacia a acompañarla — no, reacia no, terca, burra, avergonzada, encajaban mejor —. Sobre todo luego de haber confesado que el hermoso niño, de cabello cobrizo y orbes esmeraldas, era su nieto y que gracias a mí, habían perdido la oportunidad de conocerlo desde su nacimiento.

Me sentía realmente como una perra maldita.

Abracé mis piernas y descansé mi cabeza sobre mis rodillas. Peggy sostenía dos vasos con refresco y, tras darse cuenta que no respondería, me pidió permiso para acompañarme. Asentí, aun avergonzada del trato que les había dado durante tanto tiempo, solamente por ser la familia de Lyam. Los había tratado como la paria, ignorado y rehuido de ellos cada vez que tuve oportunidad, y de todos modos ellos hicieron vista gorda a todo, me apoyaron en uno de los momentos más tristes de mi vida y aún permanecían a mi lado.

Por suerte nadie había resultado ser demasiado rencoroso y aunque pareciera imposible, ellos me pidieron solamente tener contacto con Lucas.

Obviamente no pude negarme. Mi única condición era no decirle nada a Lyam.

Increíblemente todos aceptaron.

— ¿Qué pasa Peggy?

— Nada —dijo frunciendo profundamente el ceño y tragando sonoramente—. Algunas cosas no van del todo bien y estoy algo estresada.

Su semblante era melancólico, sus ojos observaban de manera añorante a mi pequeño niño, y unas violáceas ojeras enmarcaban sus expresivos ojos.

Tragué con dificultad antes de hablar—. ¿El negocio?

Negó con su cabeza, agitando suavemente su melena lustrosa y observó a Lucas unos minutos más, antes de volver a hablar.

— Es igual a Lyam de niño —susurró con tristeza.

Una ola de culpa me golpeó con la fuerza de un camión tolva. Lucas era su primer nieto y yo, egoístamente sin pensar en nada más que mi propio dolor y ego herido, le había negado la oportunidad de verlo nacer. Igual como se lo estaba haciendo a su padre.

Peggy y todos los Hayes encajaban perfectamente en lo bien llamado "daño colateral"

Sacudí mi cabeza y alejé aquel sentimiento de mi cabeza, enviándolo de vuelta a lo más oscuro de mis pensamientos, al mismo sitio donde enviaba toda la mierda de Lyam.

— Peggy, estoy muy agradecida contigo y con tu familia por estar conmigo, aun cuando yo no he actuado de la mejor manera. Pero por favor, yo no quiero que Lyam se entere de nada.

Alzó la cabeza con lentitud y me miró directamente—. No te preocupes, no creo que sea el momento para decírselo de todos modos.

— Nunca será el momento —repliqué.

— Bry, hablas desde la herida —dijo con tono cansino—. Confía en mí, yo no le diré nada a mi hijo porque ahora no sería bueno que se enterara, pero yo soy su madre. Lo que tu sientes por Lucas, yo lo siento por Lyam y no puedo ocultarle esto.

— Peggy…

— Tranquila, yo no le diré nada —me interrumpió—. Pero él tendrá que enterarse. Cuando esté bien, lo sabrá. No puedes ocultar esto por siempre, Lyam es bueno, no un monstruo y ahora está pasando por un mal momento y necesita que lo dejemos en paz.

— Él vive en paz.

— Y espero que por mucho"

13

Caridad

Lyam me miraba expectante. Cuando el tiempo prudente de espera se excedió, decidió hablar— ¿Ves? —preguntó retóricamente alzando una ceja, y yo intenté no derretirme contra el suelo—. Sabía que no era buena idea decirte nada. Pones la misma cara de funeral que todo el mundo —dijo para luego darle un sorbo a su café.

Pestañeé reiteradas veces y estoy segura de haber abierto la boca más de una vez para decir algo, pero estaba muda. Mi voz, junto a mi inteligencia, había decidido abandonarme en el peor momento.

Siguió viéndome con la ceja alzada antes de insistir— ¿Y?

— Pero —comencé aún algo aletargada—, ¿por qué? —Inquirí estúpidamente— ¿Los usaste demasiado y los secaste? —añadí en broma para aligerar el ambiente y mantener a raya mis propios miedos y cavilaciones.

Abrió la boca desmesuradamente— Si, los convertí en higos —contestó estallando en carcajadas, dejando la taza sobre la mesa.

— Ya. En serio, ¿qué te pasó? ¿Por qué?

Él suspiró—. ¿De verdad nadie te lo dijo? ¿Ni siquiera Lena?

Alcé una ceja y lo miré para responder esa pregunta con mi gesto.

— Al parecer en mi familia son todos expertos en ocultar cosas —murmuró bebiendo otro sorbo de su café.

— Ok. Eso dolió —mi intento de sonar casual no resultó efecto, en verdad eso había sido un tiro directo a mi pecho.

— Lo digo en serio. Es extraño que nadie te lo haya comentado nunca. La verdad es que hace nueve años me diagnosticaron cáncer de testículos. Antes de conocerte ya me habían extirpado uno. Luego, tres años atrás, en los exámenes de rutina, encontraron el segundo, así que se practicó otra Orquidectomía.

Lyam hablaba de manera pausada. Explicó detalladamente la operación, con sus nombres clínicos y todo, como si fuese él quien daba el diagnostico. Y aunque me pareció más claro que muchos doctores, yo lo único que fui capaz de oír fue “cáncer”.

— ¿Tienes cáncer? —pregunté cuando paró de hablar.

— Tuve.

No era algo tan terrible, estuvo enfermo, se sanó y ahora se encontraba frente a mí perfectamente bien. Su sentido del sarcasmo y el de superioridad seguían intactos, pero de todos modos no podía evitar sentirme aún más mierda que antes.

Lyam había estado enfermo, gravemente enfermo y yo realmente había pensado y dicho más de alguna vez “Muérete hijo de perra”.

Jodida. Mierda. De. Vida.

No sólo le había negado un hijo a Lyam, sino que le había quitado su única oportunidad de ser padre. Y todo por orgullo.

Sentía ganas de vomitar lo poco que había ingerido durante el día. El café acababa de convertirse en bilis, la cual se sentía amarga pasear por mi garganta y detenerse justo al llegar a mi lengua, dejando un ácido sabor en mi boca.

Era demasiado para procesarlo.

Fruncí el ceño—. Yo… lo siento —balbuceé con dificultad. Era vergonzosamente consiente del tono verdoso que comenzaba a adquirir mi rostro—. ¿Hace cuánto tiempo estuviste enfermo? ¿Cuánto tiempo de la operación? ¿De la orquidec…decto…demia?

— Orquidectomía —aclaró—. Tres años —respondió— Exactamente un catorce de noviembre.

Sentí mi estómago vacío al oír la fecha. Era justamente el día del entierro de mi padre.

— ¿Pero quién te cuidó? ¿Quién te acompañó? —insistí.

— Mi madre contrató una enfermera para cuidarme. Ella no podía viajar en esa fecha, así que, no quedó de otra.

“Cogí el teléfono de mi dormitorio y disqué el número apuntado. Al octavo repique decidí cortar, ya que dudaba poder hablar si él contestaba la llamada. Además, ¿qué demonios le diría?

Observé la hora en mi reloj mural. Marcaba las once en punto de la noche. Una hora bastante imprudente para llamar, pero si no lo hacía ya, estaba segura que no me atrevería nunca.

Volví a marcar y esperé hasta que sentí como contestaban del otro lado.

— ¡Lyam duérmete, ya contesté yo! —escuché decir a una voz femenina—. Quien sea te dejara un mensaje.

Oh por supuesto. ¡¿Podrías decirle a Lyam que existe una chica que tiene un hijo suyo, mientras él sigue siendo un jodido hijo de puta?!

— ¿Si… diga? —preguntó con insistencia la chica del otro lado. Lo que me hizo suponer que llevaba demasiado tiempo en silencio.

Con la adrenalina gorgoreando en mis entrañas, y la valentía que muestra un conejo frente a la escopeta, corté la llamada"

El mismo pensamiento se repitió una y otra vez. Mi cabeza era invadida a una velocidad vertiginosa, por imágenes antiguas y otras inventadas.

Dramáticamente inventadas.

Imaginaba a Lyam, solo. Afrontando un tratamiento que requiere apoyo, pensando que tal vez moriría, mientras yo me encontraba en casa disfrutando de Lucas. Nuestro Lucas.

¡Oh por dios! Tenía que impedirle a mi imaginación volar libremente.

— Lyam, lo siento. Te lo juro.

— No seas condescendiente conmigo sólo porque estuve a gravemente enfermo y a punto de morir —soltó de pronto intentando parecer casual.

— No estas ayudándome —murmuré sosteniendo mi cabeza sobre mis manos.

Mi padre debía saber la situación de Lyam, de ahí la insistencia en que lo confesara. Y yo la muy idiota le había cortado la llamada a su enfermera, no a una chica. No a *su* chica.

Lyam podría haberse enterado de Lucas muchísimo antes, pero como siempre actué antes de analizar o investigar la realidad de la situación.

— Deja de ser ridícula —me retó—. Estoy aquí, y estoy bien. Además, debo reconocer que a la larga ha sido para mejor.

— ¿Qué quieres decir?

— Eso —dijo, se puso de pie y comenzó a dar brincos cortos, imitando la acción de quien salta la cuerda—, me siento más ligero, creo que incluso puedo llegar a saltar más alto que antes.

Reí—. Solamente alguien como tu puede verle la gracia a esta situación.

Lyam giró alrededor de la mesa que nos separaba y acortó la distancia. Tomó mi taza de café y bebió de él despreocupado—. Lo sé. Ya pasé por lo peor —añadió encogiéndose de hombros—, ahora quiero encausar mi vida.

Entrecerré mis ojos—. ¿Cómo se lo diré a Lucas?

— Ya habrá tiempo. ¿Qué es lo que sabe hasta ahora?

— Que lo encontré en el mercado dentro de un repollo.

Su cabellera se agitó cuando una banda de carcajadas brotó de sus labios. Se veía despreocupado, encantador.

Resplandeciente.

Detuvo las risotadas y me miró serio— Bien, pues podemos decirle que fui yo quien sembró ese repollito —para mi sorpresa, curvó los labios en una media sonrisa que me robó el aliento—, así que eso aclararía las cosas.

— Deja de bromear.

— ¿Crees que no me va a querer?

— ¿Lo quieres tú?

— ¿Cuál es la respuesta correcta a eso? —. Me miró y esperó. Ambas manos, largas y delgadas, abrazaban la taza de café como si intentara sostenerse de alguna manera en ella. Había pasado de radiante a preocupado. Se veía confundido y, de alguna manera, frágil.

— La real.

Tomó aire antes de contestar. —Bueno, Lucas es un niño especial y el hecho de que sea mi hijo lo vuelve más especial —habló manteniendo la distancia, pero inclinándose levemente hacia mí—, pero no lo conozco —susurró. La frustración rezumaba su voz y me sentí culpable, nuevamente. A este paso estaba plenamente consciente de cumplir cadena perpetua en el infierno—. No sé nada de sus gustos a excepción de las cosas que mi madre me ha contado. Me siento ligado a él, pero no sé muy bien qué es lo que siento. Intento parecer calmado a su lado, y seguro, pero me da un poco de miedo.

— Debe ser su color de pelo, es muy poco común, suele asustar a todo el mundo.

Sus labios se curvaron hacia arriba, divertido. —Bry…

— ¿Te sentiste extraño cuando lo viste?

— ¿Bromeas? Estaba aterrado, fue como viajar al pasado y verme a mí mismo. No lo sé, quiero hacer las cosas bien, supongo.

— Hagámoslas bien entonces.

— ¿Qué quieres decir?

— Pasa mañana por él. Compartan, salgan. Conócelo, y enamórate de él. Lucas es maravilloso y te va a encantar.

— ¿Y nosotros?

— Las cosas no han cambiado entre nosotros —mi voz sonaba plenamente bajo control, apropiada para una conversación de ese tipo, una que aclarara las cosas. O al menos eso esperaba.

Una de las comisuras de sus labios se alzó en una media sonrisa. —Oh sí. Claro que han cambiado.

— Lyam…

— ¿Bry…? —Su melodiosa voz sonaba ligeramente arrogante.

— Llevemos la fiesta en paz.

— No soy el mismo de antes —habló recuperando la compostura y alejándose un paso.

Cuando al fin pude volver a respirar sin temer volverme adicta a su perfume, hablé—. Por lo mismo. Yo conozco al Lyam de diecinueve, veinte, veintiuno…pero al hombre de veintiséis años, de pie frente a mí, no. Debo reconocer que es bastante más educado que el jovencito ridículo que conocí.

— O sea que… ¿me prefieres ahora? —acució fanfarrón elevando ambas cejas de manera sugerente. Se acercó nuevamente un paso y se irguió frente a mí.

Puse mi mano sobre su pecho y lo empujé juguetonamente. Esperaba que no confundiera las cosas, pensando que estaba coqueteando con él. Aun cuando eso era justamente lo que acababa de hacer.

— Enfócate Lyam... —dije, pero mi discurso paternalista fue prontamente interrumpido con un beso.

Ansioso, aplastó sus labios contra los míos, esclavizándome con el roce de su lengua, la cual aprovechándose de mi asombro, entró cual torbellino.

—Tengo veintisiete —murmuró con voz ronca, antes de volver a besarme—. Casi veintiocho.

— No —dije en un suspiro tembloroso. Mi resolución estaba comenzando a hacerse añicos cuando una de sus manos se posicionó con poderío bajo mis costillas.

— Bryanna, por favor —suplicó sin ceder ni un milímetro—. No le niegues su último deseo a un pobre terminal. Es un beso.

Estaba segura que esto me traería serios problemas con mi conciencia luego, pero después de todo Lyam tenía razón, no podía no cumplir el deseo de un hombre enfermo.

— Ya no estas enfermo. Tú lo dijiste.

Sin separar nuestros labios, tomó mis manos y las posicionó en su espalda, sujetando cariñosamente mis muñecas.

—Claro que sí, estoy enfermo por ti. Siento que agonizo y la cura para mi mal son tus labios, ¿ves? —Inquirió mordiendo suavemente mi labio inferior, tirándolo con cuidado—, ya comienzo a sentirme mejor. Apuesto que mis mejillas están tan rosadas como las tuyas.

No había nada que mi boca pudiese hacer en aquel momento salvo seguir besándolo. Ya tendría tiempo para lidiar con mis miedos y mis preocupaciones. Por ahora, estaba cumpliendo con mi deber moral.

Definitivamente podría dedicarme a la caridad si ésta me hacía sentir tan bien.

14

Conocer o reconocer

Siempre me había burlado de las personas inseguras y que vivían cometiendo errores de cálculos, mejor llamados, “Falta de comunicación”.

Ahora era el vivo ejemplo de aquella afirmación.

La inmadurez me había hecho ver el orgullo como un arma para proteger mi dignidad, sin pensar en todo el daño que producía. Incluida a mí misma, pues cada paso dado anteriormente, además de dejar una estela de dolor tan grande como *la Estatua de la Libertad*, me volvía cada vez una persona más cobarde.

Definitivamente la cobardía es el peor sentimiento.

Un beso. Sólo eso. Puro, simple, entregado. No segundas intenciones ocultas en las manos fuertes que gentilmente se deslizaban por mi espalda deteniéndose en mi cintura. Sentía la respiración acompasada de Lyam en mi labio superior, su aroma invadiendo mis fosas nasales, atravesando todas mis barreras autoimpuestas. Sus labios suaves, ansiosos y correctos. Dolorosamente correctos. Sin querer reconocerlo, los había anhelado todos estos años.

No quería pensar, sabía que si lo hacía, el peso de la realidad y la incertidumbre me arrastrarían en una oleada de pensamientos confusos.

Lyam inspiró profundo antes de detenerse y separarse unos pocos centímetros de mí, para poder observarme.

— Extrañé esto —susurró soltando un sonoro suspiro. Sus manos, aún en mi espalda, me acariciaban con movimientos circulares. Irónicamente todas mis dudas se disiparon en cuanto abrí mis ojos y lo vi.

Era raro lo íntimo y tranquilo que se sentía todo en aquel momento.

— Yo también —confesé con cierta reticencia. La sonrisa que se plantó en el rostro de Lyam fue tan genuina, que no pude arrepentirme de decirlo.

Se sentía como si lo viera por primera vez. Ver en realidad más allá de toda aquella mascara de compostura y de sus acciones anticipadamente calculadas. Me encontraba frente al hombre de mis sueños, idealizado quizás, pero feliz.

— ¿Y ahora qué hacemos? —inquirió ceñudo. No tengo recuerdo alguno de haberlo visto preguntar algo alguna vez. Era la primera vez que lo veía dudar.

Aun cuando mi cabeza vitoreaba; *"dignidad, dignidad, dignidad",* una y otra vez, como siempre que el tema a tratar era el hombre frente a mí, por primera vez decidí mandar a callar ese pensamiento. Ya bastante daño había hecho mi súper sentido común, y mi falso orgullo.

Me encogí de hombros antes de contestar—; No lo sé, dímelo tú. Estoy cumpliendo tu último deseo, ¿recuerdas?

— A decir verdad, no imaginé que lo harías —dijo soltando una risotada.

— Pues ya somos dos —murmuré rodando los ojos. Lyam se irguió por completo, dejándome a unos buenos veintiséis centímetros al menos más baja y me miró intensamente. Parecía escudriñar cada milímetro de mi rostro—. ¿Qué? —Inquirí toscamente—, ¿quieres una foto? —me burlé.

— Ya tengo una —dijo con soltura. Como si aquello fuese lo más natural del mundo.

— Mentira.

— Yo no miento, lo sabes —replicó. Sus brazos, cálidos, dejaron su lugar en mi cintura y se dirigieron al bolsillo trasero de sus vaqueros, sacó su billetera de cuero, la misma que mantenía la fotografía de Lucas y metió la mano para darme la prueba de su afirmación—. Mira.

La imagen ante mis ojos hizo que el corazón se me encogiera. Era una fotografía mía de las vacaciones en la casa Hayes, desgastada en los bordes y algo descolorida. Estaba la mitad de ella, al lado, en donde mi brazo derecho descansaba, faltaba mi mejor amiga.

"— Ven, quiero que tener un recuerdo de cuando nuestras pieles aún estaban completamente perfectas.

— Cuando "tu" cara estaba completamente perfecta —bufé de mala gana—. Maldita bastarda de piel de porcelana. ¿No eres una adolescente igual que yo? ¿Por qué no tienes ni un solo grano? Eso no puede ser justo. Espero que cuando cumplas treinta las arrugas te dejen ciegas.

— ¡Oh Bry, deja de ser así! ¡¡Lyam!! —Gritó para despertar al flojo que dormía bajo los matorrales del jardín de la casa veraniega del Hayes—. Haznos una foto —continuó lanzándole la cámara cuando la miró.

Se limitó a gruñir antes de incorporarse, con la cámara en su mano derecha y la otra sobre el nido de pájaros que tenía por cabello.

— Ven aquí Bry, abrázame como si me quisieras —ordenó Lena. Estaba nerviosa. No quería posar y mucho menos cuando el fotógrafo se trataba del hermano de mi mejor amiga a quien no conocía demasiado y él que por cierto, me había besado en su dormitorio cuando apenas sabía su nombre—. ¡Venga ya! Este es el último día, quiero tener un recuerdo de estas vacaciones.

Asentí, rodé mis ojos y fruncí el ceño. Miré a Lyam, quien alzó una ceja y se rió—. Deja de hacer morisquetas Selene.

— ¿Selene? —interrogó Lena.

— No preguntes o te castigare en el nombre de la luna —exclamé en una pobre imitación de "Sailor Moon". Las risotadas de Lyam no se hicieron esperar, uniéndose rápidamente las de Lena y luego las mías. Sin enterarme, el flash de la cámara nos anunció que la foto estaba lista"

— Lena dijo que esa película se había extraviado en el viaje de regreso —balbuceé sin dejar de observarla. Me veía tan despreocupada, reía abiertamente, mientras los mechones de mi flequillo cubrían casi por completo mi frente. Realmente parecía feliz.

— Digamos que se perdió dentro de mi bolso —soltó Lyam, encogiéndose de hombros, viéndose algo avergonzado.

— ¡Lyam!

— ¿Qué? —Acució elevando ambas cejas—. Tenía un montón de cosas en él.

Me reí. No pude evitarlo. De alguna forma sentía qué, el simple hecho de que él conservara una foto desde hacía tantos años, fuera algo importante.

— No sé si burlarme por que hayas conservado una foto mía desde hace tanto tiempo o sentirme honrada —medité sonriendo—. Creo que voy a burlarme de ti.

— *¡Ey!* —exclamó arrebatándome el retrato. Se veía molesto, pero su sonrisa, tirando de la comisura de sus labios, lo delataba—. Tú no estás en pie de burlarte de nadie —continuó frunciendo el ceño—. O sea, conservaste un hijo mío, eso vale mucho más.

¡Y he aquí al gran superior padre de todos los imbéciles!

— ¡Por supuesto que vale más! —grité. A veces me costaba comprenderlo, era abogado, de las jóvenes promesas, pero tenía unas salidas de madre épicas—. Lucas versus un trozo de papel tiene todas las de ganar.

— Lucas fue hecho a mi imagen y semejanza.

— ¡Oh por dios! —gemí tapando mi boca para no reírme—. Siempre supe lo ególatra que podías llegar a ser pero esto me parece ridículo —mascullé sacudiendo mi cabeza—. ¿Tienes las demás fotos?

Negó con su cabeza. —No. Era la única en la que tú aparecías.

— Lyam —suspiré con cierto aire de frustración. ¿Me encontraba frente a otro hombre? O este era realmente él. ¿Siempre había sido así? Definitivamente me sentía confundida—. Estoy hecha un lío.

— No te estoy proponiendo nada, *aún*. Sólo juntémonos, dejemos que las cosas fluyan, y permíteme estar cerca de Lucas. Conozcámonos.

Los verdes ojos de él brillaban intensamente bajo la luz artificial de la cocina. Parecía todo tan fácil cuando me dejaba llevar, pero me sentía confundida. ¿Simplemente dar vuelta la página y avanzar? ¿Era eso lo que en realidad tenía que hacer?

Conocer a Lyam, dejarlo entrar nuevamente a mi vida podría traer consecuencias terribles en ella, pero eso era simplemente porqué yo seguía teniendo la imagen de un adolescente desvergonzado e irresponsable. ¿Era realmente así?

Si Lyam ya había tenido una orqui…orquídeo...orquidemio… ¡operación de mierda! cuando estaba con Norah, era lógico que no la abandonara.

— ¿Conozcámonos? —Repetí arrugando mi frente— ¿Cómo? El juego de las veinte preguntas me parece realmente ridículo.

— ¿Y el de las veinte salidas? —replicó rápidamente.

Fruncí el ceño— ¿Qué?

— Eso, salgamos, a cenar. Un día de estos. Hoy por la noche.

Lo miré—. ¿No estás un poco “demasiado” ansioso? —me mofé.

— Sólo un poco —declaró mordiéndose el labio—. Me siento peor que un adolescente.

— Eso es porque sabes lo que puedes causar si te equivocas.

— Bry…

Alcé el rostro para mirarlo— No lo decía por ti en particular —aclaré interrumpiéndolo—. Generalizaba.

— Ya veo.

— ¿Qué te parece si me abrazas durante un tiempo más y luego vamos por Lucas?

— ¿Me dejas besarte otra vez?

— ¿Cuál de todos los Lyam me lo está pidiendo? ¿El enfermo terminal o el arrogante hombre de negocios?

— No creo que quiera encajar en ninguno de los dos —resopló acercándose nuevamente a mí y descansando ambas manos sobre mi cintura—. Digamos mejor que Lyam Hayes —añadió soplando un mechón de mi cabello que caía sobre mis ojos—, el padre de tu hijo —continuó, besando mi frente—, quien te extrañó mucho.

— Me parece justo —dije cerrando los ojos.

Por primera vez en mucho tiempo simplemente quería ser sostenida por él, aun cuando no quisiera admitirlo, había imaginado este momento en muchas oportunidades.

15

Día en familia

— ¿Por qué tienes que ser tu quien conduzca? —me quejé tomando lugar de copiloto. Antes de salir de la casa de Lyam, él me había quitado mis llaves y ahora, estaba acomodando tranquilamente su cinturón de seguridad—. Es mi camioneta —le recordé.

Estaba a punto de meter la llave y hacer contacto, pero se detuvo y se giró para mirarme—. Bry, por favor, conduces como una tortuga, quiero llegar a casa de mis padres antes de la graduación de Lucas.

Sentí ganas de darle un puñetazos justo ahí, donde le faltaban los huevos.

— ¡No es verdad! —exclamé. Una nota más alta y me convertía en Lucas haciendo un berrinche—. Conduzco de las mil maravillas —agregué más calmada—, el que no sea una loca de la velocidad, no me convierte en una lenteja.

— No quiero discutir por esto.

— Entonces, devuélveme las llaves de mi camioneta y cámbiate a este asiento.

Lyam me observó de reojo con una mueca picara en los labios— ¿Me estás haciendo una propuesta indecente Selene? —acució enarcando una ceja.

— Lyam, por favor, deja de decirme Selene o comenzare a llamarte *Tuxedo Mask.*

— No puedes hacer eso, al menos no cuando estoy sin la máscara, todos descubrirían mi identidad secreta.

Quería sacarle la lengua o partirle la cabeza con un alicate. Ambas las descarté; la primera era demasiado infantil y la segunda, pues…bueno, supongo que esa no la deseché por completo, sólo la reprimí.

— Está bien, *Darién Shields* —me burlé enojada. Crucé los brazos a la altura de mi pecho y me dejé caer contra el respaldo, mientras sus risotadas resonaban dentro del vehículo—. Nunca he podido comprender como conoces tanto sobre *Sailor Moon*.

— Este asunto de Selene, fuiste tú quien lo tergiversó. Yo te hablaba de historia, mitología. La manga no tiene nada que ver.

— De todos modos, conoces cada uno de los personajes.

— Tengo dos hermanas, ¿recuerdas? Cuando pequeños Lena me hizo usar mascara y llevar rosas rojas a su internado. Todavía no se lo perdono, es una burra, ella siempre fue *Sailor Mercury*. No tenía ni una sola posibilidad conmigo.

— Dugh. Asco.

Con mis instintos asesinos medianamente aplacados, enfoqué mi vista en el frente. Lyam encendió la todoterreno y nos pusimos en marcha de vuelta a la casa "familiar". No quería ni imaginar la cara que pondrían todos cuando nos vieran llegar juntos, solos y vivos. El último pensamiento de todos modos, lo dudé por media hora de camino, pues Lyam en verdad conducía como un loco. No lo detenía ni la nieve, ni los cruces peatonales.

Intenté mantener la poca cordura que me quedaba durante el viaje, pero era imposible— ¡Lyam, baja la velocidad! —Grité aferrándome con ambas manos a mi asiento— ¡¡No quiero un hijo huérfano antes de siquiera conocer a su padre!!

Él simplemente soltó un bufido y resopló—; Exagerada.

— No lo soy. ¿Sabes siquiera lo que significa la luz amarilla en ese semáforo?

— Si, que si no nos apresuramos no alcanzaremos a cruzar.

— ¡No grandísimo idiota! —exclamé. En verdad me estaba costando toda mi paciencia reprimir el pánico que me envolvía el estómago—. ¡¡Significa que debes detener la…!! —intenté continuar, pero un grito salió desde lo más profundo de mi miedo y mis pulmones, impidiéndome por completo terminar la frase. El muy hijo de puta acababa de acelerar la velocidad y cruzó en el mismo instante que la luz amarilla se convertía en roja.

—Te lo dije, exagerada —repitió, sonriendo burlonamente. Quería borrarle esa estúpida sonrisa a punta de martillazos—. ¿Qué pasa que vas tan pálida?

Me observé en el espejo retrovisor para asegurarme de que mi rostro no se hubiese convertido en el de un zombi—. Omitiendo el hecho de ver pasar mi vida por completo ante mis ojos, y que gracias a ti comienzo a saborear nuevamente el café en mi lengua, soy pálida por naturaleza.

— ¿Y el tono verdoso ese que repentinamente adorna tus mejillas es debido a la falta de betacaroteno en tu dieta?

— Lyam, no abuses de mi paciencia. En verdad, estoy a dos latidos de una aneurisma.

— Tranquila —dijo, soltando la palanca de cambios para poner su mano sobre la mía. Le dio un ligero apretón y de reojo me observó—. Soy un poco imprudente, pero es que estoy demasiado ansioso. Quiero compartir con Lucas y contigo. Así que no te asustes porque nunca te va a pasar nada malo conmigo.

— ¿Seguro?

— Nunca más, Bry —contestó con completa seguridad—. Te lo juro.

Ese definitivamente fue un momento de los más bizarro. ¿Yo confiaba en Lyam? Al parecer mi rostro gritaba que sí, pero como siempre, las dudas no se iban tan rápido como el velocímetro de mi camioneta.

Al llegar a casa de la familia de Lyam, no me extrañó nada qué, como siempre, Lucas fuese el único despierto. Noel y Lena estaban recostados en el gran sofá de la sala, con sus ojos cerrados y roncando, mientras mi hijo veía una película de Winnie the Pooh, en donde Tigger hacía su típico *"Up de luper, lup de luper súper rebotar"*. Al ritmo de la canción, mi pequeña bestia traviesa, se dedicaba a saltar de un sillón a otro.

— ¡Mami! —gritó apenas me vio.

Lena, quien temía otro reto de mi parte, abrió los ojos de golpe y comentó media adormilada—; ¡Oh si, Noel, es una excelente película!

Le atizó un codazo a su cuñado en el centro de las costillas.

Él pelinegro, quien era muy conocido por su mal temperamento al despertar, frunció el ceño y como un perro ciego intentó mirar a Lena— ¿Qué jodida mierda pasa en tu diminuta cabeza? —acució incorporándose con torpeza.

— ¡Noel! —Lo retó Molly, quien acababa de entrar en la sala— ¡Cuida esa boca, está el niño! —anunció enojada, señalando a Lucas con un movimiento de su cabeza— ¡Y límpiate esa saliva que tienes en el mentón!

Lucas los miró a todos y susurró—; Las nenas no deben gritar —en el oído de Lyam.

Espera un segundo.

En verdad acababa de dar un salto a los brazos de Lyam, quien al igual que todos en aquel lugar se había quedado como piedra.

— ¿Qué? —pregunté ceñuda saliendo lentamente de mi estado de shock inicial. Lucas era un chico cariñoso por naturaleza, igual a su abuelo, así que no era de extrañar que se diera con su padre, se supone que la sangre tiraba más que yunta de bueyes, ¿no? Al menos eso era lo que decía papá, a quien claramente nunca le entendí ni media palabra.

— Nada mami —habló mi hijo abrazando a Lyam por el cuello—. Es charla de chicos, ¿cierto Lyam?

— Eh… ¿sí? —dudó el aludido observando a todos los presentes, en busca de alguna señal que le advirtiera que debía responder a ello. Me reí y elevé mis pulgares para hacerle saber que estaba en lo correcto.

Era indudable de la química que existía entre ambos. Una hora más tarde, instalados en una de las mesas de la pizzería de don Bartolo – por invitación de Lyam –, comíamos y reíamos de cualquier cosa.

Lucas, como cualquier niño al conocer una nueva persona, y sobre todo cuando ésta le prestaba completa atención a él, estaba ofreciendo el espectáculo del siglo. Cantaba, se reía, incluso, cuando una canción de *Ne—Yo* sonó en la música de ambiente, se subió a una silla y bailó. Encantador.

Habían charlado de todos los dibujos animados preferidos de mi hijo y obviamente Lyam con suerte conocía Plaza Sésamo.

— Antonio dice que soy el monstruo come galletas, por eso me llamo Lucas —empezó a comer felizmente mientras hablaba—, ¿cierto mami?

— Aja. Deja de balancearte en la silla que te puedes caer.

— Que suerte que no te gustaba *Snoopy* —murmuró Lyam, sarcásticamente, elevando una ceja antes de beber un sorbo de su Coca cola. Sentía mis mejillas hirviendo ante el rumbo incomodo que acababa de tomar la conversación—. Yo te hubiese nombrado Darién —agregó colocando su mano sobre mi pierna, provocando que me atragantara con el trozo de pizza que acababa de meter en mi boca.

— ¿Daniel? —preguntó Lucas, quien obviamente seguía desafiando mi precaria autoridad y continuaba moviendo la silla, impulsándose con sus pies, haciendo que dos de las cuatro patas se levantaran y volvieran a golpear el suelo— Tengo un amigo que se llama así.

— No, Darién —aclaró Lyam con una sonrisa burlona.

Lucas sonreía y seguía hablando, mientras comía, llenaba su boca de bebida y movía la silla. Era capaz de sentir la vena sobresaliendo en mi frente—. A mí me gusta Benjamín, como Ben 10. Son mis caricaturas preferidas. Antonio me regaló un *Omnitrix* en mi cumpleaños.

El rostro del hombre frente a mí, estaba comenzando a adquirir lentamente un color rojizo, típico de cuando se enfurecía y debía disimularlo de alguna manera. Bebió de un sorbo el resto de su bebida y forzó una mueca similar a las sonrisas.

— ¿Te llevas muy bien con él? —le preguntó a mi hijo. Nuestro. A nuestro hijo.

— Sip. Mi mamá también.

¡Oh, por dios! ¡Un inhalador! Sentía que en cualquier momento me daba un ataque de asma, o al corazón. Sino, buscaría una escopeta y me suicidaría ahí mismo. Mi sangre sería el reemplazo de la salsa de tomates.

Estaba convertida en toda una reina del drama.

— Ya lo creo que si —masculló entre dientes.

— Somos buenos amigos —balbuceé ante la mirada afilada de Lyam—. Lucas deja de balancearte en la silla. ¡Por última vez, hijo haz caso!

— Miren, soy un monstruo “tedofifico” —profirió mi hijo, bien apodado “pequeño demonio”, alzando ambas manos llenas de queso y algo de tomate. Movía sus deditos y salpicaba comida a todas partes mientras seguía moviendo la silla.

— ¿Tedofifico? —Repitió Lyam carcajeándose de lo lindo— Terrorífico, Lucas. Terrorífico —corrigió con cariño.

En realidad el cuadro que representábamos los tres juntos, cenando pizza, y riendo, era bastante decente. Mucho mejor que estar de los pelos como me imaginaría que sería.

— No entiendo por qué no puede hablar bien, ya tiene cuatro años —dije, acercando unas servilletas para limpiarle las manos al monstruo terrorífico.

— Es solamente un niño. Dale tiempo, aún es pequeño. Además —añadió cogiendo un trozo de pizza para darle un mordisco—, si no quieres que hable así, no le permitas ver Whinnie the Pooh. ¿Has oído como habla Tigger? —Preguntó de manera retórica—. No me extraña nada que aún no conozca la letra “R”.

Tenía un punto. Un buen punto. Tigger en realidad hablaba como un niño con serios trastornos de lenguaje.

— Quizás tengas razón —coincidí con reticencia. Últimamente estábamos concordando en más cosas de las que quería admitir.

— Oh, por supuesto que la tengo —replicó Lyam quien seguía masticando elegantemente su trozo de masa y lo odiaba por ello. Se veía impecable comiendo, como un anuncio de Pizza Hut, con el chico guapo, con una pierna sobre la silla y el codo apoyado sobre la mesa—. Lucas, hijo, deja de balancearte en la silla, hazle caso a tu madre —soltó de pronto, colocando su mano sobre la de mi hijo, con toda la naturalidad del mundo. Lucas lo miró y se sentó bien obedeciendo de inmediato, con una sonrisa en su rostro correspondida de igual manera por Lyam.

Fue como un capítulo del “Encantador de perros”, claro, mi hijo no era un perro, y yo acababa de sentirme una mierda de madre al compararlo con uno, pero seamos honestos, Lucas puede ser todo un amor, excelente hijo y muy inteligente, pero es desobediente como nadie.

Luego de la experiencia más bizarra e increíble de mi vida, en donde nos habíamos convertido en la típica familia feliz a los ojos de todo el mundo, volvimos a mi todoterreno, esta vez siendo conducida por mí, y nos dirigimos a mi casa.

Había anochecido y Lucas estaba exhausto. Para mi sorpresa, Lyam lo había sacado de su silla y sin permiso se había metido en la casa, subido las escaleras y entrado a mi dormitorio. Dejó a Lucas sobre la cama y le quitó las botas. Lo observó durante unos segundos y rió quedito para no despertarlo.

— ¿Qué pasa? —susurré frunciendo el ceño.

— Ahora entiendo porque mi madre me ponía pantalones con esos ridículos parches oscuros en las rodillas. ¿En qué momento se arrodilló sobre el queso y el tomate?

— Ni idea —contesté pasando al lado de Lyam para buscar un pijama para mi hijo—. Es una lástima que aquí nunca haga calor. Tengo un montón de pantaloncillos cortos que nunca podrá usar —dije enseñándole uno de los jeans de Lucas que de tanto gastarle las rodillas había sido cortado y transformado en bermuda.

Lyam volvió a reír y se sentó sobre la cama. Siguió mirando a Lucas durante un buen rato y yo intenté no prestarle atención. Obviamente había resultado ser un rotundo fracaso y cada vez estaba más atenta a cada gesto de él con mi hijo. Lo miraba maravillado, como si fuese el tesoro más preciado del mundo. Acarició sus mechones con tanto cariño que sentí ganas de vomitar por la culpa.

Una parte de mi quería retroceder el tiempo y gritarle que estaba esperando un hijo, sustituir la cara de Antonio en cada uno de los momentos importantes de la vida de Lucas por la de Lyam y atarlo a mi vida. Pero la otra, la más realista y sensata, me decía que cruelmente todo había resultado ser mejor así. Después de todo, Lyam si había cometido errores, los cuales, de haber continuado juntos en aquel momento, hubiesen sido el cimiento de arena de nuestra relación.

A veces, parecía sentir que podía controlarlo todo. Que aquella espina oculta, alejada de la vida de los demás y de mi misma, no molestaba. Y cuando aquello pasaba, siempre intenté mantenerme erguida, con la cabeza en alto y el orgullo como arma de defensa. Pero, inevitablemente, cuando menos lo esperaba, ésta salía a flote y me dejaba al descubierto y vulnerable. No quería volver a sentir cosas por Lyam. Juro que no quería, pero dios, cuando me miró con esos ojos verdes, impresos de ternura y amor infinito que sólo yo, como madre, podía compartir y comprender, fue inevitable.

Seguía amando a ese hombre. Amándolo con cada partícula de mi cuerpo.

— Hoy ha sido un día estupendo —murmuró luego de besar la frente de su hijo y ponerse de pie para salir de la habitación. Asentí cuando me miró y lo seguí por el vestíbulo hacia las escaleras—. Gracias Bryanna. Me has hecho un hombre inmensamente feliz —continuó, tomando mis manos e inclinando el rostro para verme directamente a los ojos— y cursi. Pero lo último será mejor que no se lo digamos a nadie.

Lyam siempre había sido, a pesar de su agudo sentido al tomar decisiones, espontáneo. Demostraba una seguridad innata para vivir y nunca se equivocaba. Yo por otro lado, vivía mi vida con prudencia y cierta amargura de vez en cuando. Desde pequeña había sido así. Cada una de mis acciones era en base a un meticuloso estudio de pros y contras. Analizaba cada decisión minuciosamente, pero a pesar de mi inquebrantable cautela y mis infructuosos estudios, era yo quien se sentía como mierda. Yo, que cuidé de Lucas desde bebe no tenía más opción que admitir, a pesar de mi negación absoluta, que me había equivocado.

— ¿Qué haremos de aquí en adelante?

Él ignoró el real significado de mi pregunta y sonrió ampliamente, enseñando sus blancos y relucientes dientes. —En un futuro próximo, me besaras.

— ¿Qué tan próximo?

Esbozó otra sonrisa— Ahora mismo.

Tan pronto como cerré los ojos, una mano voló hacia mi rostro y otra me rodeó la cintura. Sentí sus labios, suaves y ansiosos sobre los míos. Su lengua aún mantenía un ligero sabor dulce, a bebida.

Enlacé mis brazos a su cuello y sonreí contra su boca, estaba tan concentrada que no fui capaz de pensar en nada más fuera de los deliciosos labios que me besaban. De todos modos debería haber estado más atenta. Si lo hubiese estado, no habría sido sorprendida por los sigilosos pasitos del pequeño Lucas, quien desde la puerta del dormitorio gritó—; ¡Los pillé!

Mierda.

“— ¡Lucas deja las cosas ahí! —grité, con la voz rezumando frustración.

Me sentía incapaz de comprender a que se refería la hoja de instrucciones, al poner que la parte B debía ir unida a la C, por debajo de la F, que a su vez, estaba conectada con la A. —Hijo por favor —agregué con cansancio—, ¡no te metas en la boca la parte D!

Era nuestro primer verano sin salir de la ciudad y, aunque encontrar un día soleado aquí, era tan difícil como hacer que Lucas me obedeciera, este verano en particular, parecía desobedecer completamente a la norma de tiempo lluvioso.

Llevaban ya dos semanas de intenso calor, en donde el termómetro registraba un alza de dos décimas en la temperatura. Algo realmente histórico y gracias a lo cual la tienda de los Johnson estaba volviéndose millonaria a base de las ventas de piscinas y con Lucas no pudimos quedarnos atrás.

— Mami, yo voy a patinar en la piscina —dijo Lucas entusiasmado dando vueltas alrededor de la goma azul que aún no era capaz de levantar del suelo.

Lo miré de reojo— Es para nadar —farfullé a penas, ya que con mi boca afirmaba una pata de goma, para poder liberar una de mis manos y, así, limpiar la gota de sudor que escurría por mi frente.

— No importa —replicó encogiéndose de hombros—. Yo quiero patinar.

Solté un suspiro caliente, y juro que quería apretarle el cuello, sólo un poco, nada que le hiciera daño— ¿Y por qué no me lo dijiste antes? —Inquirí entrecerrando los ojos—. Los patines los venden armados.

— Mami, quiero patinar en el agua —exclamó riendo, mientras me enseñaba unas ruedas que se abrazaban a sus pies.

— ¡Oh, no Lucas! ¡Ni siquiera lo pienses! No te meterás con esas ruedas a la piscina, o lo que sea que logré armar.

— ¿Por qué no?

— Porque se puede rajar el plástico y todo el esfuerzo de mami quedaría reducido a nada.

— ¿Qué? —preguntó enarcando una de sus pequeñas cejas con gesto interrogante.

— Porque dije que no y se acabó. Fin del asunto.

— ¿Y la vaquita?

— ¿Ah?

— ¿Puedo meter mi vaquita?

— No.

— ¿Por qué no?

— Porque las patas de tu vaquita… —dije con esfuerzo, mientras levantaba la segunda pata lateral, viendo por primera vez en más de una hora que la piscina comenzaba a adquirir forma. Con un poco de suerte antes de cenar podría verla lista.

— ¿Qué tienen las patas de la vaca?

— Son un poco filosas y si la pisas puedes romper la piscina.

— ¿Y mi torito? Ya no tiene patas, ¿me puedo meter con él?

A decir verdad, creo que lo hacía a propósito—. ¡No Lucas, no!, con nada. El toro tiene cachos y esos también pueden dañar tu piscina.

— ¿Y mi…?

— ¡Lucas con nada! —exclamé exasperada— ya te lo dije, con nada. Fui clara y no quiero que metas nada en la piscina. Nada ¿Entendiste? Ninguna cosa, nada.

— Quería el patito —murmuró bajando la cabeza y asomando de manera exagerada su labio inferior formando un puchero.

— ¿El de hule? —inquirí alzando la cabeza para mirarlo bien. No soportaba ver su cara triste.

— Ajá —balbuceó moviendo las caderas de un lado a otro.

— Ah bueno, con ese si puedes meterte.

Lucas gritó un emocionado ¡sí! y salió corriendo en dirección a la casa. Las diabólicas ruedas habían quedado en el camino, sobre el césped. Al menos ya no arruinarían la piscina.

— ¿Necesita ayuda la signorina? —preguntó Antonio desde mi espalda. No tuve que girarme ni nada, reconocería su voz en cualquier lugar, ese acento tan marcado, era imposible obviarlo.

Sonreí y desde mi posición, arrodillada y con las rodillas llenas de tierra, el sudor escurriendo por mi frente y seguramente apestando, lo miré. Por supuesto él se veía impecable, informal, de sandalias y bermudas, el pelo mojado y sosteniendo una lata de coca cola en una de sus manos.

—No me viene nada mal.

—Ten —dijo dándome la lata de refresco, fría, por poco congelada. Me puse de pie y fue en aquel momento cuando su aroma me vació el estómago. Conocía ese perfume, era el mismo que usaba Lyam. Dios, casi sentí ganas de abrazarlo, arrancarle la ropa y quedármela para poder olerla. Sí, estaba realmente mal, ya que lo correcto en esa frase, era hacer algo diferente a estar como un perro tras el rastro de su amo, pero no podía evitarlo. Memoria emotiva le llaman, yo le digo estupidez, masoquismo, ser una completa retardada…

— ¡Listo! —exclamó de pronto Antonio sacándome de mi ensoñación, admirando su obra realizada.

La cosa plástica azul, era en verdad una piscina. Realmente increíble.

— ¿Cómo lo hiciste?

—Fiorella me hace armar toldos como loco, una piscina es cosa de niños —dijo, pero algo en mi expresión debió alertarlo ya que de inmediato se corrigió—. Bueno, cuando pasas rodeado de estas cosas. Cuando no, puede ser una pesadilla intentar armar una.

—Como sea. Gracias.

Horas más tardes Lucas estaba sentado sobre las piernas de Antonio, con la cabeza recostada contra su pecho, mientras el helado de chocolate escurría por sus brazos. Ambos veían televisión, hablaban de todo y reían por nada. Todo dentro de los parámetros normales en un dialogo entre un adulto y un niño de tres años y medio, por eso no puse demasiada atención hasta que ya era demasiado tarde.

—Tigger tampoco tiene papá. Es como nosotros.

—La familia, Lucas, es quien te cuida y te protege. Tienes una mamá maravillosa, tíos, abuelos.

— ¿Papá?

—Mi pequeño, tu mamá es igual a "Head and Shoulders", dos en uno.

—Quiero tener un papá, las familias tienen papás y yo no. Quiero uno, de verdad —rezongó Lucas, por primera y única vez—. Con pilin.

¿Bastaría ponerme una salchicha en mi pantalón?...seguramente no"

16

Confesiones endulzadas

Santísima. Mierda. ¡Oh, sí! Santa y jodida mierda.

Lucas aún mantenía el resto de su cuerpo escondido tras la puerta, pero sus ojos, verdes y brillantes, observaban la escena con una maravillada esperanza reflejándose en ellos. Su sonrisa era tan amplia que me recordó al sombrerero y he de confesar que por un segundo me asustó, solamente hasta que sus cejas comenzaron a alzarse con un gesto demasiado sugerente para alguien tan pequeño como él. Ahí definitivamente sentí mucho más que pánico invadirme.

— ¡Lucas Antonio! —Grité colocando ambas manos en mi cintura y golpeando el piso con mi talón—. ¡Vete ahora mismo a la cama!

— Pero mamá…—rezongó formando un puchero.

Lo miré a través de mis entrecerrados ojos, creando aquella mirada de "*soy yo quien manda"* y repetí—; A la cama, ahora.

Estoy segura que cualquier persona que me viera, estaría segura que aquel susurro con el terminé hablando era el clásico de un asesino en serie, esos que esconden una sierra eléctrica en sus espaldas. Pero… Oh, vamos, era Lucas de quien hablaba. Así que hizo todo lo que se supone que un niño de su edad haría.

— Mi mami tiene novio —canturreó saltando de un lado para otro—. Mi mami tiene novio. Son novios —continuó, mientras Lyam intentaba reprimir inútilmente la risa—. Se dan besos. En la boca. De lengua.

— ¡¡Lucas!! —vociferé caminando en su dirección. Lo tomé del brazo y lo encerré, literalmente, en el dormitorio—. Hora de dormir —dije cogiéndolo en brazos para meterlo dentro de la cama. Era eso, o aguantar la humillación a la que estaba siendo sometida.

— ¿Son novios? —preguntó cuándo lo arropaba—. ¿Cómo tía Lena y el tío Niko?, ¿o como tía Molly con el tío Noel?

Fruncí el ceño y continué arreglando su almohada— ¿Cuál es la diferencia Lucas? —Inquirí confundida—Y no, no somos novios —aclaré de paso.

— ¿Y los besos?

— El beso, Lucas —dije nerviosa, sentándome a su lado—. Uno. Singular.

Él muy sabelotodo me miró con sus enormes ojos fijos en los míos y la frente ligeramente arrugada— ¿Sindudar, qué es sindudar?

Perfecto, no era capaz de explicarle que singular era uno, mucho menos sería capaz de hacerle entender la relación que tenía con Lyam. *¿Relación, Bry?* Siquiera era eso lo que teníamos. Digo, somos padres, ¿pero qué más?

Resoplé y sacudí mi cabeza antes de acercarme a él para besar su frente—. Duérmete, ¿sí? —pedí. Aunque en realidad, mi entonación fue más bien una súplica.

— Pero no tengo sueño.

—Sólo hazlo.

En el mismo instante que me puse de pie, Lyam golpeó rítmicamente la puerta y asomó su cabeza—. ¿Les parece si preparo algo de comer? —preguntó sonriendo avergonzado.

Me acerqué a él y lo empujé fuera para que Lucas no pudiera oírme, cerrando la puerta tras de mí.

— Lyam, por favor, deja de comportarte como *Maire Poppins*. Eres su papá, no una ancianita cariñosa que prepara pasteles.

Él ignoró mi sarcasmo y sonrió ampliamente, enseñando sus blancos y relucientes dientes—. *Maire Poppins* no era ninguna ancianita —murmuró bajito y esbozó otra sonrisa—, solamente la envidias porque podía volar con un paraguas, eso es genial.

— Si, tan genial como una patada en el culo —mascullé rodando los ojos—. Estoy segura que de niño nunca saliste a pasear y te la llevabas viendo televisión. Es imposible que sepas tanto de musicales y anime.

—Cualquier idiota sabe quién era Maire Poppins —bufó sin dejar de sonreír.

Hijo de puta. Yo no era ninguna idiota.

—Yo no sabía —repliqué entrecerrando los ojos.

Su cara, hasta ese entonces, arrogante y risueña, se convirtió en una oda a la burla y, por supuesto, el motivo de aquel cambio era yo. Me miró sin siquiera pestañear antes de romper a reír a mandíbula batiente. Cambiar, si, por supuesto que había cambiado; ahora era más imbécil que a los dieciséis años.

Tenía unas ganas terribles de golpearlo pero en cambio, y contra todo pronóstico, me uní a sus risotadas.

Nos reíamos sin parar, es más, era como si cada carcajada incentivara al otro y le provocara reír incluso más fuerte. Así estuvimos durante unos eternos segundos antes de poder recuperar el aliento.

Cuando paré de carcajearme, Lyam me miraba fijamente y una mueca extraña tiraba su boca.

— ¿Qué? —acucié.

— ¿Antonio?

— ¿Qué pasa con él?

— ¿Lucas Antonio, en serio? —preguntó con su rostro ligeramente enrojecido. Jode. Mi. Puta. Vida…de mierda. Esperaba que aquel sonrojo que adornaba sus mejillas fuese por la risa y no por una furia asesina carcomiendo sus entrañas—. ¿Antonio? ¿De verdad? —Prosiguió dejándome claro el porqué de aquella vena palpitando en su frente—. No podías al menos llamarle, no sé ¿Leónidas?

—¿Leónidas? —repetí intentando con todas mis fuerzas no volver a romper en carcajadas. Lyam celoso me parecía tan adorable.

—Es mi nombre en español —aclaró—. A mí me gusta —dijo cada vez más fastidiado. Estoy segura que su enojo se debía a mi cara socarrona—. De todos modos es mucho más lindo que *"Antonio, mago lechero de mierda"* —O, en efecto, se debía a que estaba celoso.

—Leónidas no es tu nombre en español. Ridículo —reí. No pude aguantarlo— Y Lucas no se llama Antonio por mi mejor amigo.

—¿Ah, no? ¿Y entonces?

—Aunque merito no le falta —murmuré bajito, sólo que no lo suficientemente bajo, ya que Lyam *"oído biótico"* entrecerró amenazante los ojos—. Se llama Antonio por su padre —me apresuré a aclarar—. Anthony me recordaba demasiado a Candy, así que lo modifiqué, idiota. Y deja de llamarlo de ese modo.

—¿Cuál modo? ¿Mago lechero de mierda? —masculló con su voz rezumando inocencia y haciendo ojitos. He de admitir que se veía realmente tierno— ¿O solamente Antonio? Da igual, no me interesa, ¿de verdad su segundo nombre es por mí?

—Sí. Aunque no lo creas quería que estuvieras presente en su vida de algún modo. Llamémoslo expiación de culpas.

Su sonrisa se extendió—. También podemos llamarlo amor —murmuró colocando sus manos sobre mis caderas para atraerme a él, elevando ambas cejas sugerentemente.

—Expiación de culpas y no se hable más del tema —reiteré antes de enlazar mis manos detrás de su cuello para luego besarlo.

Me parecía sacado de la dimensión desconocida todo lo que estaba pasando, con la música misteriosa de fondo y todo. Era la primera vez que me atrevía a besarlo y en verdad se sentía tan bien. Correcto.

Algo sucio, pero correcto.

—No puedo replicar nada a eso— murmuró Lyam una vez separamos nuestros labios. Una sonrisa tiraba de las comisuras de su boca, una genuina, no aquella mueca arrogante y extraña que hacía cuando alzaba un solo lado. Se veían tan mal cuando lo hacía.

—Tengo mis métodos. Ahora vamos a ir a la habitación de Lucas y aclararemos esto —sentencié decidida, armada de un valor que nunca había sentido.

¿Qué otra opción tenía? Debía hacer lo correcto y además, conociendo a mi hijo, debía tener los ojos como platos, luchando por mantenerse despierto.

Lyam me miró asombrado, definitivamente no esperaba que yo hiciera eso—. ¿De verdad?

—Sí, y lo haremos de la mejor manera que una madre podría hacerlo.

Sus ojos se entrecerraron al tiempo que su frente se arrugó—¿Cuál? —inquirió cauteloso. Lo cogí de la mano y caminé hacia las escaleras.

—¡Vamos por helado a la cocina!

Preparé los pocillos con dos copas cada uno, chocolate y vainilla. Los bañé en salsa de chocolate y puse un barquillo sobre cada uno. Gritaban dulce y kilos de más por donde se les mirara.

Lyam estaba tan nervioso que en un momento sentí ganas de darle un puñetazo, de hecho, últimamente sentía bastante seguido aquel impulso. Tal vez un día tendría que hacerle caso.

—Y tu querías preparar galletitas —solté con sarcasmo, al ver como las manos de Lyam temblaban con la bandeja— ¿Los huevos pensabas ponerlos tú, gallina?

Me miró sin sonreír, de verdad se veía angustiado—. Estoy nervioso. ¿Tú no?

—Como la puta madre —confesé—, pero ¿qué se supone que debemos hacer? —Continué, encogiéndome de hombros—. Por favor dios, si estoy actuando bien envíame una señal —rogué en silencio.

Estábamos frente a la puerta de mi dormitorio, abrimos la puerta tras contar hasta tres, cuatro veces, pero para cuando logramos entrar a la habitación, los únicos sorprendidos fuimos nosotros. Mi querido hijo no estaba en la cama.

Dejamos la bandeja sobre la cama y lo llamé—. ¡Estoy haciendo pis! —gritó de vuelta desde el baño.

Aquello fue toda la señal que necesité para saber que estaba haciendo lo correcto.

Me metí en el baño y lo miré. Su cara se veía tan tierna, era tan parecido a su padre, ¿Cómo no se había dado cuenta aún, si él era un niño sumamente inteligente?

—Lucas, tenemos que decirte algo.

—Dime, mami.

Mi corazón no palpitaba, estaba galopando. Las manos me temblaban y sentía a ratos el cerebro atrofiado—Vamos al dormitorio, es una sorpresa.

Se subió rápidamente el pijama y corrió al dormitorio, donde Lyam ya había comenzado a comer y estaba sentado a los pies de la cama.

La mejor manera era confesarlo de largo, rápido. *“La muela se saca entera, no por partes que así duele más”,* solía decir mi padre, ahora entiendo a qué se refería con eso.

—Hay helado —dije a toda la velocidad que mi lengua me lo permitió—, de chocolate y vainilla, con salsa de chocolate, Lyam es tu papá y tiene galletitas.

—¡Rico! —exclamó Lucas, saltando sobre la cama. Se cruzó de piernas y cogió su pote con helado—. Gracias, para el próximo beso quiero una cajita feliz —dijo con toda inocencia metiendo la cuchara llena a su boca. De no haber confesado nada, estaba segura que lo hubiese retado y ese helado jamás habría sido probado por él.

Lyam estaba pálido. Le temblaba todo el cuerpo.

Lucas alzó de pronto la cabeza y bajó los hombros, junto a la cuchara vacía—. ¿Lyam tiene galletitas? —preguntó confundido.

—No, él tiene *pilin* —contesté sintiéndome una completa idiota, mientras ambos se miraban e increíblemente…se reconocían.

17

Final

Los siguientes veinte minutos, a lo menos, fueron terribles. Trágicos. Del tipo que incluye pañuelos, mocos, remordimientos, abrazos y reconciliaciones. ¿Qué puedo decir? Soy un poco idiota cuando me pongo nerviosa, eso ya debería ser de información pública. Y bueno, Lucas parecía ser más inteligente de lo que yo creía, pues lo único que hizo fue gritar que al fin tendría alguien con quien compartir el día de padres del kínder, se agarró a Lyam y le quitó sus “galletitas”. Según él, debía ser recompensado por los terribles años de ausencia.

Pequeño granuja.

Luego de hacer dormir a un Lucas quien tenía más glucosa que glóbulos rojos en la sangre, por fin pudimos mirarnos con Lyam y respirar. Él se encontraba al lado de nuestro hijo y acariciaba su cabello con tanto cariño que por medio segundo me sentí celosa. Soy humana, dios, no pueden juzgar mis pensamientos.

Rodé los ojos a mis incoherencias y volví a enfocarlos en Lyam. Sonreí débilmente cuando descubrí que en verdad llevaba todos estos años soñando este momento. La pesada mochila que había decidido cargar, al fin me había dejado descansar, ya estaba en el suelo y todo su contenido era ahora compartido. Compartido con el hombre de mis pesadillas, las más bizarras pesadillas. Obviamente eso nunca lo diría... a nadie.

Alcé una ceja y sonreí más abiertamente antes de preguntar—; ¿Un trago?

—Pensé que no tenías alcohol en tu casa —contestó Lyam, acomodando la cabeza de Lucas sobre su almohada, para luego ponerse de pie.

—Es para casos excepcionales.

—¿Soy un caso excepcional?

—¿Es en serio Lyam? —inquirí sarcásticamente. Él era simplemente “el caso”. De mi vida, completa.

Lo vi sonreír y rendirse a lo que fuera que iba a decir—. Está bien, un trago —fue todo lo que dijo. Luego me siguió, salimos y cerré la puerta.

Había comenzado a caminar por el vestíbulo con dirección a la cocina, cuando una ligera nota molesta en la voz masculina que me habló llamó mi atención— ¿Pilin? —me increpó Lyam apenas salimos del dormitorio, tras dejar a un emocionado Lucas durmiendo. Se veía realmente indignado cuando me volteé a verlo—. Creía que me recordabas mejor, ¿Qué es eso de pilin?

Lo miré ceñuda antes de que me dejara explicarle a qué me refería con eso. —No es como que te recuerde demasiado.

—Ya lo harás. No te preocupes.

Reí y sacudí mi cabeza para negar. No podía creer que estuviéramos coqueteando tan abiertamente, era algo natural entre nosotros.

Continuamos nuestro camino hasta llegar a la cocina, Lyam se acomodó en una silla y apoyó sus codos sobre ella, mientras yo buscaba el vino—¿Sabes una cosa? —dijo de pronto.

La última botella que tenía se la había llevado Fiorella. Mierda—. Sé muchas— contesté. Saqué mi celular y rápidamente le mandé un mensaje; *"Necesito urgente mi vino".*

—Eso ya lo has dicho demasiadas veces como para que me haga reír. No es gracioso.

—No pensaba ser graciosa —repliqué dando media vuelta para poder verlo. Me acerqué a la mesa, tomé una silla y me senté frente a él—,estaba constatando y enfatizando un hecho.

—¡Oh, sólo cállate y bésame! —exclamó alcanzando mis manos sobre la mesa.

—Antes dime lo que querías.

Entrecerró los ojos—. Eres una especialista en arruinar momentos, ¿sabías? —se burló y luego resopló— Bueno, me resulta un tanto extraño imaginar cómo te las has apañado para hacer todo esto sola. Imagino que debías odiarme demasiado para no pedirme ayuda.

—Nunca te he odiado. Solamente hay cosas que no quería enfrentar.

—Bryanna yo odié cada uno de mis días en Nueva York. Detesté estar solo, me sentía un fracasado, triste, te extrañé mucho… —Oh. Por. Dios… Lyam estaba… ¿declarándose?— te admiro mucho.

Oh, oh.

Eso no es lo que una mujer espera escuchar. *"Te admiro mucho",* era casi o tanto más malo que *"te quiero… como amiga"*. Lo peor; el silencio que envolvió y la atmosfera en la que nos sumergimos tras eso. No podía creer cómo en sólo unos días mi

percepción y las cosas que deseaba habían cambiado tanto. Hace una semana atrás ni siquiera habría dejado que Lyam se acercase a mí, y ahora deseaba que se me declarara; era increíble la manera en que me volvía una adolescente a su lado.

Tragué saliva e intenté mantener una expresión casual y desinteresada, no dejaría que nadie me hiciera sentir así, me lo había prometido a mí misma. Aparté mis manos y las puse sobre mis piernas, no quería que me tocara. Quería definir lo que teníamos, pero oírlo decir eso, había matado rotundamente cualquier cosa que pudiese decirle; era como si me hubiese abofeteado la cara. Y se atrevía a decir que yo era una experta en arruinar momentos.

—Lucas estaba feliz —solté para desviar la conversación.

El rostro de Lyam se iluminó al recordarlo —No puedo creer que lo hayas soltado así de golpe. Sentí que el corazón no me iba a volver a latir.

—Pero funcionó. Ni siquiera lo pensé…sólo lo hice —dije y solté a reír. En realidad era bastante increíble el modo en que lo había dicho. ¿Aunque, después de todo, qué era lo peor que podría haber pasado? ¿Causarle un daño irreparable y arruinar su vida para siempre? Sí, cabía esa posibilidad.

*P*or suerte todo había ido bien.

Definitivamente debía comenzar a comportarme más responsablemente.

—¡¡Bry!! —llamaron desde fuera. Conocía demasiado bien esa voz para saber que el vino había llegado en tiempo record.

Al ver el rostro frente a mí fue inevitable preguntarme; ¿Por qué diablos no había puesto timbre cuando tuve la oportunidad?

Fruncí el ceño. Se suponía que Fiorella debía traerlo, no Antonio. Mierda. No estaba de humor para sudor y testosterona. Seguía oyendo el “te admiro mucho” en mi cabeza.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Lyam.

Me levanté de la silla y comencé a caminar hacia el vestíbulo—. Llego el vino —anuncié—. Espérame un momento.

Seguí hasta llegar al pórtico. Antonio sostenía el vino en alto y me veía serio, no enojado. Serio.

Abrí la puerta y salí arrepintiéndome inmediato de no haber tomado antes un abrigo. Tirité antes de abrazarlo para saludarlo.

—¿Cómo va todo? —preguntó, apenas me separé de él.

¿Qué le podía responder? ¿En qué momento se había invertido todo? Mi relación con Antonio era fácil y lo contrario con el hombre que me acompañaba en la cocina, no al revés.

—Bien. Lucas sabe todo.

Juro que la cara de Antonio se mantuvo inmóvil, ni un musculo de su cara se alteró, pero algo en sus ojos, debajo del brillo azul me dijo que no lo estaba. No estaba bien, estaba triste.

—Te dije que no sería tan terrible —dijo guiñando un ojo.

Tenía el pecho tan apretado que pensé que estallaría a llorar de un momento a otro. En mi cabeza todo estaba bien, pero en mi pecho, la sensación de haberlo traicionado no quería abandonarme.

—No sé qué decir.

—Gracias me parece una buena idea —dijo sonriendo. Me entregó el vino y colocó ambas manos detrás de su cabeza—. Fiorella estaba ocupada así que me envió a mí —añadió. Su sonrisa era algo que me hacía sentir incluso peor. ¿Por qué debía ser tan comprensivo?

Tragué en seco, sintiendo un miedo terrible de lo que venía. Lo conocía suficiente para saber lo que haría.

—Antonio.

—Tranquila Bryanna. Somos amigos —murmuró posicionando sus manos sobre mis hombros. Primero uno me admira y el otro… ¡¡ah!!— Solamente debes saber que yo siempre voy a estar para ti, pero considero que en estos momentos tengo que hacerme a un lado.

Mi labio inferior se asomó demasiado, tanto como para considerarlo un puchero—. Pero no quiero que nos dejes…no quiero dejar de verte y de compartir contigo…

—*Signorina* —suspiró pegando su frente a la mia. Nos quedamos unos segundos en silencio y luego se apartó, pero sus manos permanecieron en mis hombros—. No te preocupes, debes saber que siempre voy a tener las puertas de la tienda abiertas para ti…

—Pero…¿y Lucas…?

Antonio sonrió con tristeza y yo creí que me derretiría contra el suelo. Lo quería mucho, no como a Lyam, pero era una parte de mi vida, una demasiado importante y me hacía sentir tan egoísta lo que le quedaba a él.

—Esto lo hago por él —me aclaró—. Ni siquiera por ti.

Fruncí el ceño, confundida. No me hacía sentido eso—. ¿Cómo? ¿Por él? —Estaba lista para bombardearlo con preguntas y con mi parloteo, pero antes de seguir hablando, me acercó y pasó sus manos por mi espalda dándome un abrazo.

—Ustedes dos son mi familia —susurró en mi cuello—, esto es lo mejor para Lucas, necesito hacerme a un lado para que pueda acercarse a su padre sin que tú te preocupes por lo que yo pueda o no sentir.

Me atraganté y respiré pesado. Tenía un nudo de tristeza situado en mi garganta… un nudo que no me permitió abrir la boca.

—Quédate tranquila, no me voy a ninguna parte, tienes mi número, conoces mi dirección, si me llamas te voy a contestar y si necesitas que le parta el culo a ese americano me avisas.

Reí—. Italiano arrogante.

—¿Entiendes que no está bien que siga dando vueltas por aquí? Al menos hasta que Lucas se adapte a Lyam…es por un tiempo.

No quería admitirlo, pero tenía razón. Siempre tenía razón y yo pena, así nos llevábamos. Envolví mis manos a su cintura y lo abracé apretado. Quería llorar y era realmente absurdo; Antonio no había pasado más allá de ser mi amigo, pero durante

años se había convertido en un compañero, lo más cercano a una pareja que había tenido en la vida. Sólo nos faltaban el sexo y las discusiones…los enredos, los celos…

A decir verdad, creo que era mucho mejor que una pareja.

Éramos como Scully y Molder. Clark Kent y Chloe en Smalville…

Bry y Antonio…y Lucas…

—Lo entiendo —dije. Besé su mejilla y luego volví a abrazarlo apretado.

La campana de la puerta vibró produciendo un gracioso tintineo y pronto descubrí que Lyam acababa de unirse a nosotros. El mágico y triste momento acababa de volverse tétrico.

Carraspeó innecesariamente fuerte. Era un exagerado.

"Te admiro mucho"

Me separé de Antonio aun con la garganta apretada y me volteé para ver a Lyam—.¿Resfriado? —me burlé alzando una ceja. Me abracé a mí misma para recuperar el calor que había perdido tras separarme de mi amigo y me forcé a sonreír. Estaba triste y era mi culpa, lo cual lo volvía incluso peor—. ¿Aún no te acostumbras a este frío?

—Antonio —habló Lyam ignorándome por completo. Inclinó ligeramente la cabeza a modo de saludo, a mi parecer, bastante impersonal. Era la primera vez que lo escuchaba llamarlo por su nombre—, entiendo que ustedes dos sean amigos, pero no quiero que te acerques a ella así.

Hijo de puta. ¿Cómo podía pensar que lo amaba y al segundo siguiente querer ahorcarlo con sus propias bolas?…o en su caso…la piel de ellas. Oh, mierda, era una persona cruel.

—Lyam no te metas.

Su cara se volvió roja—¿Qué? —Exclamó alzando las manos al aire— ¿Acaso no has escuchado nada de lo que te he dicho?

—¡Si, de hecho me ha quedado más que clara la "*admiración*" que sientes por mí! —proferí enojada. No más falta de comunicación; ahora nos sobraban palabras para gritarnos.

La boca de Lyam se abrió de golpe y sus ojos se entrecerraron—¡Por supuesto que te admiro! —Exclamó viéndome como si fuese una tarada, en los términos de nuestros eventos recientes, no estaba tan alejado de la realidad—. Eres la madre de mi hijo, lo criaste sola, sea como fuesen las circunstancias que te llevaron a eso y aun cuando las odie, hiciste un trabajo increíble. Es lógico que te admire, fuiste la primera niña que me gustó de verdad, la única persona que me ha ganado una partida de ajedrez y la única mujer de la que he estado enamorado. ¿Qué pensabas cuando te dije que te admiraba?

¡Wow! Detengan la cinta y rebobinen— ¿Estuviste enamorado de mí?

Entrecerró los ojos y abrió la boca— ¿Lo haces a propósito? —inquirió asombrado—. Sólo oyes lo que tu desconfianza te permite. Yo te amo. ¿Quieres una pancarta y pompones para que quede claro?

—Creo que yo no debería estar oyendo todo esto —masculló Antonio colocando su mano en mi cintura para despedirse de mí. Lo miré y sonrió—. Ni tus vecinos tampoco.

Me dio un beso en la mejilla y se despidió de Lyam. Por supuesto él era muy maduro; obviamente Lyam hizo una mueca apenas este se fue. *Idiota*.

—Te amo —repitió en un susurro—, lo juro. Siempre lo he hecho.

Se acercó a mí con la cabeza agachas, pero sin perder nunca el contacto visual. Estaba avergonzado, eso estaba claro. Yo también lo estaba.

Suspiré—.Tenemos que comportarnos como adultos. No podemos dejar que el pasado nos convierta en adolescentes, ya crecimos.

—Yo crecí, tú quedaste a la misma altura —rió. Me abordó de un momento a otro y me besó.

Un beso en toda la norma, suave, contorneando el borde de mis labios con la punta de su lengua, luego apretado, entregándome todo lo que su boca había pronunciado. Me besó con amor.

Y luego hicimos el amor.

—Tres veces —suspiré con los ojos cerrados. Tenía la espalda descubierta mientras Lyam paseaba las yemas de sus dedos por la línea de mi columna vertebral.

—¿Qué? —inquirió.

—Te gané tres partidos de ajedrez, no uno.

—En la ley ganaste uno, los otros dos te los regalé.

—Idiota.

—¡¡Mamá!! —gritó de pronto Lucas desde nuestra habitación. Me puse de pie rápidamente, pasé la blusa sobre mi cabeza y calcé mis jeans olvidando de paso la ropa interior. Ultima vez, lo juro, esa mierda de costura raspa como nada más— ¡¡Papá!! —exclamó luego que no le contesté. Lyam de inmediato alzó la cabeza y me miró, dejó su camisa donde estaba, asombrado o en shock, ambas quizás. Lucas se lo estaba tomando exageradamente bien y natural.

—Antes de que te pongas a llorar voy a ir a ver qué tiene.

Dejé a Lyam en la habitación antigua de mi padre y me apresuré por el vestíbulo para llegar donde Lucas.

Descalzo y sentado en el suelo jugaba con un robot *transformers*. El pijama nuevo estaba con las rodillas brillantes de tanto arrastrarse y había derramado yogurt en el piso.

Fruncí el ceño ¿Estaba bien que lo retara?, o ¿debía darle tiempo para que asimilara las cosas?

—Mamá ¿Dónde dormiste?

Y ahí se iba el tiempo de asimilación—. ¡Lucas, súbete a la cama!

—Te voy a acusar con mi papá.

Me reí. Juro que no quería hacerlo, pero era eso o ponerme a llorar. Seguramente siempre había querido un aliado que pudiese hacerme frente. Esto era perfecto, desde ahora en adelante tendría que lidiar con dos sabelotodo.

Y su cara al decirlo; era tan pequeño pero con una seguridad tal, arrogante igual que Lyam, pero muy bien educado gracias a Antonio. Lo mejor de mis dos amores, porque si, Antonio era un tipo de amor que no podía explicar, pero amor al fin y al cabo.

—Que te subas a la cama… ¡AHORA! —grité.

Obviamente luego de desgarrarme la garganta, obedeció. De todos modos al desayunar esa mañana el muy traidor me acusó con Lyam y, por la tarde, lo hizo con Antonio tras llamarlo por teléfono para contar las buenas nuevas. *Soplón*.

A la hora de las compras me vengué y en lugar de comprarle su saborizante de chocolate, compré el de frutilla. Claramente no lo hice a propósito, pero de todos modos sirvió de escarmiento; su lealtad me la debía a mí.

Ese fin de semana decidimos ir a pasarlo a la casa de "mis suegros", ya era oficial; siempre había tenido un millón de motivos para decir que enamorarme de Lyam Hayes era un terrible error. Lo extraño en todo esto era que habiendo tantas razones para no hacerlo, ahora no se me ocurría ninguna. Mucho menos luego de que definiéramos el nombre de nuestra relación; éramos y siempre seriamos "padres". Eso era algo mucho más fuerte que cualquier otra cosa.

Las noticia habían volado rápido y nadie quería esperar para ver a Lyam ejercer su rol de padre, en otras palabras; *burlarse de su nula experiencia.* Sorprendentemente lo hizo bastante bien.

Ya era hora de la cena del domingo, todos estábamos reunidos en la mesa y conversábamos de todo y nada. Lucas se encontraba en medio de Lyam y yo y reía sin parar por ver a Noel hacer la imitación de una morsa, colocándose dos palitos en la boca y haciendo un ridículo sonido. Mal día para encargar comida china.

Lucas reía y reía. No paraba. Y parecía contagiar a toda la casa, pronto todos nos carcajeamos por su culpa. Era una alegría.

Luego de comer, conversó con Lyam. Lo llamaba papá, papi, papito, pá…paralapapiricoipi; por suerte no se le ocurrió nada más. Era bastante ingenioso, tanto que en un momento intenté integrarme a la conversación que mantenía con su "padre" y me cortó por completo; — Estas son cosas de chicos, mami —dijo.

Toda la mesa se quedó en silencio y me miraron, seguramente esperaban que estallara la tercera guerra mundial, yo me reí. Ahora era feliz, podía compartir mi felicidad con el causante de ella.

Entrecerré los ojos— ¿En verdad acabas de excluirme de tu conversación?

Lucas arrugó la frente— ¿Qué es eso? —preguntó bajito, dirigiéndose a su nuevo aliado.

— Bueno, excluir es dejar fuera —explicó Lyam, muy seguro de sí mismo—. Exceptuar, quitar, prescindir, apartar…

No pude evitarlo y rompí a reír nuevamente, Lyam parecía diccionario y Lucas lo veía de lado y asentía. Conocía muy bien esa carita para saber que no tenía idea de qué le decía su papá— Lyam, Lucas tiene cuatro años, recuérdalo. Basta con que le digas que no me quiere hablar.

— No fui yo quien dijo "excluir".

Idiota presumido.

Al volver por la noche a mi casa, Lyam estacionó la camioneta y cargó a un exhausto y dormido Lucas a su cama. Le puso el pijama, lo arropó y además de todo dejó la ropa sucia en la canasta.

Salimos del dormitorio y cerramos la puerta desde fuera—. No sé de qué tanto te quejas, esto es de lo más sencillo —murmuró Lyam abrazándome desde atrás—. Podría hacerlo con los ojos cerrados.

Oh, no. Ese no era camino seguro—. Tengo más cojones que tú, no me desafíes Hayes.

Imitó un fracasado sonido de irritación—. Eso fue un golpe bajo Serene —reprochó—. Es como cuando yo digo que tengo más busto.

Eso sí era un golpe bajo. Me di vuelta y me alejé un paso—. ¡No es cierto! Además yo amamanté.

—Mmmm…gracias por la imagen mental —dijo riendo de lado— Por cierto, ¿probaste tu leche alguna vez?

—Ni que tuviera una foto de niño perdido pegada al pecho.

Alzó ambas cejas sugerentemente—. ¿Podría revisar si hay alguna foto pegada ahí? —acució coqueto. Uno de sus dedos alcanzó mi sweater y lo abrió para dar una ojeada— ¿Sin ropa interior? ¿Y eso en qué momento pasó?

—Sorpresa —exclamé elevando una ceja y frunciendo los labios— ¿Te gusta?

—Te amo —fue todo lo que respondió antes de besarnos.

Cada beso con él era como acercarse un metro más al cielo. Era sentirse amada, deseada, era tener la certeza absoluta que los malos entendidos nunca volverían, nuestro

pasado nos había dado la madurez para afrontar una paternidad algo extravagante, pero nuestra…juntos.

—¡Los pillé otra vez! —gritó Lucas corriendo por el pasillo. Descalzo.

Los tres.

—Voy a engraparte unas suelas a esos pies —dije fingiendo molestia.

Por supuesto, me ignoró. Sobre todo luego que Lyam lo alzara en brazos.

—Ya me deben dos cajitas felices y una ida al zoo —enumeró Lucas, por los besos que nos había pillado.

Al menos ya no le debía un papá; le había dado una familia.

Mamá, papá y Lucas, felices y comiendo perdices.

Bueno perdices no, son muy pequeñitas, ¿Quién puede ser feliz comiendo un pajarito tan pequeño? Yo no.

Pero decir “comiendo pollitos” no sonaba muy bien. Un momento, ¿las perdices no son pequeñitas o sí? Creo que son las codornices…

El punto es que teníamos nuestro final feliz, un final que fue el principio de una hermosa vida.

Un final donde los copos de nieve seguirían dándonos bendiciones de ángeles.

Epilogo

— ¿Dónde vas? —preguntó asomando la cabeza por la puerta del baño. Los rizos rubios meciéndose, con el movimiento brusco de su cuerpo.

Supuse que al ver el traje colgado en el perchero ya sabía la respuesta a su pregunta. Y, por la forma en que me vio, era algo más que obvio.

—Vas a verla a ella —murmuró indignada. Ahí estaba, lo tenía clarísimo.

Sólo me encogí de hombros. Era hermosa y durante un buen tiempo se había quedado a mi lado, dándome compañía y consuelo. Ella merecía alguien mejor que el tipo frente al espejo.

Supongo que en el fondo seguía siendo un tipo egoísta.

Terminé de vestirme dentro del dormitorio del hotel que compartimos las últimas semanas, mientras ella insistía en pasearse semidesnuda de una esquina a otra. Sus tacos haciendo marca contra el piso.

Observé mi reflejo en el espejo y peleé contra el estúpido nudo de la corbata. Odiaba vestirme formal.

Quizás debajo de todo era el mismo de siempre.

—Yo te ayudo —murmuró poniéndose frente a mí. Su espalda se delineaba bellísima en el cristal. Era en realidad hermosa.

Suspiré—. Gracias.

Ambas manos estaban arreglando el desastre de lazo. El flequillo me impedía ver sus ojos, pero no sus labios, los cuales delinearon rotundamente lo que quería decir—. Si sales por esa puerta no esperes encontrarme nuevamente.

No esperaba hacerlo, pero no se lo dije. En cambio, la tomé por la cintura y la besé antes de tomar las llaves de la moto y salir de allí.

La velocidad me permitía distraerme y actuar más impulsivamente, así que aceleré y dejé que los pensamientos fuesen libres.

Quería a Bryanna.

Mucho.

No podría definir, ni encasillar el tipo de amor que sentía por ella, simplemente sabía que yo estaría para ella siempre que me necesitara; Estaba seguro que en este momento ya no lo hacía.

Al menos no como antes.

Disminuí la velocidad de mi motocicleta antes de dar la vuelta que me llevaría a su lado. Estaba ridículamente nervioso, no habíamos hablado en al menos seis meses y no estaba seguro si me aceptaría. Según ella, yo tendía a huir cada vez que una situación me superaba; era verdad.

Me superaba con creces.

Alta y majestuosa, la cúpula de la iglesia, me daba la bienvenida. Flores blancas, amarillas, y un montón de faroles con velas adornaban toda la entrada. Lena y Fiorella definitivamente sabían hacer las cosas bien. Elegante, más nada demasiado ostentoso.

El nudo del centro de mi estómago no quería aflojar ni un milímetro. Dos años desde que la historia había cambiado; dos años desde que nuestros caminos comenzaron a separarse gradualmente…dos años ya.

Increíble.

Hay momentos en los que parece que tenemos todo controlado, veamos en la dirección que veamos, o nos dirijamos donde queramos, esa espina clavada, oculta de la vista de los demás y de nosotros mismos, no molesta.

Que no duele.

Y aunque de pronto decida asomarse rebeldemente, mantenemos nuestra cabeza en alto y hacemos vista gorda. De todos modos es inevitable, cuanto más pareces obviar situaciones, olvidar momentos y personas, éstas vienen a ti en los momentos más inadecuados, avivando la ardorosa llama de aquella herida.

No quería admitirlo, pero… me dolía verla ahí.

No del tipo intenso, sólo me desilusionaba.

Me entristecía saber que no me esperaba a mí aun cuando me extrañase; ese gesto nervioso se debía a él.

Todo siempre fue por él.

En la lejanía, el viento mecía su vestido blanco dándole un aspecto etéreo, a pesar de notar como sus hombros se encontraban tan tensos como el arco de un violín.

Bryanna no era una belleza común, eso lo supe desde la primera vez que la vi sentada en el parque; era una joven extraña, melancólica, distraída, muchas veces –

demasiadas – dejaba salir todo por su boca antes de que su cerebro pudiese procesarlo, y dudo haber conocido en mi vida alguien tan torpe como ella.

Todo lo contrario a mi pequeño gran amor.

Aun así, nada de eso era un impedimento para enamorarme de ella, nada a excepción del tipo que la esperaba en la entrada. Impecable, de negro y con el cabello, por primera vez desde que lo conocí, peinado.

Me sentía como un espectador ajeno a todo ello.

No era justo tener que enterrar de esa manera a una mujer.

Enterrar en mi vida a otra mujer que quería.

Las buenas acciones no me habían llevado a ninguna parte. Quería acercarme a ella y reprocharle el haberme abandonado. Sentía que yo también merecía mi final feliz, quería ser egoísta por alguna vez, pero, al verla ahí, simplemente pude desearle felicidad a ella.

Quizás sigo siendo esa clase de hombre extraño que es bueno.

Renata pensaba eso de mí—. Tú nunca podrás hacerle daño a nadie excepto a ti mismo —solía decirme.

Estaba equivocada. Acababa de hacerle daño a una chica. A una buena chica.

Exhalé fuerte, vaciando mis pulmones en un momento y estacioné la motocicleta a un lado del camino. Descendí, me apoyé en ella y me fumé un cigarrillo, mientras todos entraban a la ceremonia.

Me negué a entrar en la iglesia; mi masoquismo tenía un límite.

Además no entraba en una desde la muerte de Renata y dudaba mucho que el matrimonio de Bry con Lyam ayudase en mi catarsis con dios.

Renata —inhalé hondo y me permití por primera vez en años recordarla. Complejo por decirlo de algún modo. La extrañaba y seguía siendo una espina en cada uno de mis latidos.

Siempre lo sería.

Luego de una hora de ceremonia, oí los aplausos. Me acerqué a la entrada y pude ver a Lena corriendo hacia el pórtico. Al verme sonrió y agitó su mano para saludarme a lo lejos—. ¡Ven a ayudarme! —exclamó.

Me apresuré hasta ella, besó mi mejilla y me pasó un paquete, que a su vez, contenía otros pequeñitos.

— ¿Qué quieres que haga con esto?

Me miró como si fuese algo sumamente obvio—. Dáselos a las personas que vienen saliendo, son pétalos —añadió—. Se supone que hay que lanzarlos cuando salgan los novios —explicó al ver que yo seguía sin comprender.

Encogí mis hombros resignado—. Bien —fue todo lo que respondí. Lo último que esperaba hacer era ayudar en aquella ceremonia, pero no podía decirle que no a una de mis mejores amigas. Sobre todo cuando llevaba tacones altos en balanceo constante con la barriga de siete meses.

—Estoy feliz de verte, te había extrañado. Todos lo hacíamos.

No me dio tiempo a contestar nada ya que todos empezaron a salir. Saludé y entregué paquetitos diminutos hasta que vi a Lucas riendo en la distancia; una sonrisa de orgullo dirigida a sus padres. En ese momento, la veracidad de lo que acababa de ocurrir me golpeó fuerte. Le di todo a Fiorella, quien acababa de saludarme y apresuré mi paso, para marcharme de ahí, definitivamente había sido un error volver.

Agarré el casco y cuando estaba listo para subirme a la moto, la escuché llamarme. Intenté hacerme el desentendido, pero era inútil. Éramos amigos después de todo.

Dejé el casco nuevamente sobre la moto y me di la vuelta lento. Cuando finalmente me giré hacia ella, su proximidad me abrumó. Parecía perdida, pero a la vez encontrada. Sonreí débilmente cuando me di cuenta de que me había echado de menos y que mis preocupaciones eran risibles.

— ¿Te vas otra vez? —preguntó enfadada—. No puedo creerlo —refunfuñó con fuerza—. Y ni siquiera pensabas saludarme... ¿despedirte, al menos esta vez?

Reí, era ridículo, ella seguía siendo la niña torpe de siempre—. Se puede saber a qué se debe tanto reproche.

—Te fuiste —señaló alzando ambas cejas—, me dejaste sin decir nada.

Fruncí el ceño— No es así, te dejé una nota —repliqué, dejando a un lado el recuerdo de aquella tarde que tomé mi moto y decidí alejarme.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente. Acababa de hacerla enojar—. No me jodas Antonio —bufó colocando la mano que sostenía el ramo sobre su cintura—, ¿una nota? ¿Nos vemos pronto? —Inquirió sacudiendo nuevamente el ramo—. Por favor, mi cartero deja cartas de cobranza más cálidas que tu mensaje de despedida.

La ignoré, no me gustaban las despedidas—. Como sigas golpeando ese ramo, nadie va a querer atajarlo luego.

Su cara se volvió roja—. Me importa una mierda el ramo —gruñó. Estaba lejos de ser una damita educada, como siempre—. Estaba preocupada por ti. He bajado al

menos cinco kilos en esta última semana, necesitaba a mi mejor amigo. Has sido muy egoísta.

Fruncí el ceño—. Nunca he sido egoísta contigo.

—Claro que sí. Me privaste de tu compañía. Y todo era casi perfecto, sólo me faltabas tú. Lucas también te extraña. Incluso Lyam me ha preguntado por ti, el muy tonto imaginaba que entrarías por la puerta de la iglesia gritando "detengan esa boda". Ha estado paranoico durante estos últimos meses.

No podía decir que me apenaba por él ni un poquito.

— ¡Ey, mago lechero! —gritó susodicho acercándose a nosotros—. Llegas tarde —profirió, una vez al lado de Bryanna. Enseñó su anular adornado por una argolla dorada, guiñando un ojo.

—Más vale tarde que nunca —le recordé sonriendo.

Se carcajeó fuerte, comprendiendo qué quería decir.

—Aprendes rápido —dijo. Tomó a su esposa por la cintura y me quedó viendo durante un rato—. Sabes, tengo un par de amigas que podría presentarte.

—No gracias —negué—. Ya tengo una chica en casa.

Los ojos de Bryanna se abrieron, sorprendida. A decir verdad, y siendo completamente honesto, yo también me había sorprendido, no por decirlo, sino por sentirlo. Tenía una chica que me había acompañado durante los últimos meses, me había querido de manera incondicional, sin pedir nada a cambio. Nada, salvo abstenerme de ir a una boda.

Mierda.

Estaba enamorado, la quería a ella.

Besé las mejillas de mi bella amiga y le di un abrazo, antes de subirme rápidamente a la moto—. Cuídala mucho —dije dirigiéndome a Lyam—. Y a tu hijo también.

La cara perpleja de Bry me detuvo— ¿A dónde…? ¿A dónde vas? —preguntó. Estaba frente a mí y no me dejaba echar a andar la moto.

Sonreí con ternura—. *Signorina*, tú ya tienes tu final feliz. Es hora de que empiece a buscar el mío.

Tras eso, me alejé rezando porque al volver al hotel, no hubiese solamente una fría habitación y mi nena dorada estuviese esperándome.

Al llegar, corrí escaleras arriba, saltando de dos en dos los escalones, para apresurarme. Metí con nerviosismo la llave en la cerradura y sentí que me desmoronaba al encontrar un cuarto vacío.

Me dejé caer sobre el desgastado sofá. Este era un adiós que no quería decir.

— ¿Volviste? —inquirió al tiempo que yo abría mi boca con un suspiro tembloroso por causa de la fatiga.

— ¿No te fuiste? —solté al verla aparecer por el vestíbulo.

Su risa contagiosa inundó el ambiente—. Rimamos —fue todo lo que dijo, antes de que caminara hacia ella y la cogiera por la cintura para besarla.

—Tú eres mi final feliz —susurré contra su boca, cerrando mis ojos.

Porque poder amarla y ser correspondido por ella era todo lo que podía pedir.

Fin

Agradecimientos

Para Nicole Haichelis y Jeni Salazar, mis amigas de la vida, las adoro.

A quien me lee.

A quien me busca, quien comenta y recomienda. A quien me inspira, me hace reír, me emociona, me contiene o me desborda. A quien me ayuda a sentir. A la música, al té y a las galletas.

A todas y cada una de las chicas que me han dado su apoyo. A mi madre por heredarme el amor a la literatura, a los maravillosos autores que llenan mi biblioteca y a mi padre por tenerme la paciencia necesaria en mis momentos de ermitaña.

Mis gratitudes a uno de los más bellos *fandoms*, uno con el cual he podido conocer a grandes personas y excelentes amigas. *Judy, Milla, Camy, Marie, Joha, Cindy, Caro, Nori*. A mi Sole, a Mily.

A Xavier, mi hermano y media mitad. Compañero de horas interminables de juegos infantiles.

Agradecer a mis hijos Benjamín y Monserrat, mis pequeñas y maravillosas creaciones, los grandes amores de mi vida. Quienes comparten sus vidas generosamente con mi pasión por las letras.

A Felipe por darme tu amor, tu apoyo incondicional, por creer en mí y presionarme a continuar cada vez que mi confianza decaía, por enseñarme que la historia real es aún más hermosa que la fantasía y crear los cimientos firmes de mi vida.

A mi familia adorada.

Los amo.

A ti. Por quien hago una reverencia.

¡Gracias infinitas a todos!

Título Original: ME INCLINO ANTE TI

© Hebe Lynn 2013

© Editorial Seleer 2013

http://hebelynnn.blogspot.com

www.editorialseleer.com

Impreso en España / Printed in Spain

Impreso por EDITORIAL SELEER 2013

1a edición

ISBN: 978-84-941534-5-7